

José María Mardones.
Matar a nuestros dioses.
Un Dios para un creyente adulto.

Introducción.

1.

Hay libros que nacen de la cabeza, el estudio y la reflexión. Otros cuyo impulso procede de la vivencia, de la necesidad de comunicar un caudal de sentimientos. Este libro nace de la práctica, del encuentro con creyentes y de la necesidad de responder a lo que considero una distorsión de la verdadera imagen cristiana de Dios.

En mi experiencia pastoral me he ido encontrando con una triste constatación: Dios no siempre es un elemento elevante, potenciador, liberador de la persona. Al revés, alrededor de su figura se dan cita un cúmulo de miedos, terrores, cargas morales, represiones o encogimientos vitales. No, Dios no siempre es una fuerza que desate nudos, libere de enredos, haga más ligera la carga de la vida o eleve a las personas por encima de las miserias existenciales y cotidianas. A menudo Dios es una carga pesada, muy pesada. Y muchos no se atreven ni a tirar este fardo por la borda.

Este libro nace del deseo de colaborar para liberar de este Dios opresor. Quisiera ayudar a que las personas descubrieran que esas imágenes de Dios no son el Dios de Jesús, sino su negación.

La imagen de Dios tiene una importancia esencial en la vida de la fe cristiana. Dado que a Dios nadie lo ha visto nunca (Juan 1, 18), siempre funcionamos, inevitablemente, con imágenes y representaciones suyas que nos lo hacen accesible a la experiencia humana. Estas imágenes hacen de mediadoras de su presencia viva en nosotros. Unas imágenes forjadas a lo largo de los siglos mediante la lectura de la Escritura, la enseñanza corriente, la práctica religiosa, la moral cristiana. Estas imágenes son la forma como los creyentes han llegado a conocer y relacionarse con Dios, ya sean niños o adultos.

Vamos descubriendo que la tarea del creyente es permitir a Dios ser Dios. Al final, las figuras opresoras de Dios son una creación humana. Las ataduras y fardos proceden del corazón humano, de la educación recibida, de las imágenes fabricadas en un proceso que se pierde en el tiempo y que se van transmitiendo de padres a hijos, de maestros a discípulos, de amigos a amigos, de la impregnación del medio ambiente cultural y religioso. Junto con el sentimiento religioso y la apertura a una trascendencia, siempre misteriosa y fascinante, se deslizan ideas y representaciones de Dios que son idólatras.

El problema de la imagen de Dios es de ideas, de sentimientos, de representaciones y de vivencias. Es una madeja no siempre fácil de desenmarañar.

2.

Hay que cambiar nuestras imágenes de Dios. Siempre habría que estar distinguiendo entre lo que es nuestra idea y representación de Dios y lo que es Dios. Frecuentemente ni lo hacemos ni nos ayudan a hacerlo en la Iglesia. Los que hablamos de Dios -y alguna vez casi todos lo hacemos-, a menudo hablamos con poco respeto o distancia entre lo que son nuestras palabras e imágenes de Dios y lo que es el misterio de Dios. A Dios nadie le ha visto, pero nosotros nos comportamos como si desayunáramos con él, como dice la expresión borgiana. Tendríamos que recordar continuamente el aviso que uno de los más grandes teólogos del siglo VEINTE, Karl Barth, nos hacía respecto a su hablar de Dios: no olvidéis que esto lo dice un hombre de Dios. Siempre hablamos hombres y mujeres, seres humanos, en lenguaje humano, con los condicionamientos humanos. Se nos olvida a menudo. Benedicto XVI, cuando era teólogo en Tübinga, decía algo parecido referido al lenguaje sobre Dios.

Recuerdo la impresión que me causó, en uno de nuestros seminarios de filosofía de la religión, un joven colega que había estado algún tiempo estudiando y viviendo en la India, cuando expresó espontáneamente el malestar que le producía nuestro hablar tan distendido y seguro sobre Dios y sus atributos. Es un hablar con poco respeto del misterio de Dios, nos dijo. Y tenía razón. Hablamos con demasiada alegría y seguridad de Dios, de su Misterio. Quizá una de las consecuencias no queridas,, perversas,, de este empeño de la cultura occidental, cristiana, de aclarar, reflexionar y razonar acerca de todo, es que le perdemos el respeto al Misterio. Peor, que algunas de las afirmaciones y representaciones hechas con cierta alegría sobre Dios, dentro de la Iglesia, se toman como verdades inconcusas. No guardan la distancia respecto al Misterio. No saben ni avisan de que son hombres, por muy excelsos, santos e inteligentes que sean, que hablan del misterio de Dios. A lo mejor debiéramos poner un aviso generalizado en todas las parroquias, iglesias, salas de conferencias, catequesis y seminarios intelectuales del mundo: Recuerden: aquí hablan seres humanos, hombres y mujeres, de Dios. A lo mejor ayudáramos algo a no confundir a Dios con nuestro hablar y nuestras representaciones sobre él.

Y habría que avisar también que incluso el habla de los libros sagrados, la Escritura con mayúscula, la Biblia, los evangelios, el Corán, las Upanishads, etc., son libros donde Dios habla a los hombres con palabras humanas. Es decir, como sugiere J L Sicre, para nosotros, los católicos, en nuestras misas habría que decir, tras la lectura y proclamación de la Escritura, no solo Palabra de Dios, sino Palabra de Dios y palabra humana. Se nos olvida con frecuencia que la comunicación de Dios con el hombre se efectúa a través de palabras humanas. Este sencillo dato, hoy elemental para cualquiera, se olvida, y de ahí nacen presuntos literalismos y cabezonerías -esto lo dice la Biblia, el Evangelio, etc. - que están en el origen de neo-fundamentalismos o de posturas cerradas. No tendríamos posturas tan firmes ni seguras, tan dogmáticas -en el peor sentido de la palabra-, si recordáramos este sencillo hecho: lo dicho en la Escritura es comunicación de Dios hecha a los hombres en palabras humanas, condicionadas por esta tremenda limitación del deslizamiento y la ambigüedad del lenguaje humano. Siempre necesitadas, por tanto, de ser bien entendidas, de ser interpretadas. En el mundo intelectual se suele decir, recordando que nuestro conocimiento siempre pasa por el lenguaje y tiene que ser debidamente entendido, es decir, interpretado, que conocer es interpretar. Esto vale también para nuestro saber y entender de la Palabra de Dios: siempre es interpretada, siempre la interpretamos.

Nuestras imágenes de Dios nacen de nuestras interpretaciones acerca de Dios o, frecuentemente, de interpretaciones de otros, o de interpretaciones de otra época histórica que no fue consciente de sus limitaciones, que nos llegan y asumimos sin mucha o ninguna reflexión. Son malas interpretaciones o interpretaciones que descubrimos que se han deslizado por una mala senda acerca de lo que se dice en los libros sagrados sobre Dios.

3.

Hay que sanar nuestras imágenes de Dios. Me parece mejor esta expresión que la de corregir nuestras imágenes de Dios, que suena a más intelectual o puramente mental. Ya vamos viendo que en las imágenes de Dios se reúnen ideas, representaciones y vivencias en un todo. Es un conglomerado de sentimientos, imaginaciones y pensamientos. Nuestro modo de conocer siempre incluye algún modo de representación. Esto sucede incluso con lo ausente o no presente y a mano, como es el caso de Dios. Y algunas representaciones, como muestra la experiencia de muchos creyentes, y no creyentes, son negativas y perniciosas. Necesitamos curarlas, sanarlas.

Tener malas imágenes de Dios es una enfermedad. Daña el espíritu. Ya lo decía Sócrates respecto a las malas ideas, que hacían daño al alma, no solo a la mente. Cuánto más una mala imagen de Dios es dañina para nuestra vida y para nuestro espíritu.

Al calor de esta época que ha generalizado la atención a los sentimientos y enfermedades interiores ha surgido una atención a los aspectos psicológicos y psico-espirituales que están en el fondo de muchos de nuestros problemas. Desde una psicología clásica hasta la enorme proliferación de libros de autoayuda; hasta una psicología con calado y formación espiritual se ha extendido el reconocimiento de que la religión está en el fondo de muchos de nuestros problemas interiores. Hay que sanar la interioridad para hacer que la persona viva mejor y sea más persona. Esto vale cada vez más para las representaciones enfermas de Dios que contaminan la interioridad y dañan la salud del espíritu.

Tenemos que esforzarnos por una buena representación de Dios. Nos va en ello el respeto al honor de Dios y nuestra propia salud espiritual. De lo contrario caeremos bajo el sarcasmo de Voltaire, el filósofo francés de la Ilustración, que decía con mordacidad que si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, este le devolvió con creces la moneda.

Y nos jugamos la salud de la colectividad. Estamos asistiendo, tristemente, a un tremendo espectáculo: en nombre de Dios se mata y se autoinmola matando y pensando en que se hace un servicio a Dios. En este inicio de milenio vemos que ciertas concepciones religiosas e imágenes de Dios son perversas: conducen al fanatismo, a la locura. El tema de Dios se ha vuelto peligroso. Vemos cómo puede desvariar y conducir a algunos creyentes hasta el suicidio y el crimen. No es extraño que en muchos hombres y mujeres de buena voluntad surjan rechazos y se piense que lo mejor es olvidarse de Dios. Se cumple así la dura expresión paulina: Por vuestra causa es blasfemado el nombre de Dios entre las gentes (Romanos 2, 24).

No hay duda de que la religión posee algo que puede afectar profundamente a la interioridad, la mente y los sentimientos del ser humano y llegar a trastornarlo. Estamos viendo cómo ciertas ideas religiosas y de Dios son fácilmente manipulables y utilizables por ideologías para sus fines. No hay más remedio que defenderse mediante una vigilancia crítica. Tomamos conciencia de la peligrosidad social y política de las representaciones religiosas, a través de su capacidad movilizadora y del entusiasmo y entrega que producen. Necesitamos encauzar bien estas fuerzas si queremos tener una sociedad sana y unas relaciones entre sociedades, culturas y civilizaciones que superen la violencia y el enfrentamiento mortífero. Para ello es preciso tener una idea adecuada de Dios. Esto exige una buena formación e interpretación de Dios. Y un rechazo y liquidación de las imágenes peligrosas, perversas e idólatras de Dios.

4.

Tras nuestras imágenes de Dios se juega la aceptación o no de Dios por otros. Dios se hace dependiente de nosotros, de la forma en que le presentamos. De ahí la importancia de esta presentación. Frecuentemente, lo que no se acepta no es Dios mismo, sino las representaciones e imágenes que nos hacemos de él. Acabamos de escuchar a Pablo. El Concilio Vaticano II reconoce también que el ateísmo o no creencia de muchos está causado por las malas imágenes que ofrecemos de Dios. Se rechaza a Dios por causa de las imágenes inaceptables de Dios, infantiles, sádicas, irracionales o demasiado antropomórficas y pegadas a nuestra pequeña experiencia.

Una buena pastoral, catequesis o educación religiosa necesita cuidar las imágenes que vierte sobre Dios. De ello depende una aceptación posterior de Dios, una vivencia positiva y sana de la religión. En definitiva, una religión y un Dios presentables en la plaza pública.

En el mundo que se avecina, la cuestión de Dios estará cada vez más en el candelero. Nos encontramos ante un pluralismo religioso donde proliferan diversas imágenes de Dios o del Absoluto. La cuestión central no será si se cree o no en Dios, sino en qué Dios se cree. Los cristianos tendremos que presentar nuestra imagen de Dios y deberemos dar razón de ella ante las alternativas que se presenten. Incluso cabe sospechar que muchas de las imágenes de Dios que se exhiben hoy en nuestra sociedad como contrapuestas a la cristiana son, en realidad, reacciones ante los excesos o distorsiones impresentables del Dios de Jesucristo. Una imagen del Dios de Jesús acorde con los rasgos evangélicos tendría mucho más atractivo y no despertaría los rechazos que se le atribuyen.

5.

No es fácil cambiar nuestras representaciones de Dios. Además de estar incrustadas profundamente en nuestra mente y sentimientos, están vinculadas a una forma de entender la realidad y la vida. La religión es una forma de vida. Las representaciones de Dios están arraigadas en una red de comprensiones mentales y afectivas más amplia que se estira hasta alcanzar nuestra idea del mundo, de la vida y de la existencia propia. Cambiar la imagen de Dios supone, casi siempre, tener que cambiar este nudo de representaciones ligadas a vivencias y proyectos de vida. De ahí las resistencias que se producen y lo doloroso y liberador de estos cambios.

Soy consciente, porque lo he palpado, de que proponer un cambio de imagen de Dios no es lo mismo que cambiarse de camisa. Requiere una disposición a revisar representaciones, vivencias, y hasta estar dispuesto a efectuar una nueva reconciliación con la vida anterior y con la que seguirá. Cambiar la imagen de Dios equivale a un cierto proceso de conversión mental y afectiva. Y hasta de vida.

Tampoco se me oculta que existe una lucha de imágenes de Dios en la religión. Tras una propuesta de cambio de una imagen determinada de Dios está otra que se quiere corregir o superar. Estos cambios no se hacen sin resistencia mental, que sabemos que siempre llevan consigo sentimientos. Esta lucha entre paradigmas o modelos mentales religioso-teológicos, o, como diría K Jaspers, de lucha entre cifras o representaciones simbólicas de Dios, encuentra sus defensores y detractores, incluso existen grupos e instituciones que se vinculan a una representación u otra. De ahí que la confrontación de estas imágenes de Dios adopta la forma de lucha entre facciones opuestas, con sus inevitables etiquetas: los conservadores y los progresistas, los de derechas y los de izquierdas, entre el viejo paradigma y el nuevo paradigma, entre tradicionales y actualizados, etc. Una confrontación en la que a menudo se proyecta sobre el otro, injustamente, intenciones o deseos malsanos, cuando en realidad el problema está en otra parte.

La cuestión se agudiza si se tiene en cuenta que la disputa sobre las imágenes de Dios cuenta con referentes que se pueden remitir a la Sagrada Escritura. Incluso, como ha dicho un obispo estadounidense, no estaría nada mal que aceptáramos los pecados de la Escritura, de la misma Biblia y de cualquier libro sagrado: ofrece imágenes inadecuadas y peligrosas de Dios. La ambigüedad está ya en los mismos libros sagrados. Aceptar esta realidad nos conduce a una lectura atenta, crítica y avisada de los textos. Y, por supuesto, de nuestras interpretaciones.

6.

Hablar del Dios cristiano, de sus imágenes o representaciones, quiere decir hablar del Dios de nuestro Señor Jesucristo. Tratamos de ver cómo es ese Dios que se manifiesta y revela en Jesús. Esta es nuestra clave de lectura y confrontación. Nuestras imágenes de Dios siempre tienen que confrontarse con la del Hijo. De qué Dios es Hijo Jesús? Sucede a menudo, también para los cristianos, que damos por sentado que partimos de una imagen determinada de Dios. Procedemos como si ya supiéramos quién es Dios. Normalmente tenemos en la cabeza una idea, muy extendida, de una especie de filosofía o metafísica griega muy elemental, pero muy arraigada. Dios es, desde este punto de vista, el omni-todo: el omnipotente, el omnisciente... Una imagen de Dios vinculada al imaginario del Poder, del Ser, de la Fuerza, de la Imposición, de lo Maravilloso. Ya tenemos revelado el misterio de Dios. No dejamos sitio a la novedad del Dios de los evangelios, del Dios de Jesús.

Cuando llega el Dios de Jesús y se nos va manifestando ligado al abajamiento, la limitación e impotencia, la vulnerabilidad y el sufrimiento, la pobreza, la oferta no impositiva, la compasión y el perdón, no le reconocemos. El Dios de Jesús encuentra su sitio suplantado por el Dios pagano.

Nuestra tarea, por tanto, es ardua, costosa: tenemos que matar a nuestros dioses. Tenemos que volver a colocar en nuestra mente y corazón la imagen escandalosa del Dios de Jesús. Pero el esfuerzo merece la pena, nos va en ello nuestro ser cristiano y el honor de Dios.

1. Imágenes idólatras de Dios.

Los creyentes tenemos imágenes idólatras de Dios. Adoramos en nuestra mente y corazón representaciones más que torcidas, malsanas, de Dios. Dios se convierte así en un ídolo de miedo, temor, sumisión, coacción, represión. Un Dios más digno de rechazo que de aceptación. Este Dios es una carga, una opresión, no ensancha el alma, sino que la empequeñece y nos reduce a enanos.

El Dios de Jesús no puede ser esto. Sería la inversión y deformación de los evangelios. Es una enorme tergiversación. Lo más santo, amoroso y liberador lo convertimos en lo más temible y rechazable. Hay algo de espantoso en esta capacidad humana por dar la vuelta a todo y convertir lo mejor en lo peor. Ni la imagen de Dios ha escapado a esta capacidad humana de corromper hasta lo más santo. Incluso, como ya vio el filósofo judío Martin Buber: Qué otra palabra del habla humana ha sufrido tantos abusos, ha sido tan corrompida, tan profanada! Toda la sangre inocente por ella derramada la ha despojado de todo su esplendor. Toda la injusticia con ella cubierta ha borrado sus rasgos salientes. Cuando oigo llamar Dios a lo más elevado, me parece a veces casi una blasfemia.

Y, sin embargo, es necesario seguir refiriéndonos a Dios, al misterio de Dios, como tendríamos que decir siempre, con un gesto interno de respeto y adoración, mental y de todo nuestro ser. Porque Dios es siempre el Misterio que nos abraza y acoge, que da sentido a nuestra vida y a toda la realidad. Pero siempre permanece como Misterio, es decir, no es una oscuridad impenetrable, sino una realidad inagotable, nunca decible del todo y, por ello, siempre explorable.

En este primer capítulo queremos combatir decididamente algunas imágenes torcidas y muy extendidas de Dios. Imágenes que hacen daño y no permiten que el creyente crezca adulto y sano. Son imágenes que nos encontramos fácilmente en la pastoral, en la catequesis, en las homilias, en conferencias, en programas de radio y en charlas cotidianas. Representaciones de Dios que salen en cualquier conversación o al hilo de un suceso o acontecimiento lamentable o feliz. Un Dios lo quiere así, o es su voluntad, o esto lo manda Dios, cuando no se oyen todavía cosas peores en intervenciones políticas lamentables, asesinas, que quieren cubrirse con el manto de lo divino o de lo querido por Dios.

Urge cambiar estas imágenes de Dios. Este imaginario es perverso y está enfermo. Mientras tengamos estas imágenes de Dios, algo no funcionará bien en nuestra espiritualidad y en las relaciones del creyente con Dios.

Abordamos cinco imágenes de Dios que hay que cambiar. Proponemos sustituirlas por lo que encubren y no dejan ver, por el verdadero rostro del Dios de Jesús. No queremos derribar sin más, queremos derribar construyendo al mismo tiempo una alternativa mejor.

1. Del Dios del temor al Dios del amor.

El ídolo del miedo es la imagen de Dios más extendida. Nunca se presenta sola, sino unida a otras representaciones torcidas y distorsionadas de Dios. Pero en nuestro intento de sanar la imagen de Dios tenemos que destruir primero esta imagen perversa y fea del rostro de Dios, especialmente del Dios de Jesús. Las imágenes del temor, del miedo, como sabe la psicología, no son fáciles de liquidar. Parecen huir, pero retornan por los caminos más inesperados. El miedo es un enemigo que yace agazapado en lo más profundo del ser humano esperando su ocasión para salir de nuevo a flote. Si Dios es un portador del miedo en vez del amor, estamos usando lo más santo de la forma más temible y degradante. Tenemos que luchar a brazo partido contra esta imagen negra y amenazadora de Dios. Al Dios del miedo y del temor solo lo podemos combatir y sanar con su opuesto, que es el Dios del amor, que es el Dios de Jesús por excelencia.

a) Un ser débil e inseguro que busca sentido.

La experiencia del miedo echa pronto raíces en el suelo humano. Nos descubrimos vulnerables, nos pueden herir con facilidad en la carne y en el espíritu. El ser humano aparece con una piel delicada en su exterior e interior. Esta capacidad para recibir heridas, para ser herido, hace al ser humano huidizo, temeroso y buscador de protección. Somos seres inseguros. No tenemos unos instintos que nos dirijan con seguridad por el camino de la vida. Tenemos que aprender a orientarnos y a caminar hacia nuestra casa. A menudo nos desorientamos y nos perdemos. Nos rodea la incertidumbre.

Vulnerabilidad e incertidumbre son dos componentes del ser humano por las que corre el miedo. La debilidad humana atada al temor de ser heridos o de extraviarnos nos hace dependientes del poder. Del miedo brota el afán de poder. Buscamos defensa y seguridad. Miramos hacia el poder para que nos defienda y nos dé seguridad. La otra cara del miedo es el poder. Miedo y poder parecen estar unidos por un material fuerte, como la cara y cruz de las monedas. El evangelio de Lucas 12, 30s nos da una versión ligeramente diferente: el miedo provoca la búsqueda de seguridad que proporcionan las riquezas. Se pone la confianza en el dinero, que se convierte así en dios, en el poder salvador.

Todas las cosas importantes se pueden ver y utilizar desde su haz y su envés. El envés del miedo, como decimos, es el poder que nos puede dar seguridad y nos proporciona la coraza para defender nuestra débil condición. Por este camino podemos sospechar que en el origen del poder humano está el miedo.

Algunos pensadores, como el ruso Mijail Baktin, llegan a lanzar la hipótesis de si el poder humano no será fruto del primer movimiento miedoso del corazón humano. Un miedo o temor cósmico

- Al principio el temor cósmico? Al principio estaría la experiencia temerosa ante la magnificencia y desmesura de la naturaleza. El ser humano habría experimentado una gran emoción turbadora y miedosa ante la suntuosidad del firmamento, de las montañas, del mar o de los ríos. Y ante sus catástrofes incontroladas. M Baktin no pone ninguna emoción religiosa, ninguna suerte de fascinación o temblor ante un sagrado percibido en el fondo de la grandeza de la naturaleza o de sus fuerzas desatadas. Estaría el puro temor, el miedo y la impotencia en estado puro ante el tamaño y la fuerza invencible de la naturaleza.

El terror cósmico pone de relieve la enorme debilidad humana ante la grandiosidad de la naturaleza. Por una parte aparece un ser asustadizo, frágil y quebradizo, y, por otro, la enormidad del universo. El filósofo alemán H Blumenberg se ha dado cuenta también de este sentimiento de impotencia y horror que nace en el corazón humano ante la desmesura del cosmos, ante lo desconocido y prepotente, lo que denomina el absolutismo de la realidad. O Spengler ya había hablado de la angustia cósmica ante la confrontación del hombre con el caos de impresiones primigenias.

Las religiones, a través de los mitos, tratan de transformar la angustia cósmica en confianza cósmica. La calma viene a través de la capacidad humana de dar nombre a lo hostil y extraño. El lenguaje humano elabora narraciones, relatos, mitos, que transmuta los espantos de un universo desconocido en historias con sentido. De la amenaza de la desnuda realidad sin sentido se pasa a ver la realidad, la naturaleza, incluso en sus peores manifestaciones, como algo querido o expresión del Ser supremo, de Dios. La religión produce así una gran transmutación: sustituye la extrañeza y hostilidad de la naturaleza, del cosmos, por el Otro, Dios, al que pone nombre, rostro, y hace cercano y accesible.

Ahora bien, M Baktin y otros antes de él sugieren que las religiones utilizan el terror cósmico para justificarse a sí mismas. Es decir, las religiones apelan a un Dios soberano para calmar el miedo nacido de la vulnerabilidad e incertidumbre humanas. Las religiones manejan el miedo: lo usan para lograr poder sobre los pobres seres humanos miedosos y desvalidos. Dicen poseer los mecanismos que tienen la capacidad para convertirlas en intercesoras e implorar la benevolencia divina, aplacar su ira, lograr bendiciones, etc. De esta manera obtienen la aceptación de los creyentes.

Podemos aceptar esta teoría o concepción del miedo como origen de la idea de Dios?

Parecería que la experiencia de muchos creyentes cristianos lo confirmaría. Recuerdo la visita a un grupo de unas diez mujeres maduras, de mediana edad, que querían formar un grupo de fe. Al charlar con ellas sobre sus motivaciones y experiencias religiosas, enseguida salió a relucir el miedo como un elemento de fondo. Sin excepción, este hecho me llamó la atención, todas habían sufrido con el miedo producido por la imagen de Dios recibida en la educación religiosa. Algunas no se habían atrevido hasta muy recientemente a confesar este miedo; alguna decía incluso que hasta pensar acerca de Dios de otra manera le parecía estar prohibido. Otra declaraba que, al llegar hacia los cuarenta años, se había saltado a la torera el Dios del miedo, vigilante, normativo y castigador. Había prescindido de Dios, aunque le quedaba un rastro de molestia y culpabilidad.

- La religión y el miedo no es todo. Vamos viendo que, según estas interpretaciones, las religiones son hijas del miedo, de la búsqueda humana de contrarrestar el temor cósmico, el terror de lo desconocido y de la incertidumbre. El corazón humano busca protección y certezas. Uno de los caminos avistados es recurrir a un soberano del universo. Alguien superior a la naturaleza.

Muy distinta es la visión de otros autores, historiadores y pensadores de la religión, que, como M Eliade, ponen en el origen de la experiencia religiosa una visión que contrasta radicalmente con la anterior. El terror cósmico no sería la experiencia radical. La experiencia de la extrañeza, de la desmesura del universo y de los desgarros y rupturas humanas no sería lo definitivo.

El ser humano busca desesperadamente el sentido. Quiere vivir con sentido, descubrir el fundamento de las cosas, la realidad última. M Eliade dirá que el hombre tiene el deseo irresistible de trascender el tiempo y la historia a la búsqueda de lo que le proporcione las claves de este mundo y de la vida, con sus desgarros y momentos luminosos. Toda la experiencia religiosa va encaminada a esta búsqueda.

En el fondo de la experiencia religiosa lo que hay es el descubrimiento de una vida más profunda de la que aparece. Hay otra parte que da sentido a esta. En lo hondo o la raíz de la realidad anidaría un sentido, una vida, un poder o sobrepoder que no es amenazador, sino que se manifiesta con la atracción de lo más fascinante y bello, más atractivo y deseable que se pueda soñar. La captación religiosa primera consiste en abrir una perspectiva que descubre la realidad atravesada a todo lo largo, ancho y profundo por una Presencia misteriosa que proporciona sentido, luz, irradia calor y color a todas las cosas. Es como si de repente se viera que la verdad profunda que anida en la realidad de la vida y del mundo es luminosa y bella, atrayente y digna de ser amada.

Por encima o más allá de los desgarros y del dolor que palpamos frecuentemente en la vida y que nos hace pensar en este mundo como un mal sueño de una mente loca, hay otra realidad que resplandece. Se manifiesta en forma de Sentido y Vida de la vida que transfigura la existencia de los que la captan; aparece como una Fuerza más fuerte que todos los poderes existentes. Este Sobrepoder llena la realidad entera y la penetra dándole significado y quitándole la niebla que frecuentemente reposa sobre ella. Es como el Cimiento y el Fundamento sobre el que descansa todo y sobre el que todo se construye y se levanta.

Escribimos Sentido, Vida, Fuerza, Poder, Sobrepoder, Fundamento con mayúsculas, queriendo indicar el carácter único, especial, singular, que le atribuimos. También se denomina a dicha Realidad lo sagrado. En ella palpita el Misterio más último y radical, lo impenetrable, que, sin embargo, atraviesa todas las realidades y las tiñe de luz y color. Un Misterio santo, distinto de lo humano y de todo lo existente y, sin embargo, su raíz más honda.

- Miedo o sentido y luminosidad? El ser humano se mueve entre el miedo y el sentido. Qué es lo primero? Esta pregunta quizá no tenga respuesta racional definitiva. Presupone ya una toma de posición y de sentido sobre el mismo Sentido. Apela a un pensar que excede el saber y que se agarra a lo más profundo y amplio del espíritu.

Nos movemos entre estas dos experiencias. Incluso en la misma experiencia de lo sagrado, del Misterio último, nos encontramos, a decir de estudiosos como R Otto, entre la fascinación de lo máximamente atrayente y el miedo de lo misterioso diabólico y amenazador. Esta presunta ambivalencia de lo sagrado se rompe con la misma evolución de la conciencia religiosa del ser humano. Este va descubriendo que el Misterio santo es acogedor, protector, perdonador, salvador. La vida no queda escindida y rota. Lo definitivo es la unidad, y no el desgarramiento entre el miedo y el sentido, el bien y el mal. La marcha misma de la conciencia religiosa humana indica un camino: el de la superación del miedo, el desgarramiento y la escisión. El Misterio último es bondad.

No han faltado en la historia de la humanidad -entre las religiones denominadas universales, como el zoroastrismo o la gnosis actual- la tentación de ver en el Misterio último, en Dios mismo, un dualismo entre la luz y las tinieblas. Dios mismo sería dual: un dios de la luz, del espíritu, del bien, y un dios de las tinieblas, de la materia, del mal. Sucede, con todo, que, al final, los dualismos terminan inclinándose hacia un lado, normalmente del lado del bien. El dualismo no termina en tablas, como un empate en una partida de ajedrez, sino que supera la mentalidad dualista.

Esta oposición entre miedo y sentido o esperanza, bien y mal, nos enseña algo importante: responde a un sentimiento del ser humano. Experiencia de escisión en la propia existencia, a la que se atribuye un fundamento en la misma cosmología. En el fondo de nuestra tendencia al miedo anida un temor profundo y último más radical que el de la naturaleza, que apunta a la desnudez y debilidad de nuestra misma existencia necesitada de salvación. La experiencia del Misterio último, sacro, divino, sería la respuesta a este miedo existencial. Y aparece como salvador, liberador y protector.

b) La utilización religiosa del miedo.

La historia humana, ya lo vamos viendo, está llena de miedo. El ser humano es un saco de miedos. No nos tiene que extrañar que el miedo haya sido muy usado y manipulado. Cuando se ha querido someter a las personas se ha acudido al miedo. El poder ha usado el miedo bruto para esclavizar y someter.

Y sutilmente se ha usado el miedo para ofrecer la presunta protección o seguridad de los poderosos para sojuzgar y controlar. La religión tampoco se ha resistido a la tentación de usar el miedo como elemento de sometimiento.

- La pastoral del miedo. El catolicismo, por situarnos en nuestra propia tradición, ha usado el miedo y el temor para llevar a Dios. Una estrategia que ha dado muy ambiguos y malos frutos. No vamos a dudar acerca de la buena intención que, seguramente mezclada con el fondo revuelto y oscuro humano, donde laten miedos y ansias de poder juntos, ha dirigido esta orientación. El hecho ha sido que durante mucho tiempo ha dominado lo que J Delumeau, un historiador francés creyente, ha llamado la pastoral del miedo.

Se ha usado el llamado temor de Dios para prevenir el pecado y llamar a la conversión. Para ello se ha hinchado de amenazas la religión. Esta administradora de lo sagrado, como se ha denominado a la religión, se convirtió en un mundo lleno de prevenciones, admoniciones y llamadas de atención a las consecuencias del pecado, de los deslices y fallos humanos que tendrían consecuencias desastrosas para el propio ser humano.

Entre los predicadores se apeló enseguida, en vez de a la salvación para los creyentes, al peligro de su condenación. Las oraciones se llenaron de peticiones, sobre todo para los difuntos, a fin de que fueran librados del lugar del castigo, del fuego de la Gehena, de las llamas del Tártaro o del infierno. Especialmente la imaginería sobre el infierno se desbocó, y el adoctrinamiento del miedo se volvió sistemático. Desde la Edad Media, sermones y representaciones buscaron aterrorizar al fiel. Meterle miedo, pánico, especialmente utilizando las postrimerías o últimos acontecimientos de la vida: la muerte, el juicio y el infierno (o el purgatorio). Ni siquiera místicos tan grandes como santa Teresa se escaparon de algunas visiones exageradas y hasta terroríficas de pasadizos estrechos y lúgubres, donde las almas caían al infierno como copos de nieve, aunque no llegara al nivel del dominico san Vicente Ferrer, apodado el ángel del Apocalipsis, que tronaba con las terribles penas del más allá.

Sabemos que esta historia de truculencias se desacreditó a sí misma. El abuso de las amenazas terminó por debilitar su eficacia. Así no faltan predicadores que, ya desde la misma Edad Media, advertían de la ineficacia de tales sermones. Los fieles ya no se impresionaban o no se sentían concernidos. Pero habrá que decir que la costumbre no se borró y, aunque se eliminaran excesos, el adoctrinamiento del miedo no ha dejado de estar presente en la Iglesia en las catequesis y la enseñanza hasta nuestros días. Todavía hoy se pueden escuchar voces que se lamentan de un olvido excesivo del tema del miedo, del infierno, y de demasiado énfasis en el amor, la bondad y el perdón de Dios.

- La peor imagen para Dios. El que peor queda en toda esta operación pastoral es Dios mismo. La imagen de Dios que se utiliza, más o menos conscientemente, es la de un Dios juez severo que filtra tan fino los pecados que no deja pasar uno solo de los deslices. Parece llevar cuenta tan estricta que no hay central de inteligencia policial terrena que se le pueda asemejar. Los atributos de su inteligencia y memoria supremas semejan los de un ordenador divino que registra todo minuciosamente y que en el día del juicio te presentará la minuta a pagar. Este Dios es el Superpolicía cósmico; el ojo divino, el Big Brother ciber-divino que registra todo y exigirá cuentas estrictamente.

Este Dios-policía es usado con ligereza en la educación de los niños. Frecuentemente, las mamás acuden a él para lograr que el niño no toque tal cosa, no haga la otra o simplemente no meta la mano en las galletas. El cardenal inglés Basil Hume cuenta con humor cómo su madre usaba este dios-policía, barato y a mano, para impedir que sus hijos metieran la mano en las galletas. A él, que metía la mano en las galletas, le costó tiempo superar esta imagen vigilante de Dios y la culpabilidad añadida. Solo cuando tuvo una experiencia del gran amor de Dios le pareció escuchar que Dios no le hubiese prohibido meter la mano y coger una galleta, sino que le hubiera invitado a coger dos.

No menos tremenda es la imagen que se destila por los pliegues del Dios ejecutor justiciero, implacable, de la sentencia merecida. Misericordioso sí, se dirá, pero Justicia infinita. E, indudablemente, el acento carga de este lado. Nadie parece escaparse. Una suerte de estremecimiento terrorífico nos hiela la sangre y hasta el aliento al sentir que no tenemos escapatoria. Quizá ahora se saque el naípe de la misericordia para paliar un poco lo exagerado de la descripción. Pero el mal está hecho: la imagen ha quedado fijada en la imaginación infantil o juvenil, y ya tenemos durante todos los días de nuestra vida un imaginario de lo divino que amenaza y tortura. Y tendremos la dura tarea de extirparlo costosamente.

El culmen, si tal hay, lo alcanzamos con la imaginería infernal y del infierno temporal llamado purgatorio. Aquí, detrás de angusturas y llamas, líquidos fecales y otras lindezas, se escurre un Dios sádico. El Dios capaz de tales condenas eternas por pecados de seres finitos, por un mal pensamiento, que hieren a un Ser divino, es un monstruo. La intención retórica era, sin duda, la de acentuar la seriedad del pecado. El resultado es infernal para el mismo Dios: muestra una faz invertida, demoníaca en su tremendismo. La existencia de este Dios, si lo hubiera, sería lo peor que le podría haber ocurrido al ser humano y a la realidad. Lo más suavemente deseable por una mente sensata es que tal Dios no existiera.

- La gravedad del imaginario. La breve consideración que alcanzamos a esta altura es que, sin más consideraciones, advertimos ya la gravedad de un imaginario enfermo sobre Dios. Dios queda deformado hasta el horror, y la conciencia humana sometida al miedo, la culpabilidad y el estremecimiento ante el Ser supremo. Están dadas las condiciones para tener unas relaciones enfermizas con tal imagen de Dios. Lo religioso se transforma en una fuente de enrarecimiento de la interioridad, en vez de colaborar a su sanación y liberación. No tiene nada de raro que C Jung, el famoso discípulo de Freud, fundador de la psicología profunda, dijera que detrás de muchas patologías de las personas de más de treinta años siempre se encontraba un problema religioso.

Tenemos que cuidar la imagen de Dios que tenemos. Una mala imagen hace daño al alma. Por esta razón, en la tarea educativa de los padres con los hijos, o de los abuelos con los nietos, desde pequeñitos, hay que tratar de proporcionar una imagen sana de Dios. Y, desde luego, tenemos que desterrar la utilización de Dios como productor de miedo o vigilante universal. Este mal uso pastoral y educativo de Dios es penoso y ha dado tan malos frutos como el uso del temor a Dios para educar o corregir pretendidas faltas o defectos de los niños. Preparamos, como dirá la teóloga y psicoterapeuta holandesa Agneta Schreurs, el que, de mayores, acontecimientos tristes y dolorosísimos, como la muerte de un hijo, sean vistos como el castigo de Dios por determinados pecados. El trauma se hace mucho mayor.

c) Dios es amor.

Ya hemos preparado suficientemente el terreno para aproximarnos a una reconstrucción positiva de la imagen de Dios. Quisiéramos desechar y destruir la imagen del Dios del miedo y el castigo en todas sus formas y facetas. Ahora tenemos que reconstruir una imagen positiva de Dios. Para ello nada mejor que acudir a la fuente misma del imaginario cristiano sobre Dios: a la Biblia y dentro de ella a los evangelios.

Aquí, especialmente en los evangelios, encontramos una imagen de Dios que responde a la concepción que tenía Jesús de él. A ella nos vamos a remitir. Con esta imagen tenemos que confrontar las nuestras y rehacerlas.

- El centro del cristianismo. Busquemos una definición de lo que es Dios en el Nuevo Testamento. La encontraremos en Juan. En el evangelio (Juan 4, 24) se dice que Dios es espíritu, y la primera carta de Juan, al inicio (1 Juan 1, 5), dice que Dios es luz y más adelante, en 1 Juan 4, 8.16, se dice, dos veces, que Dios es amor. Incluso se puede decir que Dios es luz puede quedar integrado en Dios es amor, porque, como dice el mismo Juan en dicha carta, quien ama a su hermano permanece en la luz y no hay escándalo en él (1 Juan 2, 10). Por tanto, la mejor definición que encontramos en el Nuevo Testamento para Dios es que es amor.

Cuando queremos decir lo que es Dios, nos encontramos con que Dios es amor. No parece decirse cualquier cosa, sino lo nuclear y central de Dios y, por tanto, del cristianismo. Amor es el nombre mismo de Dios; lo que mejor expresa lo que es Dios en sí mismo; en lo que consiste su ser, su actividad. Es decir, todo lo que Dios es y hace está tocado por el amor, es una irradiación de su ser amoroso. Dios es el Amor radiante. Todo lo que tiene que ver con el amor tiene que ver con Dios; es, de algún modo, una irradiación suya. Y habría que decir también que toda manifestación de Dios tiene que estar atravesada por el amor: su creación, su gobierno, su justicia, su poder... Si Dios crea, lo hace por amor; si Dios gobierna, lo hace en el amor, y así sucesivamente. El amor es el ingrediente inevitable de todo lo que Dios hace. Olvidar este sencillo principio es desfigurar a Dios.

Un gran teólogo protestante del siglo veinte, como el suizo, resistente contra Hitler, K Barth, traducirá el Dios es amor de un modo activo: Dios es quiere decir: Dios ama. Dios es el ser que ama. Su ser consiste en amar. Sin duda lo dijo mejor y más poéticamente san Juan de la Cruz: Que solo en amar es mi ejercicio. Amar es lo que Dios es, lo que Dios hace, lo que Dios sabe, es su oficio, y no quiere ni puede hacer otra cosa.

Se comprende que, a partir de aquí, se hagan esfuerzos por sacar la riqueza inagotable de lo que es Dios. Algunos, desde la filosofía, como J Gómez Caffarena, repetirán que Dios es el Amor originario. En su raíz, Dios es Amor y es la fuente del amor. En el origen del amor está Dios. Al principio de todo está el amor. Si Nietzsche decía que en la raíz de todo lo que existe está la ambigüedad trágica, Dionisos, para el cristiano está la claridad, la luz del amor sin sombra, que llamamos Padre-Madre. No hay dualismo, bien y mal, solo domina el bien inconmensurable del Amor.

Un amor que no tiene reservas ni exclusiones. Es un amor universal, que se extiende sin límites ni fronteras, sin exclusiones y sin condiciones. Es gratuito. Es perdurable e inevitable.

No exageramos un tanto y caemos en el peligro de la tontería y la trivialidad?

Aquí podemos echar mano de alguien que venga en nuestra ayuda. San Buenaventura dice, refiriéndose a un famoso dicho de san Anselmo, muy usado en la teología y la filosofía, que Dios no es solo mayor de cuanto se puede pensar, sino que Dios es mejor de cuanto se puede pensar. O sea, que no hay que temer excederse en pensar la grandeza del amor de Dios: no la podremos alcanzar jamás. Sobrepasa todo lo que el ser humano puede comprender y expresar. Incluso -y esta es nuestra triste experiencia- nos cuesta creer y aceptar el amor incondicional de Dios. Al final, la vida cristiana se reduce a creer y aceptar este amor. Cuando esto ocurre, nuestra vida cambia, se transforma e ilumina e irradia amor igual que la Fuente originaria.

- Algunas figuras del Dios amor en el Antiguo Testamento. La Biblia es un libro muy rico y complejo. Muestra la andadura humana en pos de Dios. Indica cómo el hombre ha ido descubriendo a este Dios que quiere comunicarse siempre, pero que es recibido -representado, imaginado, pensado- a través de los filtros y recipientes humanos del tiempo y de la cultura.

No nos tiene que extrañar que la Biblia tenga imágenes inaceptables de Dios. De hecho, si leemos la Biblia de una forma no superficial ni estática, descubriremos cómo hay un avance, una depuración y purificación de las imágenes de Dios en la misma Biblia. Del Dios de los ejércitos y del Terror de Isaac se va pasando a un Dios con entrañas maternales que se estremece y que nos atrae con lazos de amor, y era para ellos como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él para darle de comer (Oseas 11, 4.8-9). Figuras estas de tono maternal con gestos cariñosos, tiernos, totalmente propicios para Israel y el ser humano. Si aquí parece que todavía no se emplea claramente la imagen representando a Dios como madre, quizá por miedo y prevención contra los cultos de la fecundidad, todo el capítulo 11 de Oseas rezuma calor y color maternal.

Isaías (49, 15) no tendrá ya miedo en presentar a Dios con la imagen de un padre, sino como la madre más solícita y fiel: Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Aquí ya no queda duda de que estamos ante la ternura insobornable de una madre. Ante el amor total y sin claudicaciones.

Los salmos son otro de los lugares donde los creyentes van expresando sus ideas y representaciones de Dios. Nos encontramos, por ejemplo, con salmos que utilizan metáforas sobre Dios como nuestro fundamento, el fundamento del ser diríamos, un cimiento que no se tambalea, aunque todo esté temblando. Dios se nos presenta entonces como una roca y un castillo, la fortaleza en que nos sentimos seguros.

En otros salmos, Dios es más que cimiento de todo lo existente, la fuente y el hontanar de donde mana y brota nuestro ser y toda vida y existencia: Todas mis fuentes están en ti (Salmo 87, 7).

Dios es para el creyente de Salmo 22 el pastor que le guía, apacienta, defiende, repara sus fuerzas. No es extraño

que su ternura y su misericordia son eternas (Salmo 24), y sea la luz y la salvación, el seguro de mi vida, ante quién he de temblar (Salmo 26). Por su inmensa ternura borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado (Salmo 50). Este salmo, que guarda un rastro arcaico de mancha e impureza, expresa claramente lo que Ricoeur ha detectado muy acertadamente en toda confesión del pecado: que este se plantea como una relación personal con Dios y presupone ya descubrir a un Dios preocupado e inclinado hacia el ser humano. Al principio, por tanto, no está la conciencia de pecado, sino la presencia de Dios, hecha alianza, acogida y encuentro con un Dios misericordioso, de inmensa ternura.

Antes de que lo hubieran dicho los teólogos, ya los creyentes habían descubierto por experiencia que siempre estaban aceptados. Dios no nos rechaza nunca, siempre estamos aceptados, incluso en aquello que somos más inaceptables. De aquí que el creyente con sed de Dios, que sabe que su amor vale más que la vida, diga que mi ser entero se aprieta contra ti, y tu diestra me sostiene (Salmo 62). Por esta razón, el Salterio está lleno de cantos al amor de Dios, a su misericordia, su fidelidad de generación en generación, pues sabe que su amor está bien cimentado (Salmo 88) para siempre.

- Figuras del Dios amor en el Nuevo Testamento. Seguramente la imagen representativa del Dios amor que nos viene más inmediatamente es la del Padre del hijo pródigo (Lucas 15, 11-32). Una parábola entrañable, llena de imágenes de un Dios que rompe todas las medidas, usos y costumbres. Especialmente es digno de repararse los cinco pasos o verbos, enormemente activos y tiernos, de este Dios que presenta Jesús. Un padre que, ante el hijo humillado que vuelve a casa:

lo vio a lo lejos,
se conmovió profundamente,
echó a correr,
lo abrazó,
lo cubrió de besos.

Un padre que no atiende a disculpas ni explicaciones. Y un padre que toma cinco decisiones que demuestran un amor paternal-maternal escandaloso que no cabe en nuestros esquemas:

le puso el mejor vestido,
le colocó un anillo en la mano,
le dio sandalias,
mandó matar el ternero cebado,
organizó una fiesta.

Esta narración, considerada la reina de las parábolas, está llena de símbolos. Dar al hijo desharrapado el vestido, el anillo y las sandalias equivale a devolverle su dignidad de hijo de familia noble. Matar el ternero cebado se hacía en las familias bien en la mayor fiesta del año. Todo suena a gran celebración y fiesta gozosa.

Hemos de reparar un momento más en el comportamiento del Padre: recibe de esta forma desorbitada al hijo que se marchó de casa y malgastó su herencia. No le dice ni una palabra de reproche. Y su amor desconcertante lo limpió, lo sanó, lo vistió, lo rehabilitó, lo adornó y, finalmente, lo agasajó. Un comportamiento escandaloso para nuestras mentes biempensantes. Jesús, sin embargo, no retrocede ante nuestro escándalo ni el de los moralistas y piadosos de todos los tiempos, como el hijo mayor; nos repite: Como este padre es Dios. Habrá que decir, con la expresión de san Buenaventura, incluso mayor y mejor que estas comparaciones y descripciones, humanas al fin y al cabo.

Desde luego no es la única imagen amorosa de Dios, aunque quizá sea la más llamativa. Prácticamente todas las parábolas poseen un trasfondo donde aparece un Dios amor. En el capítulo 15 de Lucas, donde se sitúa la parábola del hijo pródigo, la anteceden y preparan dos parábolas maravillosas: la de la oveja perdida (Lucas 15, 1-7), que presenta a un Dios pastor amoroso que nos busca, carga a hombros y devuelve al redil lleno de gozo, y la de la moneda perdida (Lucas 15, 8-10), donde muestra el cuidado y persistencia de la búsqueda del amor divino, junto con el regocijo del hallazgo. La gratuidad del amor brilla en la parábola del fariseo y el publicano (Lucas 9, 9-14), etc.

- Jesús, parábola del amor de Dios. No debiéramos perder de vista que quien nos transmite lo que es nuestro Dios, como a qué se parece, es Jesús. Jesús es quien experimentó este ser amor sin límites ni fondo que es Dios. Se sintió hijo querido, muy amado, en quien Dios se complacía (Marcos 1, 11). Sin duda, como repiten los estudiosos del Jesús histórico, Jesús fue un místico que vivió frecuentemente profundas experiencias de Dios. Un estudioso del Jesús histórico, Marcus J Borg, dirá que Jesús vivió una vida radicalmente centrada en Dios; desde ahí se comprenden los demás rasgos de su vida, como sanador, maestro de sabiduría, profeta social e iniciador de un movimiento de reforma religiosa.

Un poco más teológicamente habrá que decir que Jesús encarna el amor de Dios. Es la ágape divina hecha carne. Abajada hasta la nada (kénosis), dirá Pablo (Filipenses 276s), de una figura humana, de un cualquiera, un siervo, para abrazar a todos los humanos sin distinción ni exclusión. Pasión hacia abajo la denominará A Torres Queiruga, para que nada de la condición humana se escape. Pasión que se concreta escandalosamente en actitudes y conductas conflictivas: la comida con los publicanos y los pecadores (Mateo 9, 13), las espigas arrancadas en sábado (Mateo 12, 6), curar en sábado (Lucas 13, 14), acogida a la mujer sorprendida en adulterio...

La vida de Jesús es un reflejo de lo que él decía de Dios. Quien le ve a él, ve, en forma humana, el brillo del amor de Dios. Jesús no daba conferencias sobre Dios, transparentaba a Dios. Su vida centrada en Dios irradiaba amor compasivo. Jesús nos muestra que la primera cualidad de una vida centrada en Dios es la compasión. La suma de la teología y ética de Jesús suena así: Ser compasivos como vuestro Padre es compasivo (Lucas 6, 36). En la compasión resuena el amor maternal, misericordioso y entrañable de Dios del que nos hablaba ya Oseas. La preocupación por el hombre, la pasión por su dignidad y libertad, la compasión por el doliente, el caído y la víctima, la ternura, la acogida y el perdón sin límites. Amor crítico y conflictivo, pues, como Mateo nos recuerda dos veces, Jesús dirá con Oseas 6, 6: Quiero misericordia, no sacrificios, en clara referencia a la religiosidad oficial. Amor eficaz,

consecuente y fiel hasta el final escandaloso de la cruz. Jesús es la parábola viva de Dios, el símbolo más acabado de Dios mismo.

En él vemos hasta dónde llega el amor de Dios: Tanto amó Dios a este mundo que dio a su Hijo único, para quien crea no perezca (Juan 3, 16-17). Un comentarista de Juan denomina a este texto el Evangelio en miniatura. Jesús es para la vida del mundo. Jesús es el don amoroso que hace Dios a los hombres para que tengan vida definitiva y ninguno perezca.

Si recordamos, además, que Juan pone en su evangelio, como primera acción pública de Jesús, las bodas de Cana (Juan 2, 1-11), en las que Jesús transforma el agua en vino, tenemos un mensaje extraordinario. La condición es no hacer una lectura literalista y empobrecedora del evangelio. Leamos de modo metafórico, teológico-simbólico, este relato. Entonces nos daremos cuenta de que esta historia de Jesús no es acerca de su poder divino de transformar el agua en vino, sino acerca de una boda: Al tercer día hubo una boda.... La expresión al tercer día evoca ya una situación pascual. La boda, el matrimonio, sabemos que es un símbolo muy utilizado en la Biblia: sugiere la imagen mística del encuentro del Dios amante con el amado de Dios (Israel, el mundo, nosotros...). Una boda sugiere además una gran celebración y banquete. Un banquete en el que no falta el vino. Un banquete en el que lo mejor viene al final. La historia de la boda de Cana es acerca de esa historia amorosa de Dios con el hombre. Si es una historia puesta al inicio del evangelio de Juan, quiere decir que la historia de Jesús, su fondo más profundo y real, es, va a ser, como la historia de una boda. Es una historia de amor nupcial.

- El canto al amor de Dios de Pablo. Ya podemos ir cerrando estas imágenes y sugerencias del Nuevo Testamento sobre el amor de Dios. Pablo nos puede ayudar a ello. En uno de esos momentos de apasionamiento en que nos deja traslucir su corazón de creyente, Pablo se pregunta si Dios está a favor nuestro, quién podrá estar en contra? (Romanos 8, 31s). Un Pablo arrebatado va recitando situaciones, pruebas, enemigos, enfermedades, muerte, pero Dios, el que perdona, que nos dio al Hijo, que murió, resucitó, que está a favor nuestro, no permitirá que nada nos lo pueda quitar. Quién nos podrá separar del amor de Dios? Nada podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro.

Este amor de Dios en Cristo Jesús lleva la marca de la nueva vida en libertad, gozo, paz..., frutos del Espíritu. Para Pablo, el primer fruto del Espíritu es el amor. Y si falla el amor, fallan los otros dones del Espíritu, como se advierte en su himno al amor (1 Corintios 13). De aquí que podamos decir con Patxi Loidi:

Todo es don. Todo es gratuito. Dios ama primero. Hagamos fiesta.

d) No herir al amor.

Una sugerencia espiritual fuerte se deriva de esta imagen amorosa de Dios. Por supuesto, la más elemental y primera es desechar el miedo. El amor es el que vence al temor. Pero, además, entender que la vida del Espíritu, la vida espiritual, consiste en el arte de vivir esta relación amorosa con Dios. Venimos del Amor y somos para el Amor.

La vida cristiana consiste en crecer en el amor, en la compasión. Es el primer fruto y la primera cualidad de la vida en el Espíritu.

El miedo es un obstáculo enorme para el amor a Dios. Conduce a buscar seguridades en el poder y en el dinero, como dice claramente el Evangelio. Y Dios, el Absoluto para nosotros, es aquello que más ama nuestro corazón. El miedo nos lleva a los ídolos del dinero y el poder, que son dioses inmisericordes. Y nadie puede servir a dos señores. La vida espiritual cristiana consiste en convertirse continuamente al Dios del amor y la misericordia, es decir, al amor concreto a los pobres y desvalidos y a su causa, el Reino de Dios.

El amor es un don, lo recibimos gratis. Debíamos insistir mucho en practicar la pasividad en la relación con Dios, el Amor. No insistir tanto en que nosotros amamos a Dios, buscamos a Dios, tenemos sed de Dios, cuanto que él nos busca, nos persigue, nos acecha y nos ama incomparablemente más que nosotros a él. Al final, la aventura de la fe consiste en aprender esta pasividad enormemente activa que consiste en dejarse amar, dejarse querer por el Amor sin orillas de Dios. Este Amor, si es recibido con un corazón limpio, nos llevará a la misericordia.

Ahora comprendemos mejor que la tarea de superar la imagen del miedo frente a Dios es una exigencia de la misma fe cristiana y de hacer justicia a Dios mismo. Toda imagen que tergiversa o empaña la imagen amorosa de Dios es una horrible deformación idolátrica. Tenemos que destruir esas representaciones idólatras y venenosas de Dios.

e) Algunas sugerencias para cambiar la imagen de Dios.

La tarea de tener una imagen sana y más adecuada de Dios es muy importante para la vida de fe y para la misma vida humana. El educador religioso y el agente pastoral, así como todo creyente, tienen aquí un trabajo, a veces largo y penoso, que exige tacto y cuidado, pero que también es muy hermoso y humanizador. A fin de ayudar en esta tarea, trataré de sintetizar en breves frases e ideas lo nuclear de la exposición para facilitar un cambio de imaginario o, mejor, para comunicar una imagen que haga honor a nuestro Dios.

Dios es amor. Dios es Amor, y solo puede amar. Su oficio consiste en amar.

Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá (Salmo 26).

¿Quién nos podrá separar del amor de Dios?. Nadie podrá separarnos. Me ama aunque yo le falle y me acoge aunque vuelva a la hora undécima.

- Yo soy una historia de amor. De un amor gratuito que no compro con méritos, porque no está en venta ni tiene precio.

- Tú eres mi hijo amado, en quien me complazco.

El amor de Dios es gratuito, incondicional, desconcertante, incansable.

El amor de Dios es mejor de cuanto se puede pensar (san Buenaventura).

Jesús es la parábola del amor de Dios. Dios tiene el rostro de Jesús. En él vemos hasta dónde llega el amor de Dios:

Tanto amó Dios a este mundo que le dio a su Hijo único.

La prueba de que amamos a Dios es que amamos al hermano.

Sed misericordiosos como Dios es misericordioso. El que es misericordioso conoce a Dios.

- Dios es el amor en acción. Dios es solidaridad.

- Lo importante no es lo que yo quiero a Dios, sino lo que Dios me quiere.

- Cuando vayamos a orar, dejémonos querer por Dios.

2. Del Dios intervencionista al Dios intencionista.

Hay una imagen muy extendida de Dios entre los creyentes. La de un Dios que dirige todo. Todo lo que ocurre en el mundo lo ha querido Dios, da lo mismo que sea un cáncer o la lotería. Suerte o desgracia, Dios lo ha querido. Dios lo ha querido suena a una frase piadosa, pero en realidad es una expresión muy mala y peligrosa. Lleva consigo una imagen inaceptable, impresentable de Dios. A Dios se le achaca todo lo que sucede en el mundo, y así es el responsable último de todas las cosas buenas y de las atrocidades que pasan en este universo mundo. En esta imagen está en juego una serie de aspectos muy importantes de la vida de los creyentes. Y no menos está en juego el honor de Dios. La llamada providencia de Dios o cómo Dios se hace presente en este mundo es un tema importantísimo. En él se juega mucho: o una imagen adulta, seria y presentable de Dios hoy, o mantener una concepción infantil y pésima de Dios.

1. El mal providencialismo.

Consiste en achacar a Dios todo lo que sucede. Se cita, de nuevo de forma literalista y sin la debida traducción al contexto: Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados (Lucas 12, 7). La conclusión natural es que nada sucede sin que Dios lo permita; todo lo que pasa en nuestra vida y el mundo es porque Dios lo quiere.

Hay un sinfín de expresiones en nuestra vida diaria que transmiten esta idea y representación de un Dios que lo gobierna y dirige todo. Acostumbramos a decir hasta mañana, si Dios quiere; al menos en las cartas de antes, y quizá en los correos electrónicos de la gente religiosa de hoy, era frecuente señalar detrás de los planes o visitas proyectadas un DM (Dios mediante). Se expresa, sin duda, el reconocimiento de nuestra dependencia, limitación, no disponibilidad respecto a nuestra vida. Pero, en el fondo, se desliza una imagen de Dios como el poseedor y dueño de todas las vidas y, por consiguiente, como el que dispone, en su gran sabiduría, de ellas. Lo que suena a piadoso reconocimiento de Dios no acaba de eliminar una imagen de dependencia y arbitrariedad: quizá mañana, porque Dios lo quiere o dispone así, ya no esté aquí, porque me habré muerto o estaré postrado con una grave enfermedad. La sombra amenazadora y arbitraria -en sus ocultos designios- planea sobre nuestras vidas como un ave de presa o, peor, carroñera. Detrás de mi situación futura está la figura incierta, cuando no claramente amenazadora, del querer de Dios

A veces, el recurso a la Providencia tiene otras aplicaciones entre tragicómicas y perversas. Por ejemplo, cuando se aplica a sucesos de los que hemos salido ilesos por la Providencia divina: íbamos a tomar un avión o un autobús que posteriormente sufrió un accidente. El atraso, las dificultades para llegar puntual a la cita con el avión o el bus se transforman ahora en señales de la providencia divina, que me salvó. Claro que no se dice, se suele olvidar o no se menciona la providencia divina con los doscientos o los treinta y tantos muertos de dicho accidente. También con ellos tuvo providencia el Señor.

La apelación a la providencia presenta una faz peligrosa de injusta arbitrariedad, por un lado, o de legitimación de una situación social, por otro, cuando se atribuye a Dios la buena o mala situación social: el que uno nazca entre sedas y otros en el arroyo. Lo que ha sido fruto de los avatares de la vida, del trabajo, del ahorro o de la explotación, se transforma en providencia benevolente para los bien situados y en castigo o prueba para los otros.

Ya intuimos que hay algo que no funciona en esta imagen de Dios que traduce un modo de presencia en el mundo. Así actúa o se hace presente Dios en el mundo? No resulta una imagen muy arbitraria e inaceptable de Dios? También aquí, sospechamos, hay una imagen profanada o mutilada de Dios, que tendremos que quitarle el polvo y ponerla en pie con cuidado, que diría M Buber.

a) Un modo peligroso de entender la presencia de Dios en el mundo.

A través de lo ya sugerido captamos que nos encontramos ante un modo de entender la presencia de Dios en el mundo. Si quisiéramos formular lo que se dice tras las imágenes al uso, nos encontraríamos con que se está afirmando lo siguiente: Dios actúa en el mundo de una forma:

directa, es decir, interviniendo en el mundo sin intermediarios;

universal y total, nada se escapa al control o acción de Dios. Todo sucede en este mundo bajo el registro y actividad divinos.

Una vez asentados estos principios, las consecuencias salen solas. Solo hace falta tirar del hilo. Pero frecuentemente no se repara ni se reflexiona sobre las tremendas consecuencias de este modo de entender la acción de Dios en el mundo.

No se repara en la suerte de fatalismo a que conduce: si todo sucede porque Dios quiere, todo está de algún modo determinado y preordenado por él, y desembocamos en un determinismo divino. Hay un destino, cada quien tiene un destino, como se dice popularmente. No solo las fechas de la vida y de la muerte están ya fijadas con antelación, sino que los sucesos de la vida aparecen como queridos, es decir, programados por Dios. Hagas lo que hagas, no te escaparas de esa red que te han tendido, en este caso Dios. La voluntad o providencia de Dios ya ha fijado lo que los hombres tienen que hacer. Estamos ante un mundo programado, dirigido y determinado por Dios.

No nos tiene que extrañar que, cuando muere el hijo de alguien en un accidente, se tenga la impresión de que Dios se lo quitó. Algunos lo dicen expresamente y, lejos de responder con resignada aceptación, a lo Job (Dios me lo dio, Dios me lo quito, bendito sea Dios), hay una rebelión -también a lo Job- y una sensación de gran injusticia.

El fatalismo educa en la resignación. Si el niño que tiene una disentería se muere porque Dios se lo ha llevado, y no porque no se pusieron los medios adecuados -porque el niño no tuvo la alimentación adecuada, las condiciones higiénicas convenientes, porque el agua no estaba en condiciones o porque, finalmente, no se le dieron las medicinas a tiempo-, entonces, al final, todos quedamos tranquilos. Lo que pudiera traducirse en una visión de las causas sociales, económicas y políticas de una situación de malnutrición, falta de higiene y medios económicos, de muerte, se transforma en un velo que impide ver tales realidades y, lo que es peor, que las encubre y acepta como voluntad de Dios.

Dios se convierte así en un recurso de encubrimiento y legitimación de una realidad que pide a gritos ser cambiada. En lugar de trabajar y luchar por cambiar esta situación social, lo que hace esta forma de entender a Dios es que lo convierte en una tapadera de la situación. K Marx tenía razón cuando decía, en estos casos, que la religión era una suerte de narcótico, un opio del pueblo, una niebla ideológica que cubría y encubría la realidad.

Una religión de este estilo, con esta imagen de Dios de fondo, es muy buena para domesticar a la gente. No se tienen que justificar las situaciones de desigualdad e injusticia, porque Dios así lo quiere, es decir, porque ya se las legitima religiosamente. Si se añade, además, que los gobernantes lo son por la gracias de Dios, tenemos ya el círculo de la justificación perfectamente cerrado. Esta religión es un consuelo barato para aceptar resignadamente las cosas tal como están.

Realmente esta imagen de Dios y esta clase de religión es la del Evangelio? Predicó Jesús esta religión? Presentó Jesús esta imagen de Dios?

2. El Evangelio no presenta esta imagen de Dios.

Vamos a recordar algunos casos en el Evangelio donde Jesús claramente rechaza que los sucesos, muy graves, ocurridos sean algo mandado o querido por Dios.

El primer caso está en el evangelio de Lucas (13, 1-5). Se trata de la muerte de unos galileos, probablemente por algún enfrentamiento, a manos de los soldados romanos de Pilato. Jesús rechaza de plano que fuera porque eran más pecadores que los demás. Luego su suerte no es debida a ningún castigo divino por el pecado.

A continuación, y como siguiendo el mismo razonamiento y queriendo desterrar de una vez ideas ligadas a que Dios tiene algo que ver con accidentes o muertes, indica un conocido suceso de aquellos días: la muerte fortuita de dieciocho personas aplastadas por la torre de Siloé. También aquí Jesús rechaza hasta la sombra de sospecha de que fuera como castigo por sus pecados. No eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén.

Esta doble insistencia en el mismo texto nos indica bien a las claras que Jesús no atribuye ninguna desdicha, accidente, muerte violenta, etc. a intervención divina alguna; menos a que fuera a modo de castigo, represalia o escarmiento divino.

Y qué decir de las malformaciones o deficiencias de nacimiento? Son queridas por Dios? Son consecuencias de algún castigo divino por el pecado de los padres?

Aquí traemos el segundo caso. El capítulo noveno del evangelio de Juan (Juan 9, 1-4), donde se presenta a un hombre ciego de nacimiento, descarta esta posibilidad. A la pregunta de los discípulos acerca de quién había pecado, si él o sus padres -y el supuesto castigo divino por ello-, responde Jesús taxativamente que ni él ni sus padres. Y continúa diciendo que así se manifestarán en él las obras de Dios. Sería proseguir por el camino errado, que corta en seco Jesús, pretender entender e interpretar esta parte final de la frase como si quisiera decir que la ceguera es algo querido por Dios para que Jesús hiciera el milagro. Significaría no haber entendido nada de las ideas que Jesús pretende corregir en los discípulos y manifestaría, más que cerrazón mental, una cierta mala fe.

Podemos deducir de estos textos que Jesús no da pie a pensar en actuaciones de Dios, generalmente calamitosas, que se atribuyen con facilidad a castigos o escarmientos divinos. Hay que recordar estos pasajes y rechazar con energía tales afirmaciones. Dios no interviene en estos casos. El Dios de Jesús no es responsable de tales hechos, sean accidentes o malformaciones congénitas. Dios no tiene ese rostro huraño, castigador o resentido que cobra agravios e inflige penas a los humanos. Este Dios es una deformación monstruosa del Dios de Jesús.

a) Lo primero, la preocupación por el Reino de Dios.

Hay algunos textos evangélicos muy usados y citados que, leídos con un literalismo excesivo y sin fijarse en el contexto, pueden conducir a creer que Dios es el gran manipulador y prestidigitador del universo. Mateo 6, 19-34 y Lucas 12, 1-40 pueden ser de esta clase de textos. Nos instan a un abandono en la providencia de Dios: No andéis preocupados por la vida pensando qué vais a comer o a beber, ni por el cuerpo pensando con qué os vais a vestir (Mateo 6, 25). Ahí están los pájaros y los lirios del campo, y Dios los cuida. Parecería que se nos anima a la despreocupación total; a un abandono ingenuo e infantil en Dios: al final, Dios proveerá y nos proporcionará todo lo que necesitemos. Se ve por el contexto que no es una exhortación a una irresponsabilidad infantil, sino a no poner el centro de la vida en las preocupaciones materiales, especialmente en el dinero. Se ve muy bien esta intención dirigida hacia la preocupación esencial de la vida en el contexto que ofrece el evangelio de Lucas para estos pasajes: Lucas 12, 13ss ofrece la parábola del rico que hacía planes, y planes para un futuro del que no disponía, con el fin de obtener seguridad y entregarse a la buena vida, que hace equivalente a holgar y despreocuparse de los otros. Este centramiento egoísta en sí y en las riquezas, como si fueran el seguro de la vida, es decir, dios, es lo que combate el Evangelio. Es de necios. Más que acaparar riquezas, seguridad material, hay que buscar que Dios reine en este mundo. Esta es nuestra mayor riqueza y la bolsa que asegura el sustento. Poner el centro en Dios y en su Reino es lo esencial. Poner la confianza en Dios no quiere decir, por tanto, desentenderse del cuidado de las necesidades de la vida esperando que Dios nos haga las cosas por arte de magia, sino renunciar a la seguridad idolátrica de la riqueza o del poder y poner el centro vital en Dios. Buscar el Reino de Dios quiere decir laborar para que el sueño de Dios sobre los hombres se realice en la tierra. Y esta tiene que ser la máxima o central preocupación de la vida. Así experimentaremos la bienaventuranza de tener a Dios por rey, por riqueza y protección. Es decir, perderemos el miedo a la inseguridad y la obsesión por acumular riquezas como protección y centro de nuestra existencia.

Confiar en Dios, poner a Dios en el centro de la vida, esta es la indicación. Pero la confianza en Dios no es lo mismo que una infantil creencia en una providencia total.

Jesús nunca se presenta infantilizando o quitando responsabilidad al ser humano. Frente a los dirigentes o pastores de Israel, que someten al pueblo, lo domestican y usan para sus intereses, Jesús se manifiesta como el buen pastor que quiere personas hechas y derechas. Las toma en serio, se desvela por ellas, quiere su bien (Juan 10, 1ss). Subordina la Ley al bien del ser humano. No es el ser humano para la ley, sino al revés (Marcos 2, 27). Habría que decir: el sábado, las instituciones, incluida la Iglesia, nada es fin en sí, sino que mira al bien del ser humano. Este es el sueño de Dios -Reino de Dios- que hay que realizar. La religión que no se oriente en esta dirección es una religión que no cuenta con la aprobación de Dios. Será una religiosidad opresora y al servicio de otra cosa distinta que la de hacer seres humanos hijos de Dios.

b) Siempre y en todo con nosotros.

Podemos cerrar este apartado recurriendo a Pablo. En su carta a los Romanos (Romanos 8, 28) dice Pablo que sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman. Pablo ve de este modo la providencia divina: en todo interviene Dios, y siempre para bien. Podemos decir ya: Dios está en lo bueno y en lo malo, en tiempo de dicha y de desdicha, de felicidad y de infelicidad. Dios siempre nos acompaña en el camino de la vida, siempre está ahí y siempre buscando nuestro bien. Tratando de que en toda situación, buena o mala, el ser humano saque un bien.

Tendremos que precisar todavía cómo es esa presencia de Dios que siempre está con nosotros y busca nuestro bien. Pero, al menos, quedémonos ya con la letra principal de esta canción: Dios siempre y en todo está con nosotros.

3. Cómo entender la providencia o presencia de Dios en este mundo.

Los evangelios dan pie para entender la presencia de Dios en el mundo como una presencia no directa ni intervencionista de Dios. Algunas parábolas, como la de los talentos (Mateo 25, 14-30; Lucas 19, 11-27), ya nos sugieren que Dios crea un ser humano con capacidades, talentos, y después le deja al cuidado y administración de este mundo. Él se va a un país lejano. Una forma simbólica, sugestiva, de decirnos que Dios tiene una presencia en este mundo no de intervención directa, y que esta hacienda de Dios queda a nuestro cuidado y solo a nuestro cuidado. Lo que nosotros no hagamos, Dios tampoco lo hará.

Veamos con algo de detenimiento por qué esta imagen de Dios es más adecuada y conforme con el modo de pensar de Jesús, con una idea madura y adulta de Dios y con lo que los seres humanos más serios y reflexivos han pensado acerca de cómo poder concebir la presencia de Dios en el mundo.

a) No como una presencia directa.

Dios, digámoslo pronto, es el Creador del mundo. Esta afirmación de los creyentes significa que el mundo que existe, el universo, tiene una última razón de ser en Dios y por Dios. El mundo no procede de la nada, como si esta nada fuera una realidad de la que sale el mundo. El mundo, la materia, la vida, el espíritu humano, todo tiene su raíz o fundamento en Dios. Esta es una afirmación muy seria y que no podemos demostrar. No es una cuestión que el creyente pueda mostrar al no creyente y tildarle de ignorante o de mala voluntad. Es una afirmación razonable y, en último término, es una creencia. Tampoco el no creyente, el que afirma la no existencia de Dios, puede demostrarlo, aunque su afirmación no es una irracionalidad ni mucho menos. Él también se mueve en la creencia. Tanto creyentes como no creyentes, cuando lo hacen con seriedad y de buena fe, son seres que se mueven en afirmaciones sobre el sentido de la realidad y de la existencia que solo pueden sostener razonablemente. No hay pruebas definitivas para nadie sobre la totalidad y sentido de la realidad y de la vida. Y hay razones tanto para la existencia de Dios como también para su no existencia.

Volvamos ahora sobre la afirmación creyente de que Dios es el Creador, la razón última de la existencia de este mundo. Cómo podemos concebir la presencia de Dios en el mundo del Creador del mundo?

b) Dios es el Creador y sostenedor de este mundo.

Hagamos de nuevo la afirmación fundamental: Dios es el Creador, el Hacedor de este mundo. Nos viene enseguida la imagen nuestra como productores de cosas. Nosotros hacemos, producimos, creamos; en esto nos parecemos a Dios, somos imagen suya. Pero, a diferencia de Dios, hacemos a partir de algo que ya existe. Dios crea sin ese previo, a partir de nada, a partir de sí mismo y solo de sí mismo. Eso significa que crea de la nada. Su creación es pura y radical creación. Dios está, por tanto, en la raíz misma de todo lo existente. Hay que concebirlo como las manos productoras, creadoras, de este mundo universo tan ingente. Este mundo está en Dios, está en sus manos. Este mundo se sostiene y mantiene en todo su dinamismo gracias a Dios. Nunca mejor dicho. Dios es la manutención del mundo. O, dicho con otras imágenes: Dios es el cimiento último sobre el que reposa el universo. De ahí que se suele decir que Dios es el fundamento -la roca firme, que dice el salmista- sobre el que se alza y reposa el universo entero.

Así que la manera de entender la presencia de Dios en el mundo es esta: como creador y sustentador; como posibilitador e impulsor. Dios es el que sostiene y mantiene el universo y todo lo existente. Pero mantengamos también nosotros la imagen con toda su seriedad y profundidad: Dios es el fundamento, la Roca sobre la que se sostiene el universo.

Pensar en un Dios que intervenga manejando el mundo es rebajar a Dios. Es meterlo a mecánico del mundo, cuando es su Creador. Por esta razón, las mejores mentes de la humanidad, cuando han pensado la actuación de Dios en el mundo, lo han pensado sin rebajar un ápice su condición de Creador y dinamizador del universo. Lo han pensado como el secreto dinamismo que recorre el mundo; el dinamismo del dinamismo; la fuerza de toda fuerza; el fondo mismo de todo lo que se mueve, tiene vida y pensamiento. Y todo esto sin dejarse notar, de tal manera que se puede decir que no existe. Esto es lo que santo Tomás de Aquino o los pensadores islámicos y judíos de la Escuela de Bagdad (del año 800 en adelante) ya afirmaron: a Dios no se le puede imaginar como una cosa más entre las cosas de este mundo o como un superman que maneja el mundo, sino como su raíz, origen, fundamento, dinamismo. Por esta razón, decían, Dios es la causa primera, el que crea el mundo, lo sostiene, lo posibilita e impulsa. Este es su modo ordinario de actuar.

Hay que situar bien a Dios: no a la altura de las cosas, sino en otro escalón o nivel, el de cimiento, base, fundamento, dinamismo de todo dinamismo. No se debe rebajar a Dios y meterlo en el mundo como si fuera una cosa o un factor más de este mundo, una causa segunda o secundaria. Dios es la causa primera, es decir, la causa de las causas, la raíz última de donde chupan su energía todas las demás fuerzas de este mundo. En conclusión: Dios obra el mundo, no obra en el mundo, dirá K Rahner, uno de los grandes teólogos católicos del siglo veinte.

Pero hay todavía más razones para pensar que imaginar a Dios actuando y dirigiendo todas las cosas de este mundo es una malísima imagen de Dios.

c) El Dios que crea seres libres no puede ser un Dios intervencionista.

Pasemos ahora a concebir el modo en que el Creador se hace presente en la creación. Desde luego que se puede imaginar como hemos dicho que se hace popularmente y con mucha frecuencia, incluso entre gente más formada: como un Dios intervencionista que dirige y gobierna todo lo que sucede en el mundo. Pero esta imagen es muy grosera y no permite pensar un ser humano libre ni un mundo y una historia donde crezca la libertad.

Pensemos un momento lo que sucede con la imagen de un Dios que dirige todo en el mundo y que nada sucede sin quererlo o mandarlo él. Decíamos que era un mundo totalmente dirigido y determinado. Aquí no puede crecer la planta de la libertad.

La libertad supone que nosotros determinamos nuestras acciones. Es decir, las cosas suceden porque yo las hice así, pero pude hacerlas de otro modo. Si no aceptamos que lo que hice pude hacerlo de otro modo, entonces no existe libertad. Estaba determinado, obligado a hacer lo que hice. Y donde no hay libertad no hay responsabilidad. Un mundo determinado es un mundo sin libertad ni responsabilidad.

Ya podemos sacar una conclusión muy importante: la condición para que exista la libertad en el mundo, para que seamos seres humanos libres y responsables, es que Dios no intervenga en todo. Dicho de otra manera, con la imagen de la parábola de los talentos, la condición para que haya seres libres y un mundo donde pueda funcionar la libertad humana es que Dios parta a un país lejano, es decir, que se ausente de este mundo. La llamada ausencia de Dios es, por tanto, la manera de imaginar que Dios no se hace presente como el gran director del teatro de títeres del universo. Dios no dirige o interviene directamente en nada de lo que ocurre en este mundo. Lo que sucede en este mundo sigue las leyes dadas por el Creador (mejor será decir hoy día con la ciencia), sigue el dinamismo puesto por Dios en las entrañas de la misma materia; y lo que sucede en el mundo social, en la historia humana, sigue o responde a las decisiones humanas.

Ahora se entenderá la hermosa imagen y expresión del poeta alemán Rilke: Dios crea como el mar los continentes, retirándose. Y entenderemos que un gran filósofo alemán actual, J Habermas, pueda decir que la ausencia de Dios de este mundo es la condición de la libertad, también para el no creyente. Una suerte de mística atea.

4. Una imagen sorprendente de Dios.

Conviene que, para que nos ayudemos a cambiar de imagen de Dios y, sobre todo, para arrumbar en el desván de los trastos viejos e inútiles al Dios intervencionista, que dirige este mundo y le manda males y bienes, que nos detengamos en lo que ganamos cambiando de imagen de Dios.

a) Una visión muy positiva del mundo.

Ya hemos dicho que un Dios presente y actuante en este mundo es más un director de un teatro de marionetas que alguien que crea un mundo con seres libres. No hay libertad más que si Dios no actúa en la historia humana. Ahora podemos caer en la cuenta de la grandeza de este Dios. El Dios que crea y posibilita un mundo donde va a aparecer un ser libre es un Dios que se retira o repliega.

La creación de Dios es al mismo tiempo el repliegue de Dios. Dios se contrae, según una bella imagen de la cabala judía, para abrir un espacio en su ser: es el sitio para lo creado, para el universo.

Y, proseguiríamos -utilizando siempre expresiones humanas-, si Dios se retira para que aparezca lo creado, Dios se repliega y autolimita para dejar espacio a sus criaturas libres. Dios se oculta de la presencia visible de este mundo para que el ser humano pueda ser libre y ejercer su libertad. De esta manera también puede ser creyente, es decir, tener fe. La condición para que pueda darse una fe libre es que Dios sea no visible, evidente, en este mundo.

Este Dios es un Dios maravilloso. Es un Dios que se auto-limita, oculta, vela su presencia en el mundo para que el mundo pueda existir y para que el ser humano libre pueda ser. Sin un Dios que se retira del mundo no hay libertad.

Comprenderemos que haya teólogos, como J Moltmann, que digan con atrevimiento que el primer acto de Dios hacia fuera, su creación, fue en realidad un acto hacia dentro: la autolimitación de Dios, de sí mismo. Un acto de amor a su creación y al ser humano. Deja ser a lo creado retirándose. Ahora lo que se ve es el mundo y la libertad humana. Esta es su presencia. Para que el mundo luzca en su esplendor, diríamos, Dios se retira; para que el hombre posea y ejerza su libertad, Dios deja el mundo humano en manos del hombre. Es una presencia ausente. Hay que decirlo usando esta paradoja.

El mundo y el hombre somos ahora la presencia escondida de Dios. Somos la huella, el rastro de Dios en la realidad. Todo tiene su huella, el sello de su imagen, pero se ofrece de un modo sutil, suave, casi imperceptible a los ojos y oídos no atentos. Dios no es grosero ni impositivo. El filósofo judío francés E Lévinas dirá que la presencia ausente de Dios es como la de quien no osa o se atreve a decir su nombre. El teólogo dominico francés Ch. Duquoc suele hablar mucho de la discreción de nuestro Dios. La presencia de Dios tiene algo de muy discreto, elusivo, que se nos escapa, en la creación. Cuando tratamos de apresarlos se nos desliza entre las manos. Dios, dice también Lévinas, es trascendente hasta la ausencia.

Y digamos también que la realidad toda, y especialmente la libertad humana, quedan atravesadas por el deseo de una presencia más clara y evidente. Hay como un anhelo de lo que se extraña. Una presencia que se desearía que fuera más fuerte, más patente, más manifiesta. Pablo lo vio y experimentó muy bien cuando dijo en Romanos 8, 19ss que la humanidad entera otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios. Mientras tanto, abrigamos una esperanza, y la humanidad entera sigue lanzando un gemido universal con los dolores de su parto. El mundo, el universo entero, es el embarazo divino que, finalmente, dará a luz, en Dios mismo, el mundo nuevo y el hombre nuevo que esperamos ser.

b) La consistencia y autonomía del mundo.

Digamos todavía más. Entendido Dios de esta manera, como Creador que deja a este mundo ser él mismo y que no lo manipula ni maneja, este mundo adquiere una gran consistencia en sí mismo. Se presenta como sosteniéndose por sí mismo, sobre sus propias piernas, valga la expresión. Es un mundo adulto. Tiene su dinamismo, sus leyes, su razón de ser. La ciencia ahora lo puede explorar y lo puede explicar como si Dios no existiera. No necesita de la hipótesis Dios para poder ser explicado en su funcionamiento. Incluso muchos hombres muy inteligentes, hombres de ciencia o del pensamiento, como el Nobel de física Steven Weinberg, no ven necesario que exista Dios. Temen incluso que la religión les arrebatase lo que les parece una gran aportación de la ciencia: la no necesidad de ser religiosos. Estamos ante un mundo que se sostiene sin Dios, gracias a Dios, ante Dios, puede decir el creyente.

La posibilidad de un mundo que no necesita a Dios para ser explicado es la condición para que exista una racionalidad humana adulta y libre, y hasta una fe adulta y libre también. Si Dios fuera o se presentara como necesario, se acabaría la fe y se acabaría un pensamiento que piense con total libertad y responsabilidad.

Esta consistencia del mundo es lo que los hombres modernos han llamado la autonomía del mundo. El mundo es autónomo significa que tiene su propia ley, posee consistencia en sí. Y esto es lo que hace amable, deseable a este mundo y sus cosas. El amor a este mundo se basa en esta consistencia. Dicho de otra manera, el mundo se presenta atractivo, digno de ser amado, con bondad propia. La creación, podrá decir el creyente bíblico, es buena. Dios, se repetirá en el capítulo primero del Génesis, vio que las cosas creadas eran muy buenas (Gn 1, 31), es decir, tenían bondad en sí mismas. Eran un reflejo suyo.

Hay una presencia sutil, un anhelo del misterio de Dios en toda la realidad, pero sigue siendo Misterio. El hombre de ciencia y el pensador no lo negarán, incluso dirán que el mundo tiene su enigma, es misterioso, insondable; mantiene un fondo oscuro o de no claridad manifiesta. Esta cualidad de la realidad y del mundo convierte al hombre en un ser que busca, que indaga y pregunta permanentemente. Somos seres que nos interrogamos continuamente y que, sobre todo, queremos saber acerca del sentido último del mundo y de la vida. A esta inquietud del corazón humano responden las sabidurías y las religiones.

c) Dios se hace dependiente del hombre.

La admiración ante este Dios todavía puede crecer hasta dejarnos sin respiración. El Dios que se oculta para que el ser humano pueda ser y manifestarse libre y adulto es un Dios que se pone en manos del hombre.

El Dios todopoderoso se despoja de su poder a favor de la autonomía del mundo y del ser humano. Dios, ahora -dirá el filósofo Hans Jonas-, ya no puede darnos más, nos toca ahora a nosotros darle lo suyo a Dios. Hay aquí un sorprendente cambio de imagen de Dios: no es Dios quien nos puede ayudar ya, ahora somos nosotros los que debemos ayudarlo a él. Etty Hillesum, la joven judía holandesa que se presentó voluntaria en el campo de concentración de Westerbork en 1942 y murió en las cámaras de gas de Auschwitz en 1943, ya descubrió esta impotencia de Dios. Ella oraba: Quiero ayudarte, Dios, para que no me abandones... Con cada latido del corazón comprendo más claramente que no puedes ayudarnos, sino que debemos ayudarte a ti y defender tu morada dentro de nosotros hasta el último momento.

El Jesús que quiere comunicar la buena noticia de Dios y busca enseguida compañeros para la tarea del Reino (Marcos 1, 14-21) sería la expresión de esta necesidad de colaboración que Dios nos pide. El seguimiento de Jesús es siempre tarea de ayudar a Dios, de colaborar en la construcción del Reino de Dios.

De ahora en adelante, el destino de Dios está dependiendo del ser humano. Si el ser humano no lo reconoce es como si Dios no existiera. Si nadie lo reconociera ni confesara, sería lo mismo que si Dios hubiese sido expulsado de su propio mundo y creación. El Dios oculto, sostén y dinamismo del propio dinamismo del mundo, se hace dependiente del reconocimiento del hombre. Como explicaremos más adelante, la Omnipotencia se hace impotente.

Habermas, el filósofo racionalista alemán ya citado, lo ha visto muy bien y habla de la responsabilidad del hombre por el destino de un Dios que, en el acto de la creación, se despojó de su omnipotencia para dejar espacio a la igual de noble libertad del hombre.

5. Algunos problemas que suscita esta imagen no intervencionista de Dios.

Todo hablar humano son balbuceos ante el misterio de Dios. Nos esforzamos por pensar e imaginar a Dios de la manera menos inadecuada posible. Este es nuestro objetivo. Y es importante que lo hagamos: así reconocemos al Dios que nos lo ha dado todo, especialmente la inteligencia y la libertad, para buscarle, reconocerle y amarle. Sabemos que no es fácil cambiar nuestras imágenes de Dios. Están pegadas a nuestras entrañas con las vivencias de la niñez y de la vida entera. Pero tenemos que hacerlo por el honor de Dios y nuestra propia salud espiritual. La figura de Dios que vamos dibujando a través de lo dicho no deja de presentar preguntas y problemas, como he comprobado cada vez que he hablado en público y en privado. Con el ánimo de tratar de ayudar a dar una respuesta a las cuestiones que suele suscitar esta imagen de Dios, vamos a abordar algunas de estas cuestiones.

a) Este Dios no hace nada.

Suele surgir en la mente de los que escuchan hablar de esta imagen no intervencionista de Dios una rápida objeción: este Dios no nos sirve para nada. Es un Dios que, de repente, puede causar frío, miedo y desamparo. No hace nada, deja este mundo en nuestras manos. Este Dios que nos da libertad y responsabilidad, que nos pide ayuda, no es un Dios Padre, al que se pueda acudir en caso de necesidad. Más bien parece un Dios mudo, alejado, impotente e inservible.

No es la primera vez que se ha presentado un Dios Creador que se desentiende del mundo. Parece que el Gran Dios que crea el mundo y luego se desinteresa de él se presenta en varias concepciones y mitos africanos y americanos, según el gran estudioso de las religiones Mircea Eliade. Es un Dios ocioso. Los deístas del siglo xvii también imaginaron un dios de este tipo: crea el mundo y luego lo deja que funcione y siga su ritmo según sus propias leyes.

No es así como concebimos al Dios de Jesús, al Padre-Madre, Creador y fundamento de todo. Este Dios no se desentiende del mundo, menos aún del ser humano. Es, decíamos, su sostén y dinamismo más profundo. Nuestro Dios, dirán los teólogos, está en creación continua, está sosteniendo, posibilitando y empujando este mundo y a nosotros mismos. Pero, conviene insistir mucho, lo hace desde la raíz, desde el fundamento de nuestro ser, sin sustituirnos nunca en nuestra libertad.

Un Dios entendido así nos hace ver que el mundo y el ser humano no estén con Dios, sino que están en Dios. Dios no está fuera o al lado, sino que nos abraza por dentro y por fuera. Toda nuestra vida se tiene que imaginar no yendo hacia Dios, sino, como dice xabier Zubiri, viniendo desde él. Toda nuestra vida decimos que es un ir hacia Dios que, en realidad, es un ser llevado por él.

La dificultad viene cuando hay que cambiar el imaginario de un Dios que hace todo en este mundo a un Dios que es nuestro posibilitador, nuestro dinamismo, nuestro sentido y orientación, pero que no toma el mando de las cosas ni sustituye nuestra libertad. Dicho de una manera directa, como suelen preguntarlo muchas personas en estos casos: Entonces, Dios no escucha nuestras súplicas ni hace milagros?.

b) Dios no nos soluciona nada, pero nos acompaña siempre.

Para responder a esta cuestión, recordaré lo que me dijo una amiga a quien se le murió su hija de veintisiete años de una rápida enfermedad: Me he sentido acompañada por Dios.

Dios no me ha solucionado nada. Las amigas y amigos piadosos rezaban, encargaban misas, pero Dios no hizo nada. Mejor dicho, hizo mucho: me dio la fuerza para estar junto a mi hija y para sobrellevar el dolor. Me estuvo acompañando siempre, me sostuvo y me dio, y sigue dando, sentido a mi vida tras la muerte de mi hija.

Creo que en nuestras conversaciones llegamos al acuerdo de la expresión que figura en esta apartado: Dios no nos soluciona nada, pero nos acompaña siempre.

Algo como lo dicho por esta amiga es lo que expresó el filósofo inglés Alfred North Whitehead, fundador de toda una sugestiva línea de pensamiento denominada filosofía del proceso, que enseñó en los Estados Unidos, y que también supo de la pérdida de un hijo: Dios es el Gran Compañero que sufre con nosotros y nos comprende.

En el dolor y en los malos momentos de la vida, también en los buenos, es muy importante tener a alguien al lado. Si ese es Alguien que nos ama y nos comprende radicalmente, entonces la realidad no cambia, pero se transmuta. El dolor humaniza en vez de destrozar, y la vida entera adquiere un color y un sentido positivo. Esto es lo que hace el Dios acompañante y comprensivo con el sufrimiento humano. Y ya se ve que Dios no es el ser lejano o frío, por encima de nosotros, que manda, exige y juzga; tampoco es el desentendido que nos deja en la estacada; Dios se implica con nosotros, lucha a nuestro lado contra el mal, el sufrimiento, lo que nos puede deshumanizar, pero siempre manteniendo su condición de Amor creador, sustentador, compañero, pero nunca infantilizador.

c) El dios milagrero es un pobre dios.

Llegamos ya a la cuestión del Dios que rompe su modo de obrar ordinario, intra-ordinario, como fundamento de todo, y se convierte en un dios intervencionista, milagrero y de acciones extra-ordinarias. Este dios no es Dios. Lo peor que sucede con los milagros, que tanta gente solicita, es que dejan muy mal a Dios. Veamos por qué.

En primer lugar, los presuntos milagros de este dios no resuelven nada. Por definición, el milagro es raro. Cuando se dice que Dios ha curado un cáncer o ha hecho otra presunta acción milagrosa, cualquier persona inteligente y un poco exigente se queda perpleja: cada día se mueren tantos miles de personas en el mundo de cáncer, incluidos niños de corta edad, que la curación de un cáncer, aquí o allá, parece una broma de mal gusto. Sin ánimo cáustico ni excesivamente volteriano, uno le diría a este dios que, si se decide a intervenir, lo haga en serio: es decir, allí donde se necesita. ¿Dónde estaba ese dios en Auschwitz? Fue la gran pregunta que atravesó a tantos tras la muerte de millones de personas en las cámaras de gas sin percibir ni la menor huella de un milagro. ¿Dónde estaba este dios en Ruanda o en los Balcanes, ante miles de violaciones y de muertes? ¿Qué hace este dios ante la muerte de más de treinta mil niños que mueren cada día de hambre?

Ante el abismo del genocidio y del mal, y del llamado silencio de Dios, una clase de dios se ha muerto para muchos hombres y mujeres: el dios interviniente en el mundo. Como decíamos hace un momento por boca de Hans Joñas y Etty Hillesum, nos damos cuenta de que tenemos que cambiar nuestra imagen de Dios: Dios no es omnipotente en este mundo; no actúa haciendo milagros. Dios, como dice el premio Nobel Elie Wiesel, testigo y superviviente de Auschwitz, estaba en los ahorcados, ejecutados y gaseados de Auschwitz y de todos los campos de concentración y en todas las violaciones, injusticias e inhumanidades de este mundo. Como dirá J Moltmann, está sufriendo con nosotros, soportando con nosotros, luchando en nuestra lucha contra ese mal. Volvemos de nuevo a descubrir al Dios acompañante, compañero, pero no al dios milagrero ni solucionarlo.

El dios que hace milagros es un dios arbitrario. Seguimos nuestra reflexión acerca de los inconvenientes de la imagen del dios milagrero. Un dios que hace un milagro a mi madre desahuciada, pero no a la tuya ni a la de tantos en necesidad, no deja de ser un dios arbitrario. No se sabe por qué a unos sí y a otros no. Solo cabe acudir a la piadosa y malísima pseudo-razón de que Dios sabrá en su infinita sabiduría. Pero de nuevo el que peor queda con tales argumentos y presuntos milagros es Dios mismo. No se puede superar la imagen de un dios que reparte favores de una forma poco justa, poco racional, poco eficaz, poco humana, en definitiva. Este dios arbitrario aparece muy poco humano.

El dios que hace milagros enfrenta al Dios Creador con el Dios Salvador. Cuando alguien, piadoso sin duda y con buena intención, nos interpela y dice: Pero, acaso el Dios compasivo y misericordioso, Padre-Madre, no va a escuchar mi súplica por mi hijo enfermo o en necesidad?.

Es una pregunta que nos chantajea con la afectividad humana aplicada a Dios, sin caer en la cuenta del flaco servicio que le hace a Dios. Pide a Dios que actúe corrigiendo su propia creación, el dinamismo de la realidad que puso en funcionamiento, en razón de esta pobre criatura. Un dios poco previsor; un dios que tiene que corregir su propia obra; un dios que, en razón de su compasión, corrige su creación, sus leyes, su mundo; un dios poco coherente. Puede parecer a los corazones humanos en necesidad muy importante este dios, pero es un dios un tanto contradictorio y hasta chapucero.

Una bondad de dios que infantiliza. El dios que hace milagros, que responde a la necesidad humana corrigiendo su creación, tiene además otro inconveniente: es un dios de menores de edad; este dios infantiliza. Este dios es la cara opuesta de Aquel que decíamos que se retira de la escena para dejar que el mundo y el ser humano adquieran su autonomía y se puedan sostener sobre sí mismos. En vez de querer hijos adultos, este dios los quiere bebés. La presunta bondad de este dios no se compadece con un ser humano libre, responsable, dotado de capacidades para afrontar los problemas, las dificultades, los retos. En vez de pedir que dios nos acompañe para que el dolor o el problema no nos deshumanice, le pedimos que nos sustituya y nos lo resuelva. El resultado es la minoría de edad. Contra este dios hay un refrán popular mejicano que viene muy a cuento: Dios no cumple antojos ni endereza jorobados. O como me decía con humor un amigo: Dios da el agua, pero no la entuba.

Y no me resisto a transcribir un párrafo de un buen teólogo y amigo español, J I González Faus, sobre este tema:

La pregunta es si Dios es Padre solo de niños pequeños o de hijos mayores de edad, adultos, libres. Para el niño pequeño, sus padres son la solución, la ley, la fuente de castigos y premios y, con todo esto, también una dificultad para su libertad. Para un hijo adulto, cuando la relación filial ha sido válida (cosa bastante rara hoy), los padres son punto de referencia decisivo, y la vida del hijo es fuente de interés para los padres; pero la decisión sobre ella está en sus propias manos, y no en las de los padres.

El teólogo D Bonhoeffer, ejecutado por participar en un complot contra Hitler, ya decía que lo que no tolera el hombre actual es un dios tapa-agujeros. La mayoría de edad del hombre actual no acepta un dios-solucionario. Y como, además, cada vez más este hombre tiene las posibilidades de solucionar por sí mismo cantidad de problemas funcionales, pues a este dios le va quedando cada vez menos espacio. El dios tapadera es un dios con menor sitio cada día en este mundo.

El dios milagrero e intervencionista es un dios que no respeta la libertad. Volvemos a la que consideramos la razón más fuerte contra el dios de los milagros y las intervenciones en el mundo: este dios se salta a la torera la libertad y responsabilidad humanas. Da la impresión de que él corregirá las equivocaciones y locuras humanas, con lo que la historia y la responsabilidad humanas no son tomadas en serio, en toda su grandeza y miseria. No hay verdadera historia humana con un dios intervencionista y milagrero.

En conclusión: lo mejor que le puede suceder a Dios es que no haga milagros. Los puede hacer, pero no conviene que los haga por las cinco razones apuntadas. Por lo tanto, no parece razonable, sostenible ni conveniente la imagen

de un dios que hace milagros. Diríamos, imitando al teólogo franciscano medieval Duns Scoto, que sintetizó en la fórmula potuit, deuit, ergo fecit (= pudo, convenía, luego lo hizo) toda una forma de razonar teológico, que Dios puede hacer milagros, pero no conviene, luego no los hace.

Enseguida brotan más preguntas. Ya lo he experimentado hasta la saciedad. Afrontemos solamente tres cuestiones que de nuevo surgen.

d) Los milagros del Evangelio.

Jesús hizo milagros, se me objetará. No hay tiempo ni espacio para responder adecuadamente a esta cuestión. Supone un curso de exégesis y hasta de cristología. Hoy se acepta que Jesús, como dicen G Theissen, M Borg y otros muchos competentes y piadosos estudiosos de los evangelios, fue un sanador. Hizo exorcismos y, sin duda, curaciones sorprendentes. Pero también hoy día, responderíamos, miles de curanderos las hacen. No negamos lo sorprendente; negamos sencillamente que el camino del milagro, de lo extraordinario y sorprendente, sea el camino de lo divino. Esta es una idea que subyace en el fondo de esta imagen de Dios y de Jesús, que es muy pagana. El Dios de Jesús se muestra muy humano y nada dispuesto a hacer milagros. Las señales y signos, que sería mejor decir así con Juan, tienen la función de mostrar al Dios de la misericordia y salvación para el hombre, y no de mostrar el poder o la omnipotencia divinas. Y siempre tienen una intención teológica: indican algo sobre quién es este Jesús en una mirada que se suele decir pospascual, es decir, de fe en el Señor Jesús, no tanto de conocer el hombre histórico Jesús de Nazaret. El camino elegido por Jesús fue un camino de abajamiento, vaciamiento, kénosis (Filipenses 2, 6) y, finalmente, de cruz, que no se compagina con el triunfalismo milagrero.

e) Los milagros de los santos.

Los llamados milagros de los santos también hay que verlos en la línea descrita. El milagro se presenta como un caso único, no recurrente. Ni la razón ni la ciencia pueden negar hechos que exceden lo normal. Existen, por ejemplo, retracciones inexplicables de tumores, y esto se registran entre creyentes y no creyentes, entre creyentes cristianos y creyentes hindúes. Incluso está fuera de toda duda que una vivencia o fe intensa puede producir alteraciones profundas y espectaculares. Pero la idea de una actuación divina es una afirmación que tropieza, como hemos dicho, con muchos problemas teológicos.

El problema con los milagros es de tipo teológico. O, como venimos diciendo, de imagen de Dios, que siempre lleva consigo una determinada imagen de mundo, de hombre y de racionalidad. Al final es cuestión de qué modelo de pensamiento o paradigma tenemos. Quien piensa que Dios no es un ilusionista celestial que, de vez en cuando, realiza trucos para asombrar (o para responder compasivamente a un fiel suyo) no podrá aceptar el milagro. Una actuación así de Dios, como hemos tratado de razonar, nos parece caprichosa, incoherente con lo que es Dios, infantilizadora y totalmente inaceptable. En este sentido se comprenderá que determinadas expresiones y usos de la teología oficial de nuestra Iglesia están dentro de un determinado modo de pensar o paradigma teológico.

La ciencia misma puede venir en nuestra ayuda para que seamos cuidadosos en el uso del milagro. Los físicos conocen lo que denominan cambios de fase, por ejemplo el paso del hielo al agua líquida y de esta al estado gaseoso. Estas transiciones son sorprendentes. Si no fueran ordinarias, como la del agua, estaríamos tentados de llamarlas asombrosas o milagrosas. Un físico y teólogo reconocido mundialmente como John Polkinghorne nos previene: Los milagros no debieran interpretarse como acciones divinas que contradicen las leyes de la naturaleza, dadas por el mismo Dios, sino como revelación más profunda de la forma como Dios se relaciona con su creación. De ahí que les convenga la palabra de signos que usa Juan en su evangelio. En este sentido puede haber muchos signos o milagros donde las personas pueden ver una manifestación de Dios. La vida cristiana está llena de estos signos o milagros, pero esto es otra cosa distinta que estar viendo actuaciones de Dios.

f) El sentido de la oración de petición.

Una cuestión que surge al hilo del cambio de la imagen del Dios intervencionista es el sentido que tiene la oración, y especialmente la oración de petición.

Para qué vale ya orar?, se suele preguntar insistentemente, haciendo equivalente oración con oración de petición, es decir, de presunta espera de que Dios nos oiga y cambie la realidad.

En esta concepción o imagen de Dios y de la oración, esta sirve para:
cambiar a Dios

para que cambie la realidad (acerca de lo que pedimos). No repetimos ya la triste imagen que sería la de un Dios, señor feudal y duro, al que hay que convencer a base de súplicas, imploraciones, lloros y penitencias. Y no insistimos más acerca de los milagros para cambiar la realidad.

Hay que cambiar la manera de comprender la oración. Esta no puede servir ni para cambiar a Dios, que siempre está de nuestra parte, ni para cambiar la realidad, que, en todo caso, la tendremos que cambiar nosotros, a cuya administración y cuidado ha quedado este mundo. La oración, toda oración, es una relación con Dios, con Aquel que sabemos que nos ama. Este encuentro amistoso, amoroso, a quienes cambia es a nosotros. Cuando oramos, por tanto, nos encontramos con Dios, tomamos conciencia y actualizamos lo que ya siempre es una maravillosa realidad: que en él vivimos, nos movemos y existimos, y que nos quiere y llama hijos. Orar es una relación de amor. Y él, según nos dijo Jesús (Mateo 6, 5s), ya sabe todo lo que somos y necesitamos. Luego orar es un asunto de trato con Dios, de tratar de amistad con Aquel que sabemos que nos ama, que dice santa Teresa. Un trato de amistad donde no se necesitan muchas palabras, solamente escuchar, estar y dejarse amar y amar.

Cuando tengo un problema o estoy profundamente afectado por una enfermedad personal o de alguien querido, sin duda siento la necesidad de decírselo a Dios. Será bueno y conveniente hacerlo. Y cuando la oración adquiere la forma de petición, el creyente sensato ya sabe que Dios siempre le acompaña y que no le va a hacer ningún milagrito, sino que transformará su corazón.

Y nos vendrá muy bien, ante la inflación desmesurada de la oración de petición que padecemos, descubrir que existe algo más que este tipo de oración. Tenemos la oración de acción de gracias, alabanza, ofrecimiento, entrega, deseo, queja... y reeduquémonos un poco nosotros y a nuestros grupos de fe: en vez de pedir por mi madre, la paz del mundo, digamos: Te presentamos.... El cambio de lenguaje nos ayuda al cambio mental. Y al cambio de actitud: en vez de cambiar a Dios o la realidad, el que tengo que cambiar soy yo y ser una persona más trabajadora por la paz, por compartir y erradicar el hambre en el mundo.

6. Sugerencias para ayudar a cambiar la imagen de Dios.

A modo de conclusión, quisiera ofrecer a cada lector y, sobre todo, catequista o agente de pastoral que trata de ayudar a mejorar nuestra imagen de Dios y nuestra vida espiritual, las siguientes frases o eslóganes sintetizadores de la nueva perspectiva que hemos presentado. Pueden funcionar como frases clave sobre las que ir asentando la nueva concepción de Dios.

Dios es intencionista, pero no es intervencionista, frase de D Sölle, una teóloga alemana, que nos dice que Dios nos ha comunicado qué tipo de hombre, de mundo y de vida quiere, pero no intervine en el mundo fuera de nosotros; lo ha dejado en nuestras manos.

Dios obra el mundo, pero no obra en el mundo, expresión de K Rahner que sintetiza muy bien el tipo de actuación de Dios en el mundo.

Dios siempre actúa con nosotros, nunca sin nosotros. Para señalar que la actuación de Dios la tenemos que pensar siempre a través de, en, con... pero nunca fuera de nosotros o independientemente de nosotros, como si fuera una acción mágica.

Dios nos acompaña siempre, pero no nos soluciona nada. Dios es nuestro gran acompañante en la vida. En todas las circunstancias, las buenas y las malas. Pero no hace nada, en el sentido de intervenir milagrosamente para solucionarnos los problemas o dificultades. Nos da la fuerza para abordarlos, enfrentarlos y solucionarlos si cabe.

En todo interviene Dios para bien de los que le aman (Romanos 8, 28), expresión paulina para decirnos que siempre y en todo está Dios con nosotros buscando nuestro bien, sin sustituirnos nunca.

Los milagros no resuelven nada y dejan muy mal a Dios. Para señalar que el problema de los milagros es un problema teológico o de imagen de Dios.

Te presentamos, Señor... en vez de te pedimos, Señor. Para irnos educando en una pedagogía de la oración que no dé pie a entender o esperar el intervencionismo mágico divino.

El hombre consiste en estar viniendo de Dios y, por tanto, siendo en él, expresión del filósofo español XABIER Zubiri, que señala fuertemente que la vida del ser humano consiste en hacer patente la vida de Dios en nosotros.

3. Del Dios de los sacrificios al Dios de la vida.

Hay otra imagen de Dios muy persistente y clavada en los hondones del alma: el Dios de los sacrificios y expiaciones. Es un Dios con sed de sangre y sufrimiento. Es un Dios violento y de muerte. Una imagen de Dios muy peligrosa y que distorsiona profundamente al Dios verdadero del amor, la misericordia y la aceptación incondicional.

Tenemos que derribar esta imagen de Dios y sustituirla por la del Dios de la vida, de la paz, de la alegría y la fiesta, la libertad y la novedad. Hay que pasar de la religiosidad que encoge el espíritu al que lo dilata; de la tristeza y el pecado, la conmoción y el dolor, a la celebración de la vida amorosa con el novio que ya no terminará jamás. Hay que esforzarse por crear y vivir un cristianismo más festivo y alegre, más afirmativo de la vida. Hay un agarrotamiento espiritual en la pasión y muerte de Cristo que olvida el apasionamiento de la vida que condujo a ese final. Dios, nuestro Dios, el Dios de Jesucristo, es el Señor de la Vida.

1. Qué nos salva? Las imágenes de la salvación.

Hay una pregunta sencilla y radical que late bajo la imagen del Dios de los sacrificios: qué es lo que nos salva? Como todas las preguntas sencillas, directas y profundas, son muchas las cosas que se mueven y remueven alrededor suyo. De nuevo vamos a ver cómo la imagen de un Dios que pide sacrificios para aplacarse y para perdonar, para redimirnos, encubre muchas ideas y sentimientos, muchas otras imágenes pegadas o colgadas de esta imagen un tanto sádica y feroz de Dios. A esta imagen de Dios está muy ligada la imagen del Jesús que nos redime. Por lo tanto, ya avistamos que cambiar y sanar la imagen de Dios requerirá de paso corregir también el imaginario sobre Jesús. Ya vamos viendo que no podemos hablar de Dios sin incluir a Jesús.

a) Por nosotros y por nuestra salvación.

Así se expresa el credo del Concilio de Nicea-Constantinopla (año 451) sobre la obra de Jesucristo a favor nuestro. De nuevo nos encontramos con la necesidad de explicar el sentido que tuvo para nosotros la vida de Jesús. La reconocemos como una vida y obra benéficas, salvadoras. Ahora bien, cuando queremos entender lo que esto significa, como siempre tenemos que recurrir a metáforas e imágenes que nos hagan comprensible y accesible lo que se quiere afirmar. Estas imágenes, ya lo sabemos, son como instrumentos o herramientas de nuestro pensamiento para poder captar y relacionarnos con esa realidad divina presente en nosotros a través del Espíritu.

Los primeros cristianos tuvieron ya este problema y fueron ellos lo que inventaron expresiones imaginativas, símbolos, para poder comunicar aquello que habían entendido en la nueva experiencia de Dios que les llegaba a través de Jesús resucitado.

Tenemos la suerte de contar con muchas metáforas o expresiones simbólicas para comunicar esta experiencia salvadora de Dios en Jesús. Con el ánimo de desbloquear el enquistamiento creyente en las imágenes o metáforas de sacrificio y expiación, vamos a comentarlas brevemente.

El Nuevo Testamento es muy rico en expresiones y búsquedas para sugerir lo que supuso la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús (memoria vitae, passionis, mortis et resurrectionis Iesu Christi). Un despliegue muy amplio, indicio del enorme esfuerzo desarrollado por aquellos primeros creyentes y teólogos para hacer comprensible algo quizá fácil de experimentar, pero no tan fácil de comunicar ni de hacer comprensible.

Metáforas comerciales. Se utilizan imágenes, metáforas y analogías tomadas del mundo del comercio: de comprar y vender, de pagar una fianza o salir fiador por otro, de rescatar algo por un precio, de redimir una cuenta pendiente, saldar una deuda, etc.

Metáforas médicas o del mundo de la salud. Nos encontramos con curaciones y sanaciones, con enfermedades y debilidades, vida y muerte; con las medicinas o fármacos que nos ayudan a superar la enfermedad y aun la muerte que nos ronda y amenaza o la nueva vida regenerada.

Metáforas legales o sacadas del mundo del derecho y las leyes. Nos encontramos con la condena y la justificación; con la declaración de culpables e inocentes, de juzgados e imputados, de legítimos e ilegítimos, de ofensas y satisfacciones.

Metáforas políticas que giran en torno al tema de la libertad y no libertad, de los derechos o no derechos, de la pertenencia como ciudadanos a la ciudad terrena y celeste, al Reino de Dios, a reyes, emperadores, señores y vasallos.

Metáforas militares de victoria y derrota, de poderes malignos y benignos, de amigos y enemigos, de liberación y esclavitud, de opresión y salvación.

Metáforas culturales, tomadas del mundo religioso, del culto y los sacrificios, de los holocaustos y víctimas propiciatorias, de ofrendas, celebraciones y banquetes, y también chivos expiatorios, ayunos y expiaciones.

Metáforas relacionales, tomadas del mundo de las relaciones humanas y de la familia: de reconciliación y ruptura, de acercamiento y alejamiento, de amor y desamor, de padres, hijos y criados, de esposo y esposa, de novios, de adopciones, de nuevos nacimientos.

Tenemos la suerte de que en la historia del cristianismo han circulado todas estas imágenes. No existe ninguna declaración eclesial sobre estas metáforas. Han sido utilizadas en tiempos y momentos con mayor o menor suerte para unas u otras, pero no hay un rechazo de ninguna.

Lo que sí ha existido es el predominio tiránico de una de ellas. Si hiciéramos una rápida encuesta acerca de cómo los predicadores en sus homilias y los fieles de a pie entienden y explican la salvación, la imagen y metáfora predominante hasta la extenuación sería la de expiación sacrificial o sacrificio expiatorio. Está tan profundamente clavada en mentes y corazones que prácticamente cuando se dice salvación o redención, se quiere decir sacrificio y expiación. La inmensa mayoría no distingue ya entre la imagen y el significado, entre la metáfora y lo que se quiere expresar. Ya casi solo existe esta imagen. Y cuando algunas teologías han tratado de usar otras metáforas (la metáfora liberacionista o la de la sanación), nos parecen extrañas, sacadas de contexto, fuera de la tradición y de los modos católicos.

Tenemos que hacer un trabajo de ampliación del imaginario. Y una crítica a las muchas adherencias y distorsiones que, con el paso del tiempo, casi inevitablemente se van pegando a la imagen del sacrificio expiatorio.

Recordemos que fue san Anselmo el que puso en circulación con éxito esta metáfora explicativa de la salvación. San Anselmo, no lo olvidemos, vive en un mundo feudal. Allí escribe su famoso tratado *Cur Deus homo* (Por qué Dios se hizo hombre), en el que explica la siguiente metáfora de la salvación: el pecado del hombre ofende profundamente el honor de Dios. Todo el mundo creado queda afectado por esta ofensa. Para restaurar el orden del universo resulta necesario pagar una satisfacción. Pero los seres humanos, limitados, finitos, nunca podrán dar una satisfacción digna del ofendido, el Ser infinito, Dios. No existe una equiparación entre el ofensor y ofendido, entre la naturaleza del ser humano y la naturaleza de Dios. Por esta razón, dirá san Anselmo, Dios se hace hombre. De esta manera, el Dios-hombre sí que puede, en razón de su naturaleza igual a Dios, pagar la satisfacción debida al pecado. Jesús paga la deuda por la ofensa del pecado mediante su obediencia amorosa al Padre. Jesús, mediante su vida perfecta, no teniendo pecado, no tenía que pagar nada a Dios por él. Pero muriendo en la cruz dio a Dios algo gratuito, no debido en estricto derecho por él: satisfizo por nuestros pecados. Dio la satisfacción infinita que nosotros debíamos a Dios por nuestros pecados.

Y añadamos algo más: san Anselmo se apoya en algunos textos e imágenes del Nuevo Testamento. Pablo, sobre todo, proporciona imágenes donde la cruz y la sangre de Cristo se cargan de significado sacrificial (Romanos 8, 32; Gálatas 3, 20; Efesios 5, 2).

b) Una imagen sádica de Dios.

San Anselmo tenía la pretensión de dejar bien claro que la misericordia de Dios había sido enorme, extraordinaria: él mismo se entregó por nosotros; pagó por nuestros pecados, lo que nosotros no podíamos hacer. Gracias a la muerte sacrificial de Jesucristo nos ha sido condonada la deuda que debíamos a Dios. Dios mismo paga por nosotros. Y nosotros quedamos libres del pecado, de la deuda, y volvemos a tener una relación de hijos con Dios.

El esfuerzo teológico de san Anselmo es magnífico. Refleja, como hemos dicho, un mundo feudal de honores ofendidos, de nobles, reyes y vasallos, de restituir el honor mancillado según la dignidad de la persona (del rey del universo). Y se mezclan en este modelo teológico una serie de aspectos jurídicos: satisfacción de deudas, modo de hacerlo, derechos, deberes, gratuidades. Como se ha dicho ya repetidamente -a menudo con poco éxito-, esta explicación, cuando va siendo recibida y usada por predicadores y catequistas, se va cargando de negros nubarrones y de verdaderas distorsiones. El modelo se simplifica y se acentúa el lado sacrificial y expiatorio.

Así, por ejemplo, se suele predicar ya la encarnación, que es presentada en san Anselmo como una fabulosa y magnánima decisión de la misericordia divina de hacerse hombre, como una necesidad. Y desde ahí ya todo es una necesidad: la necesidad de morir en la cruz; la necesidad de que Jesús padeciera muchísimo (el que más de la humanidad), dada la ofensa a Dios causada por nuestros pecados; la necesidad de aplacar la ira divina, etc. en un sinnúmero de aberraciones teológicas hechas al calor de la pasión retórica de cada predicador o agente pastoral.

El mal uso de esta metáfora sacrificial se extendió tanto y con tanta exageración que nada pudieron hacer teólogos de la talla de santo Tomás de Aquino, que ya llamó la atención acerca de no poner tanto énfasis en la necesidad de una muerte sangrienta. Tampoco una mente tan aguda como la de Duns Scoto tuvo mejor suerte. Este teólogo franciscano ya se dio cuenta de que la imagen de fondo de esta metáfora cargaba las tintas sobre la imagen de Dios: lo presentaba como un señor feudal poderoso que estaba ocupado y preocupado sobre todo por defender su honor. Una tristísima imagen de Dios que niega y corrompe todo lo que Jesús dice de Dios en el Evangelio.

El resultado ha sido muy lamentable y penoso. Hasta el día de hoy tenemos la imagen de un Dios Padre ofendido, cuando no airado, que necesita la sangre preciosa de su Hijo para aplacarse. Otra vez de nuevo lo que hay que decir es que, con esta imagen, quien peor queda es Dios mismo. Este rostro sádico de Dios, sediento de sangre, que no perdona ni a su propio Hijo, no tiene nada que ver con el de la parábola del padre del hijo pródigo ni con tantas parábolas y expresiones de Jesús. Es su opuesto. Es una horrible distorsión frente a la que hay que reaccionar con prontitud y un rechazo radical.

c) Mala imagen de Jesús.

No solo Dios queda retratado como un señor feudal que exige reparación, humillación y sangre, sino que la imagen de Jesús queda horriblemente deformada.

La metáfora sacrificial se concentra de tal manera en la cruz que se traga la vida entera de Jesús. La vida de Jesús queda devaluada a ser el tiempo de la espera o de preparación para el momento de la verdad. Esta concentración en la muerte sangrienta y dolorosa parece ser la única finalidad y propósito de la vida de Jesús. Jesús vino para morir en la cruz por nuestros pecados. Se repite tanto este estribillo que queda marcado a fuego en la interioridad de los corazones y pensamientos. La muerte fue el verdadero objetivo y propósito de Jesús.

Ya se ve que, con esta exaltación de la muerte y la cruz, se sacraliza el sufrimiento con toda una serie de consecuencias negativas, patológicas.

Y se añade un despropósito más: la vida de Jesús estaba ya determinada por Dios a morir en la cruz. Era la consecuencia de tener que satisfacer por la deuda debida por el pecado que nosotros no podíamos pagar. Se olvida o no se tiene en cuenta que si este era el designio del Padre, entonces Jesús, su Hijo, es una pobre marioneta en sus manos. Viene a cumplir una misión que más bien parece seguir un guión trazado y escrito desde la eternidad por Dios. Es un hombre verdadero, pero sin libertad humana y sin decisión ni responsabilidad. Para Jesús, este mundo es un mero escenario para representar el guión celestial.

En el fondo, se dirá con razón, está otro problema teológico mayor: el de toda una comprensión de Jesús, piadosa y tradicional, que potencia una imagen divina de Jesús, muy influida por el evangelio de Juan en este punto, y toda una predicación que terminan olvidándose de que Jesús era verdaderamente humano. La Palabra de Dios que se hace carne, no era un ser humano en general, sino un hombre concreto, con una cultura concreta de un tiempo determinado y con unos problemas bien definidos. El estudio actual del Jesús histórico nos está devolviendo mucho de esta figura particular de Jesús. Un conocimiento que nos humaniza a Jesús y nos lo devuelve con carne y huesos. Las cristologías actuales siguen este modelo ascendente, más cercano a los evangelios sinópticos, que parten de lo histórico, de lo humano, de la vida, la muerte y la resurrección, para afirmar su divinidad. Se corrige así el modelo descendente, que va desde arriba, de lo divino, hacia abajo, lo humano, pero que tiene el peligro de que la naturaleza divina devora a la humana. El Jesús presentado aquí es monofisita, solo divino: una suerte de superman divino que conocía todo y podía todo. Justo la imagen del Jesús enviado por el Padre para cumplir la misión de pagar por nuestros pecados.

2. Consecuencias nefastas.

Antes de entrar en la propuesta positiva de la imagen de Dios y de Jesús que sustituya a la horrible deformación denunciada ya, vamos a estimular a cambiar esta imagen a través de una breve consideración de las consecuencias negativas que de aquí se han derivado y se derivan.

Hemos señalado ya que la enorme concentración en el sacrificio de la cruz lleva a una sacralización del sufrimiento como el camino que lleva a Dios.

No es extraño escuchar que a este mundo hemos venido para sufrir. Un cristianismo sin sufrimiento no es un cristianismo. La alegría, el gozo y, desde luego, cualquier placer, no solo el sexual, quedan siempre bajo la sospecha del pecado. Muchos podemos dar cuenta, en la experiencia pastoral, de las barbaridades a que conducen estas ideas y sentimientos. Para muchos creyentes siempre revolotea la sombra de la desdicha tras los buenos momentos de la vida. No parece posible tener una vida sin la espera de la cruz, que de un momento a otro nos llegará. Un estremecimiento ante lo que me espera como compensación y expiación de la alegría actual recorre al creyente que goza de la amistad, de los buenos momentos de su matrimonio, etc. He visto llorar a creyentes temiendo lo que le iba a venir, ya que estaba disfrutando de un momento dichoso en su vida.

La deformación de la religión predicada por Jesús es enorme: en vez de que el sufrimiento, el sacrificio y la renuncia aparezcan como una consecuencia de la opción por el Reino de Dios, es decir, del esfuerzo por realizar el deseo de Dios sobre los hombres, se idealiza y sacraliza el sacrificio por el sacrificio. Ahora es el sufrimiento, el dolor, el ayuno, las penitencias, las renunciaciones, lo que nos santifica y hace agradables a Dios. De nuevo planea la imagen de un Dios sediento de sangre, dolor y sufrimiento humano. Detrás del éxito de filmes tan realistas como *La pasión de Cristo* revolotea esta idea malsana del dolor y el sufrimiento como lo que nos redime y nos salva.

Han sido ya muchos los estudios y las experiencias pastorales que denuncian las patologías a que han dado lugar estas imágenes. Existen datos actuales acerca de la vinculación enfermiza, desviada, que existe entre creencia en una imagen de Dios sacrificial, que pide y exige sufrimiento, y posturas de fondo violento y patológico. Por ejemplo, en Estados Unidos se ha visto que tales creyentes son los defensores de la pena de muerte y del escarmiento violento. Se ha encontrado la imagen de un Padre que necesita la muerte de su Hijo entre los padres denunciados por abusos violentos a niños en sus familias.

Hoy existe toda una pastoral que quiere sanar estas malas consecuencias. Vuelve hacia el Dios amor y de plenitud de vida que quiere que sus hijos crezcan derechos, alegres y se empeñen por dar vida. Los hermanos Linn, conocidos por sus muchos libros orientados a sanar la imagen de Dios, proponen toda una serie de prácticas y modos de oración tendentes a superar los traumas dejados por las vivencias de esta imagen sacrificial y dura de Dios. Maestros espirituales, como el monje cisterciense Thomas Keating, propone antes o al mismo tiempo que la oración de silencio o centrante ir avanzando hacia una imagen del Dios del amor y la vida. La vida espiritual sana pide una imagen positiva y sanadora de Dios.

Desde un punto de vista más cultural y social, es mucho lo que se juega la religión, y concretamente el cristianismo, en el mundo actual con estas imágenes sacrificiales.

La sacralización del sufrimiento desemboca en la glorificación de la muerte violenta. Muchos sospechan que detrás de la violencia, la intolerancia, el exclusivismo y las cruzadas de las religiones monoteístas se encuentra una exaltación del martirio, la sangre y la muerte. Hoy vemos cómo el fanatismo islámico glorifica la autoinmolación y el martirio, pero el cristianismo es particularmente acusado de estos excesos.

Actualmente, el monoteísmo está bajo sospecha. Se está jugando su destino histórico ante las barbaridades a las que estamos asistiendo en nombre de Dios. No basta que el papa y los jefes religiosos desacrediten este fanatismo diciendo que Dios es un Dios de vida y que de tener un nombre será el de la paz. Hace falta que los creyentes demostremos de hecho que el camino de Dios no es el de la muerte y la violencia, el dolor y la sangre, sino el de la alegría y la justicia, el empeño por realizar la vida y el entendimiento pacífico y fraternal entre los hombres. Los sucesos actuales de Oriente Próximo ponen en cuestión el monoteísmo -del que no se escapa el cristianismo, dada su implicación en Iraq-, y son muchas las voces de intelectuales prestigiosos que apelan al politeísmo como alternativa más tolerante.

Y no dejamos de señalar la crítica feminista, que ve en esta imagen de Dios no solo el incentivador o secreto legitimador de la violencia familiar, sino una soterrada corriente de dualismo que minusvalora el cuerpo, la materia, a favor del espíritu, y violenta y humilla todo lo que se mezcla o tiene un fondo corpóreo o material. El olor a un patriarcalismo espiritual, puritano y duro estaría debajo de este monofisismo divino que menosprecia el cuerpo y lo femenino y eleva al Dios uno como contrincante del mundo. Una teóloga tan equilibrada como Elisabeth A Johnson sospecha que quizá por aquí discurren algunas de las explicaciones de la presencia en la historia del cristianismo de la poderosa corriente monofisita divinizadora.

No por conocida deja de ser importante la acusación de la teología crítica y de la liberación acerca de los usos sociales perversos que se han hecho y se hacen con la cruz: inculcar la pasividad y la mala aceptación ante las desigualdades e injusticias sociales mediante el recurso a la obediencia del Siervo sufriente, que no abría la boca. Un verdadero opio del pueblo. Un elemento de despolitización y de domesticación de los de abajo.

La piedad católica popular conoce también los excesos de una concentración sacrificial que se identifica con las imágenes de los Cristos desgarrados, sacados en procesión en la Semana Santa, y que, sin embargo, desconoce o es casi insensible al Resucitado.

3. Recuperar la vida.

Vayamos recuperando lo perdido y maltratado en este camino de excesos sacrificialistas. Necesitamos recuperar la vida. Cómo entender de una manera no deformada ni deformante la salvación acaecida en Jesucristo?

Ya hay muchos esfuerzos teológicos hechos para interpretar adecuadamente la muerte de Jesús por nosotros. La obra salvadora de Jesús se comprende mucho mejor si no la arrancamos de su vida y de su contexto histórico. Ella nos va proporcionando elementos para un nuevo imaginario de la cruz y de Dios mismo.

a) La cruz ligada a la vida y resurrección de Jesús.

Lo primero que tenemos que hacer, como nos recuerdan los mejores estudios sobre Jesús, es no desligar la cruz de la vida que la precede y de la resurrección que la sigue. Forman un todo unido. El peligro está en desvincular estos momentos de una vida. Entonces es cuando la cruz aislada se presenta como un acto salvador de expiación.

Si hacemos así, la consecuencia inmediata es que tenemos que entender la salvación, que nos devuelve a los hombres a la plena relación con Dios y con los otros, como un proceso que se inicia con la misión de Jesús. El Reino de Dios, que es el centro de la predicación y misión de Jesús, es ya salvación para el hombre. Jesús trae la buena noticia de lo que es Dios para el hombre; el Reino, la salvación, está ya entrando en el mundo. Y esto sucede (cf. el cap. 1 de Marcos) en la predicación y en las acciones de Jesús a favor del ser humano: mediante la expulsión de los espíritus inmundos, de todo aquello que lo posee -es decir, que no deja al ser humano ser realmente él mismo-; mediante la curación del cuerpo (fiebre a la suegra de Pedro), que le mantiene postrado; mediante la rehabilitación de los excluidos sociales y religiosos, parias de la humanidad, como los leprosos de ayer y de hoy. Esta salvación llega cada vez que hacemos como Jesús y comemos con publicanos y pecadores, y rompemos los convencionalismos sociales que crean barreras y diferencias; cada vez que hablamos con mujeres pecadoras públicas, que apoyamos al necesitado por encima del sábado y de cualquier ley religiosa. En este momento, Dios está reinando en este mundo, es decir, empezamos a saborear ya que el sueño de Dios sobre este mundo está comenzando a ser una realidad. Un mundo sin opresión ni injusticia, sin dolor gratuito, donde no habrá más lágrimas que se puedan enjugar. Y los pecadores, los enfermos, los oprimidos, los marginados sociales, los extranjeros e inmigrantes, las prostitutas y homosexuales, los pobres, los niños y los jóvenes, las mujeres y los hombres, los países pobres de África y Centroamérica, comenzarán a reír y se darán la mano con alegría, se abrazarán y este mundo se transfigurará. No es este el sueño de Dios? No es este el inicio de una Vida plena? La salvación ha llegado al mundo.

La realidad en la vida de Jesús fue, sin embargo, bien distinta. Sabemos que inició este estilo de vida y de gestos salvadores, pero chocó rápidamente con la incompreensión de los suyos y, sobre todo, con la concepción religiosa oficial: una religión de normas, prescripciones, jerarquías y cumplimientos culturales. La religión, que siempre tiene la tentación de sustituir a Dios, vio en Jesús un peligro y un enemigo. Quizá una acción simbólica como la de la expulsión de los mercaderes en el Templo colmó la gota de la paciencia sacerdotal y de los principales de Israel, que se beneficiaban del negocio montado alrededor del culto. Los días de Jesús estaban contados.

La cruz, el trágico desenlace de la pasión y muerte de Jesús, está en consonancia perfecta con su vida: fue el precio que había que pagar por su estilo de vida. Intentó realizar el Reino de Dios y se encontró con los que le veían como un enemigo de sus intereses. El resultado estaba cantado.

Vista la vida de Jesús desde su concreción histórica, no hay determinismos divinos, ni preordenaciones del Padre, ni venidas para pagar por los pecados. Si Jesús hubiese actuado de otro modo distinto, no hubiera acabado ejecutado en la cruz. Este fue el precio del compromiso de su vida. Ahora bien, Jesús fue fiel a la llamada del Padre a instaurar el Reino de Dios. Precisamente por eso predicó lo que predicó e hizo lo que hizo. Y terminó muy mal, como muchos profetas.

Incluso podemos añadir que su proyecto de Reino de Dios quedó descabezado, los discípulos huidos y él quedó, a los ojos de muchos, como fracasado y descalificado por la autoridad civil y religiosa.

La experiencia pascual, la resurrección, ahora lo entendemos mejor, es un punto de inflexión que ha de ser leído en todo este contexto de su vida y de su muerte. No es un milagro, ni son las apariciones, ni la tumba vacía, es -sin duda a través de todos esos medios- una experiencia de que Jesús vive y les acompaña, va delante de ellos a Galilea (Marcos 16, 7). Y el mensaje, el significado de la resurrección es una inversión a lo sucedido en la muerte en cruz, pero en continuidad con su vida: Jesús vive, Dios le ha resucitado (Hechos de los apóstoles 2, 24). Es decir, la muerte no tiene la última palabra; Jesús vive con Dios y está con nosotros en el camino de la vida. Dios ha hecho Señor y Cristo a ese Jesús al que habéis crucificado (Hechos de los apóstoles 2, 36; 2, 23-24; 4, 10). El Dios de la vida reivindica a Jesús como el Viviente. El proyecto del Reino de Dios, el sueño de Dios sobre los hombres, continúa y somos llamados a continuarlo. El Espíritu de Jesús, Dios que mora y está en nosotros (Juan 14, 17), será nuestra Fuerza, nuestro Abogado, Maestro y Guía.

b) La imagen del Dios de la vida.

Esta manera histórico-narrativa de entender la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús nos acerca a otro modo de entender la salvación. Esta ya no aparece como un acto sacrificial de expiación, ni como el resultado de un acto redentor del dolor, ni como un destino señalado por el Padre para pagar una deuda, sino como el resultado de una vida apasionada por el Reino de Dios. Lo que nos salva es una vida; si se quiere, un estilo de vida: una entrega amorosa que encarna y actualiza la compasión de Dios por los hombres. Lo que nos salva, en definitiva, es el Amor hecho compasión efectiva por los hombres.

Y lo que hace Jesús es encarnar este amor compasivo y eficaz de Dios. Él, como decíamos en el capítulo primero, es la parábola viva de Dios. Jesús es el símbolo, la imagen viviente de Dios, que introduce un estilo de vida diferente. Lo subversivo de Jesús fue este estilo de vida. J Moingt y Patxi Loidi casi coinciden en decir, empleando una metáfora médica o de salud, que Jesús es la célula regeneradora, anticancerígena, que ha introducido en este mundo un dinamismo, un modo de vida que lo cambia.

La acción de Jesús, su predicación y sus obras son ya un legado para la humanidad que no se olvida. Pensadores como J Habermas dicen que la humanidad ya no puede olvidar lo que representa el salto humano introducido por estos cambios de nivel, como el que trajo Jesús. Hay una novedad, una creatividad salvadoras en estos actos creativos. Tienen mayor potencia que una reacción atómica en cadena. No hay más que ver la capacidad de contagio salvador que ha tenido en tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Y en tantos que, como él, no buscaron la muerte, sino que buscaron la transformación de los corazones y de esta sociedad, y que finalmente, como le ocurrió a Jesús, fueron víctimas del rechazo y pagaron con su vida.

La imagen de Dios que está detrás de esta vida de Jesús es el Dios del amor, la compasión gratuita por los seres humanos, especialmente los pobres y oprimidos. Dios, si se quiere repetir con el lenguaje de Juan, amó tanto a este mundo que le dio a su Hijo único para que tenga vida, y vida definitiva (Juan 3, 16). Dicho de otro modo: Dios no quería la muerte de Jesús ni la necesitaba como expiación para salvarnos. El Dios creador y amante de los seres humanos hubiese querido que Jesús hubiese tenido éxito en su misión y que hubiese implantado el Reino de Dios, es decir, el sueño de un mundo justo y fraterno. Fueron los hombres, con sus intereses y libertad -el pecado, decimos con palabras religiosas-, los que hicieron que ese plan no se cumpliera y Jesús terminara condenado a una muerte ignominiosa.

Ahora bien, podemos rechazar a Dios, pero no expulsarlo del mundo. Él nos persigue y nos sigue ofreciendo en los que siguen el estilo de vida de Jesús, sean creyentes o increyentes, lo sepan o no, su salvación, su reconciliación, su vida definitiva. Jesús es así el presentador e introductor, la puerta, diría Juan, de un Dios presente en el mundo en todo aquel que trabaja y se esfuerza por dar vida, por humanizar este mundo, por crear condiciones de justicia y libertad, por quitar dolor y sufrimiento gratuitos. Este Dios de vida nos pide nuestra colaboración y nos ayuda para realizar su sueño. No puede actuar si no es con y a través de nosotros. Pero su presencia impulsora, sanadora, liberadora -su Espíritu en nosotros- nos hace sentir y experimentar la verdad de lo que Jesús decía y nosotros ya conocemos.

La salvación aparece ya no como un gesto único y expiatorio ante un Dios ofendido, sino como un acto solidario de toda una vida que transmite y testimonia la presencia compasiva de Dios para con los hombres.

Ya podemos orar y cantar como hace Patxi Loidi:

Viva su vida!

Viva aquella sangre viva,
que enciende su cuerpo vivo
como el fuego inextinguible
del corazón compasivo.

Viva su vida concreta
en un suelo concreto,
bajo un sol concreto,
con una gente concreta
en una lucha concreta

La muerte es el último eslabón de la vida.

Nos salva su vida,

célula regeneradora de una sociedad concreta, que se expande por el mundo con una explosión universal. La gran explosión!

4. El Dios de la vida y el exceso de sufrimiento en el mundo.

Tenemos motivos más que suficientes para trabajar en la demolición de una imagen peligrosa de Dios y de Jesús y por esforzarnos en la reconstrucción de una imagen diferente que haga justicia al Dios de Jesús. La propuesta es sencilla: miremos hacia los evangelios y la vida concreta de Jesús para realizarlo. No separemos nunca la cruz de la vida de Jesús ni de su resurrección o vida con Dios y con nosotros.

Para ayudarnos en esta tarea positiva y de buenos frutos espirituales para nosotros y para otros, señalemos algunas cuestiones que suscita esta imagen.

a) El misterio del sufrimiento.

Hay una pregunta que late siempre en el fondo de esta presentación y que no podemos abordar en toda su profundidad: se trata del problema del sufrimiento en el mundo. De ese exceso de sufrimiento en el mundo, como dice E Schillebeeckx, que finalmente nos lleva al tema del mal. Todas las religiones se confrontan con este terrible problema. Y todos los hombres con alguna capacidad reflexiva y seriedad de vida se tropiezan con esta pregunta.

Quizá un intento, si no de solucionar, sí de dulcificar el problema, ha sido la estrategia de verlo de algún modo como conforme con la voluntad de Dios. En el fondo de la metáfora del sacrificio expiatorio late una interpretación del sufrimiento como bien en sí mismo y querido por Dios. Como hemos visto ya, esta vía es peligrosa y conduce a desviaciones masoquistas, a una aceptación pasiva de la realidad y a imágenes inaceptables de Dios.

Hemos repetido suficientemente que no podemos ver en la vida de Jesús ninguna aceptación de la cruz como algo querido por Dios, sino como expresión y consecuencia de su lucha contra todo lo que causa sufrimiento gratuito en los seres humanos. Lo que se percibe claramente en Jesús es el amor que se manifiesta a través de ese sufrimiento; el amor desconcertante de Dios y no la víctima de la justicia divina. No hay Dios sádico, no hay víctima sacrificial, no hay pago de ninguna deuda. Hay una fidelidad libremente elegida en pro de un mundo y una vida humana fraterna y justa. Y hay un Dios creador y amoroso que no puede desear más que nuestro bien y cuyo oficio es amar. Este Dios solo puede ser el Anti-mal por esencia y excelencia, como muy bien dice A Torres Queiruga.

b) De dónde viene entonces el sufrimiento?

De la misma condición humana creada. El Dios que crea necesariamente hace algo finito: una criatura inevitablemente limitada. La finitud de lo creado trae consigo, en consecuencia, una actuación limitada, imperfecta. De ahí que el resultado sea un mundo lleno de imperfecciones y debilidades. La libertad que se forja en este mundo estará expuesta necesariamente a los deslices de la imperfección: las esperanzas limitadas, las decisiones y realizaciones limitadas. El mal -aunque necesariamente queda un rastro de enigma y misteriosidad que no terminamos de explicar- es el precio de la existencia finita. Los pensadores lo han dicho de muchas maneras: la tristeza y gloria de lo finito (P. Ricoeur), de ser y no ser del todo, la esperanza que siempre supera a la realización (E. Bloch). Queda una punzante melancolía de las cosas (Tanizaki) que no se termina por erradicar jamás. El paraíso sobre la tierra es imposible. Las visiones que lo colocan al principio, como la del Génesis, expresan esta melancolía y deseo imposible de realizar aquí que recorre los mitos y sueños infantiles.

c) Dios es al Anti-mal.

La realidad finita nos emplaza a todos los seres humanos, creyentes o no, ante la empinada cuesta de la limitación y de su inercia pecaminosa. Tenemos que hacer nuestra vida, realizarnos, hacer un mundo habitable y para todos dentro de este espacio de finitud. Y esto, recordémoslo, de una forma adulta, responsable, siempre ante Dios, pero como si Dios no existiera.

Ahora bien, asimismo, digámoslo enseguida, Dios camina a nuestro lado, va delante de nosotros, mostrando el camino, orientando y apoyándonos en el fondo de todas nuestras búsquedas y esfuerzos, sin sustituirnos jamás.

Este Dios no manda ni permite el sufrimiento y el mal. Está a nuestro lado como el gran acompañante, como con Jesús, el Hijo, en la cruz, pero sin sacarle las castañas del fuego. Lucha a nuestro lado como el Anti-mal, pero lucha en nuestra lucha, trabaja por extirpar el mal en nuestros propios esfuerzos y búsquedas. No hay milagros ni magia; hay silenciosa, discreta y real presencia que el creyente descubre cuando a veces su esfuerzo le parece un regalo de la gracia y su discernimiento, la lucidez de la iluminación.

La cruz de Cristo es la gran corroboración de esta presencia silenciosa de Dios. Marcos (15, 34) presenta a Jesús que muere -el texto, como nos indican los estudiosos, sigue el esquema del Salmo 22- ante el silencio de Dios, abandonado de Dios (Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?), pero habrá que decir siempre: Ante Dios y en Dios. Es decir, la muerte de Jesús nos pone ante la realidad de un Dios que se ha hecho impotente y débil en el mundo, para así posibilitarnos ser nosotros mismos. Y nos indica de qué manera Dios está con nosotros y nos ayuda. No sigue los caminos del poder, la fuerza y los milagros, sino del abajamiento, la debilidad y la impotencia.

Victoria, tú reinarás! Oh cruz, tú nos salvarás!, pero en debilidad, pobreza, mediante la donación a los otros.

Dios se revela en la cruz de Jesús. Es la imagen más desconcertante del amor entregado: un Dios de los hombres y para-los hombres. Aquí se puede ver la verdad de la definición del Dios amor: Aquel cuya perfección consiste en la donación y la entrega; Aquel cuyo poder consiste no en imponerse, sino en exponerse; Aquel que abraza extendiendo los brazos en la cruz y reconciliando a todo el mundo; Aquel que comunica callando y posibilitando; Aquel que ayuda acompañando y sin dejarse notar; Aquel que da vida muriendo.

d) Llamada a colaborar con Dios.

Comprendemos ahora que la fe sea una llamada a colaborar con Dios en la erradicación del mal. Los creyentes son los que han escuchado, como Jesús, la invitación a trabajar por el Reino de Dios. Por instaurar, como dice J D Crossan, un mundo que funcionara como si Dios fuera el rey, lo que sería la vida en este mundo si Dios reinara en él. Para ello tenemos que participar en el estilo de vida y de los trabajos de Jesús por el Reino: luchando hasta la muerte por eliminar todo lo que no permite al ser humano ser él mismo, porque tampoco permite a Dios ser Dios.

Nuestro papa Benedicto XVI, cuando era teólogo, escribía sobre el Viernes Santo: Se puede rezar honradamente si no se hace algo para limpiar la sangre de los que sufren y enjugar las lágrimas de los que lloran? No es el gesto de la Verónica lo primero que debe hacerse para poder hablar de la oración?.

La cruz ya no es ni puede ser una disculpa o un instrumento para la indiferencia ante el mal, las desigualdades e injusticias de este mundo. Al revés, será un impulsor para unirse a todos los que luchan por un mundo nuevo, sin víctimas expiatorias, sin crucificados ni sufrimientos gratuitos, contra el pecado del mundo, contra la injusticia, la exclusión y la violencia que los producen.

e) La dimensión política de la cruz.

Ya hemos denunciado el uso domesticados evasivo y despolitizador que ha tenido y tiene la cruz. Esta visión, imagen de Jesús crucificado, no tiene en cuenta en absoluto el carácter enormemente político, teo-político habría que decir, que tiene la cruz de Cristo.

Jesús muere condenado por las autoridades religiosas y políticas. Como falso Mesías y falso Rey. Fue ejecutado por el Imperio. El sistema de dominación de su tiempo, político y religioso, fue el que le condenó y ejecutó. Este negó a Jesús. La resurrección es el sí de Dios a lo que el sistema dominante negó. Y Dios le constituyó Señor.

Tendríamos que leer estos títulos y estos textos sin olvidar nunca sobre qué trasfondo histórico se encuentran: en el contexto del Imperio romano, del César que era denominado Señor, incluso Salvador, y que traía la paz a la tierra. Entonces nos daremos cuenta de que detrás del relato de la infancia de Lucas y tras los textos de la pasión y resurrección hay mucha sensibilidad religioso-política. El César no es el Señor, ni el Salvador, ni el que trae la paz, eso solo lo es Jesús. Afirmar a Jesús es corregir el dominio de los señores de este mundo. Y su actuación: su política.

Lejos, por tanto, de ser la cruz de Cristo un elemento pasivo y de aceptación de la situación de este mundo, es su negación más clara y firme. El Reino de Dios, otra metáfora cargada de sentido político, pide una actitud crítica frente a los poderes de este mundo; unos ojos abiertos ante el sufrimiento de las víctimas, emplazándonos a ser cireneos, verónicas, Jesús, en definitiva, que limpian la sangre de los que sufren.

f) La actualidad del Dios de la vida.

Tenemos que recrear la imagen del Dios de la vida. Nos lo pide el Dios de Jesús y nuestra propia salud espiritual, nos lo exige el momento actual. Vivimos amenazados por la violencia y la muerte. Nuestra época es un momento histórico en el que, de nuevo, predomina el lenguaje y la lógica de la guerra sobre cualquier otro medio de relación. Incluso la religión sirve como instrumento de violencia. Se usa el recurso a Dios para legitimar auto-inmolaciones y muertes. Es una religión de la muerte, avalada por teologías del martirio y del sacrificio. El llamado choque de civilizaciones no parece ya una tesis descabellada ni un despropósito. Brilla con el fulgor de la sangre y el fuego cada vez más cerca.

Urge recuperar una religión no sacrificial y un Dios de la vida. Dios no puede ser un incentivador de la violencia ni un enemigo de la paz. El Crucificado-Resucitado siempre viene con un mensaje de paz. Lo repite insistentemente. Y sabemos que no es un mensaje únicamente para pacificar los corazones asustados. La paz, como don mesiánico, pascual, abarca la paz del corazón y se extiende a las relaciones interpersonales y solicita la paz social de la justicia y la igualdad. La paz es una metáfora de la vida plena, de la vida humana y humanizadora.

Hoy día es una tarea no solo personal, sino social y civilizatoria, el empeño por defender una imagen del Dios de la vida. Este Dios nos tiene que ayudar a sanar y restablecer relaciones positivas, dialógicas, respetuosas con la naturaleza (ecología), con las demás personas (pacifismo), con el otro sexo (feminismo), con los otros distintos (inmigrantes, otras creencias). El Dios de los evangelios es el Dios de las víctimas, a decir del antropólogo Rene Girard, analista sutil de lo sagrado violento. No es el Dios de los perseguidores, ni del chivo expiatorio, ni de los mártires de la violencia. Es el Dios que quiere acabar con toda religión violenta y perseguidora; un impulsor de una religión de la concordia y la paz que se hace justicia y fraternidad. El Hijo de Dios que muere víctima de la violencia desatada por la misma religión y sus secuaces es la víctima que niega toda religión generadora de víctimas. Murió por nuestra causa significa también que murió para que ni lo sagrado ni la religión necesiten más expiaciones y sacrificios.

5. Sugerencias para ir asimilando esta imagen de Dios.

Hay diversas metáforas para expresar la salvación. No hay que concentrarse en la del sacrificio expiatorio o redención por el sufrimiento. Son hijas de un momento histórico y han sido distorsionadas, como hemos visto. Ninguna imagen particular ni sus teologías pueden agotar la experiencia y el sentido de la salvación realizada por Jesucristo. Pero debemos sustituir la imagen del sacrificio y la expiación por otras muchas que se encuentran en el Nuevo Testamento: ser liberado, curado, reconciliado, adoptado o nacido como hijo de Dios.

Para ayudar a cambiar nuestro imaginario hay una serie de expresiones-ideas fundamentales que nos pueden apoyar a en esta tarea. He aquí algunas.

- Nos salva el amor, no el dolor.
- Nos salva la vida de Jesús con su amor apasionado y fiel, que le llevó a la muerte en cruz y a la resurrección.

El amor desconcertante de Dios a los hombres se manifiesta en la cruz: amor entregado, expuesto, débil, discreto. La memoria de la pasión de Jesús es peligrosa (J. B Metz) para los poderes de este mundo. Nosotros, sus seguidores, somos los encargados de mantener viva esa memoria peligrosa de Jesús.

Jesús murió por nosotros, por todos: también por los traidores como Judas, los tiranos como Herodes, los verdugos y sus víctimas, los sacerdotes y los piadosos.

Dios es Aquel que ama la tierra y a los seres humanos hasta el extremo.

Dios es el Anti-mal que busca en nosotros sus colaboradores. Quieres ser colaborador de este Dios? Lucha contra el mal concreto; contra todo lo que hace sufrir, causa miseria, pobreza y engendra violencia.

Dios es la Vida y recapitula en sí todo lo existente (Efesios 1, 14). A nosotros nos toca dar vigencia a esta obra de Dios.

Jesús pertenece a la definición de Dios. Estamos ante una revolución de la idea imagen de Dios: Dios se muestra fuerte en la debilidad; tan poderoso que se hace impotente; perfecto en su donación total; revelador en el silencio; defensor de la vida de todos en la muerte; descalificador de todo sacrificio en su entrega en la cruz. De Dios siempre tenemos que hablar en paradojas.

4. Del Dios de la imposición al Dios de la libertad.

En las relaciones con Dios tenemos que pasar de la dependencia a la libertad. Existe mucha minoría de edad en los creyentes. Cuando el sometimiento, la supeditación y la carencia de libertad vienen de la mano de un Dios exigente que impone leyes, prohibiciones, cortapisas, estamos ante un Dios decretista que es una caricatura del Dios de Jesús. De nuevo hemos hecho una lamentable imagen de Dios. Y facilitamos el rechazo de los hombres y mujeres que quieren ser adultos, libres, autónomos. Dios es un Dios de la libertad. El que tiene contacto auténtico con Dios se vuelve inmediatamente libre, pierde sus cadenas, se le rompen las ligaduras y su ser entero salta y baila mucho más suelto que el danzarín aquel que imaginaba Nietzsche.

1. La caricatura del Dios impositivo.

Hay una imagen corriente y habitual de Dios, fruto de nuestra educación y muy usada y socorrida en las catequesis y homilias: es la del Dios-prohibición. Dios se asemeja a una señal de prohibido el paso, el guardián que nos da el alto inmediatamente si nos pasamos la línea en rojo de la norma, la buena conducta, las leyes, los mandamientos. Este Dios es el Dios que manda, ordena, impone, decreta, prohíbe, impide. Ya sabemos, además, que este Dios está muy cerca del Dios del miedo y del Dios del castigo. Hasta cierto punto este rasgo es complementario de aquellos.

a) El Dios de la sumisión.

El Dios-prohibición es un Dios usado y manipulado para producir sujetos obedientes, supeditados. Se trata de una imagen muy manipulada por los poderes y autoridades de este mundo, tanto religiosos como civiles. Su objetivo es someter. Se quiera o no, el énfasis en el Dios de la norma y la imposición produce sometimiento y minoría de edad. Es apto para generar súbditos, pero no creyentes libres ni ciudadanos.

Cuando una norma o ley se remite a Dios, se logra sacralizarla, pero, de rechazo, si la norma es convencional y fruto de las componendas humanas, como suele suceder, la imagen de Dios queda tan ligada a estas vicisitudes humanas que tenemos siempre un ídolo. Bajo la apelación a la voluntad de Dios, al Dios lo quiere, se han deslizado tantos abusos, tanto ejercicio del poder autoritario, tanta voluntad de la autoridad de turno, que es ya inevitable la sospecha de la utilización y el manejo. Hay que procurar deshacerse cuanto antes de esta imagen represora de Dios.

En el caminar de la larga historia del cristianismo, los usos de este Dios-norma, Dios-prohibición y Dios-represor han sido múltiples y recorren el ámbito de lo político, lo social y lo personal.

El paso a la sociedad moderna se sacudió muchas ligaduras del Dios-norma eclesiástico, que ejercía un control del poder eclesial sobre el civil. Toda la historia de la modernidad europea está tristemente muy vinculada a los avatares de la liberación y despegue de la autoridad de la Iglesia, invocada como autoridad, poder y voluntad de Dios. Esta historia de la libertad secular ha sido, de rechazo, una liberación para el mismo Dios. Dios se ha liberado de cargas e imposiciones que le venían dadas por sus representantes en la tierra. La imagen de Dios se purificó y fue dejando ver un rostro menos impositivo, menos autoritario y represor que el que se le había adjudicado. Y la religión se volvió también menos tiránica, menos legitimadora de ideologías y poderes oscuros y más posibilitadora de la libertad humana. Una religión más libre puede ejercer con mayor independencia la crítica social y contribuir a un mundo más humano.

Esta historia de la liberación humana del poder e imposición ejercidos en nombre de Dios, con ser muy importante y no haber terminado, no está hoy en el primer plano, al menos en el mundo cristiano. Sin embargo, hay un espacio personal en el que Dios aparece con una imagen impositiva, prohibidora y hasta represora. Es el ámbito de la sexualidad.

b) El Dios represivo de la sexualidad.

Las relaciones entre religión y sexualidad en el cristianismo es un capítulo lleno de luces y sombras. En muchos casos, la sexualidad se ha visto como una fuerza peligrosa que había que dominar e incluso reprimir. De nuevo el recurso a Dios ha sido profusamente usado por personas de la Iglesia o sus representantes para prohibir. No pocos, en nuestra Iglesia, se quejan de experiencias negativas de su adolescencia y juventud vinculadas a su evolución sexual. Casi todo era pecado grave y sin paliativos. Prácticamente una atmósfera cultural y religiosa de oscuridad y culpabilidad ha imposibilitado una relación normal, libre y madura con la sexualidad. En nombre de Dios se han contraído culpas, se ha amargado y decepcionado, cuando no dañado psíquica y espiritualmente, a mucha gente. Para muchos, la sexualidad ha quedado en el lado sucio, oscuro y deshonesto. El escritor espiritual Henri Nouwen dice que a menudo, en relación con la sexualidad es donde más dolorosamente experimentamos nuestra aflicción. En la situación permisiva actual, esta actitud represora de la sexualidad produce, como estamos viendo cada día, sobre todo en el mundo juvenil, un rechazo de la institución eclesial y hasta de Dios. Especialmente queda dañada la imagen de Dios.

Dios pasa a ser visto como alguien autoritario; un poder que desconfía de la sexualidad y que castiga hasta el mínimo desliz de las supuestas faltas en el campo de la sexualidad; este Dios-norma crea un doloroso sentimiento de vergüenza y de ser indigno. No es extraño que personas inteligentes y de fuerte personalidad, como Simone de Beauvoir, digan: Cuando descubrí el placer de lo sensible, dejé de creer en Dios, pues él me privaba de la tierra. Gran parte de la idea caricaturesca del Dios-represor que circula en nuestra sociedad y hasta en los medios de comunicación está vinculada de alguna manera a lo que la Iglesia dice respecto a la sexualidad. Se presenta una imagen represora de Dios contraria radicalmente al goce, negadora de la sexualidad y hasta de la libertad humana. Una moralidad maximalista y exigentísima que, por otra parte, se compadece bien poco con la práctica mayoritaria de los creyentes que se dicen católicos.

c) El Dios moralista.

Las facetas anteriores de un Dios del control, de la norma y hasta de la represión se anudan alrededor de una imagen que las envuelve a todas: el Dios moralista. Es el Dios que me exige, me pide, me impone. Señala unas relaciones en las que yo tengo que, debo de, un círculo donde la estrecha moral del deber y el tener que, constreñidor, controlador y puritano, se ciñe sobre la conciencia ahogándola. Sin duda, el cristianismo posconciliar ha superado mucho de este moralismo estrecho, tan caricaturizado en el cine y la literatura, pero sus rastros, como hemos señalado, son todavía bien visibles.

En el fondo está la imagen de un Dios-ley. Un Señor, monarca absoluto, legislador total del universo y consecuente juez, que ordena, manda, dicta, sentencia, impone, reprime, premia y castiga.

Este Dios produce la impresión de estar sentado en el empíreo, allá afuera, por encima de todo, y ser el controlador general. Un Dios de mandamientos e imposiciones, barrera, obstáculo, impedimento para el libre ejercicio de la libertad humana. El hombre, en vez de ser, como decía Herder, el primer liberto de la creación, llamado a ejercer y desplegar todas sus potencialidades intelectivas, creativas de una libertad a imagen de Dios, se siente un ser que tiene que andar con mucho cuidado para no transgredir las normas señaladas, caminar por los sitios indicados, no salirse de los caminos que la religión y, sobre todo, sus administradores, las autoridades eclesiales, le indican.

Lo mejor que le podría suceder al ser humano es que este Dios no existiera. Este Dios es contrario realmente al impulso creador, de goce y de libertad que siente el corazón humano. Este Dios aparece como contrincante de un ser humano que también se siente destinado a crear un mundo, a organizarlo y desplegar en él su libertad. Nada tiene de extraño que algunos relevantes pensadores modernos hayan advertido una oposición radical a este Dios que se manifiesta como enemigo de la libertad humana. O él o yo -porque si él crece yo disminuyo-, es el grito que late en la filosofía de los pensadores de la sospecha, desde Feuerbach hasta Marx, Nietzsche, Freud, Sartre, etc. Una contraposición radical que se manifiesta como rechazo de un Dios enemigo declarado de la libertad humana. Una horrible distorsión de la imagen de Dios que se ha forjado en la historia del cristianismo, no sin nuestra colaboración. Una crítica que nos ayuda a los creyentes a limpiar la imagen de Dios, a restituir al ser humano a su lugar y que, finalmente, nos devuelve una fe más sana y madura en el Dios de Jesucristo.

El Dios-ley, norma, represor, es un aguafiestas de la vida humana. Muchos han enfermado con su reparto fácil de culpabilidad; otros lo han rechazado vigorosamente como una maldición, y los más lo soportan como un peso del que no pudieran librarse. El Dios-ley engendra relaciones de dependencia y mercantilismo: te doy para que me des. Son relaciones serviles, de criado. Dios es el patrón, el capataz, el jefe, nunca el Padre-Madre, el amigo y confidente. El fariseo cumplidor, el hermano mayor del hijo pródigo, son representantes de la religión legalista mercantil. Se quejan de no haber recibido nunca ni un cabrito para hacer fiesta con los amigos, y nunca supieron que eran hijos, que todo lo del Padre era suyo; que siempre estaban en casa con él (Lucas 15, 31). Tenemos la tarea urgente de limpiar esta imagen peligrosa de Dios. El Dios de la vida y la libertad de Jesús de Nazaret nos pide cambiar rápidamente esta imagen desastrosa de Dios.

2. El Dios de Jesús en el Nuevo Testamento.

Es este Dios enemigo de la libertad el Dios de Jesús? No parece responder a la imagen que se presenta en el Evangelio. Jesús nos ofrece otros rasgos de Dios. Al final surge el Dios de la libertad, de la vida plena, de la confianza en el ser humano. Vamos a mostrar con algunos ejemplos significativos la verdad de esta afirmación.

a) Dios nos encarga su hacienda y poner en juego la libertad.

Tomemos la parábola de los talentos en Mateo 25, 14-30 o en Lucas 19, 11-27. Ahí aparece un Dios que reparte capacidades y talentos. Este Dios confía su hacienda y sus bienes a los hombres, que más que criados o empleados son sus colaboradores. Él se marcha a un país lejano. Los seres humanos son libres para negociar y desarrollar sus capacidades, acrecentar sus talentos y la rentabilidad de la hacienda.

Hay que darse cuenta de que la parábola llama empleado bueno y fiel al que arriesgó y trabajó por el Reino. El empleado malo y holgazán es el que no trabaja por el Reino, el que no arriesga. La bondad y maldad en el Reino de Dios se juega en el arriesgar o no en razón de los intereses de Dios. Y en este poner en riesgo la vida (los talentos) por el Reino siempre se gana, y por ello seremos invitados a la fiesta de Dios mismo.

La maldad consiste en querer quedarse limpio, inmune, no arriesgando, enterrando el talento. El que no se la juega por el Reino no obtiene nada. Más aún, lo pierde todo, porque ha dejado pudrir la libertad y la vida. Por eso se le quitará todo.

La parábola apunta una crítica severa contra la pusilanimidad y el encogimiento que, por miedo, no arriesga ni hace nada por el Reino, por el sueño de Dios en este mundo. Y la alabanza camina por el lado de la puesta en juego de la libertad y las capacidades humanas en pro del Reino. Estamos llamados a la fiesta de Dios, y la condición es que nos empleemos a fondo, libremente, por tratar de hacer de este mundo una real hacienda de Dios. Quien no arriesga no logra nada; quien se arriesga por el Reino lo alcanza siempre.

b) Para que seamos libres nos liberó el Mesías (Gálatas 5, 1)

Pasamos ahora a un texto que resume mucho de la posición de Pablo. El apóstol nos insta a apostar por la libertad, porque para eso nos liberó el Mesías Jesús. Usa una reconvención con una imagen atrevida: No os dejéis atar de nuevo al yugo de la esclavitud. Por esta razón hay que rechazar la circuncisión, la ley y cualquier moralismo que parezca que nos proporciona a Dios. La moral no compra ni gana a Dios. No somos buenos porque cumplimos la ley, sino porque Dios nos ama. O dicho al revés: Dios no nos ama porque seamos buenos, sino que primero Dios me ama; esto es lo que me hace bueno. Y entonces hago obras buenas.

El amor de Dios es gratuito. Él nos ama y salva gratis. No se necesita cumplir nada para comprar el amor de Dios. En esto consiste lo fundamental de la lucha paulina contra los judaizantes, donde veía el peligro de la religión salarial o mercantilista. Doy, hago, cumplo la ley, me circuncido, soy buena persona, para ganarme a Dios. Esta religión es pura basura; ha cambiado totalmente la lógica de Dios; no ha comprendido nada de la gratuidad de Dios.

La libertad es fruto de un Dios que no es imposición, sino gratuidad. Y Dios, lo grita Pablo, quiere nuestra libertad, no la dependencia de la moral, de la ley, de ninguna ley.

En el fondo de la desconcertante parábola del fariseo y el publicano (Lucas 9, 9-14) está este mismo mensaje: todos queremos justificarnos y santificarnos por nuestros propios méritos. Todos somos en el fondo el fariseo cumplidor y bueno. Y quisiéramos que, al final de nuestras vidas, nos recibieran en la fiesta de Dios, el cielo, con alfombra roja y con algún vocero que gritara nuestro nombre. Aquí llego yo, abran las puertas; lo merezco. Este orgullo religioso de justificarnos ante Dios y ganarle con nuestros propios méritos no sabe lo que pierde: el amor gratuito de Dios. Por esta razón, la parábola nos propone, siempre tan provocativamente, ponernos en el lado de los necesitados, de los pecadores, de los niños, de los que no tienen ningún mérito, de los que, por tanto, están abocados a recibirlo todo gratuitamente.

La gratuidad es la fuente de la libertad. Es gratuito, es gracia; es decir, no es obligación. La obligación y la gracia se repelen. El amor se agradece, no se merece.

Y ya avistamos algo grandioso: el Dios de la gracia y la gratuidad es, por ello mismo, el Dios de la libertad. El Dios que no impone nada, que da gratuitamente, el Dios del amor funda la libertad. En el amor, la libertad queda a salvo y atrae con más fuerza que todas las leyes morales juntas. Esta es la ley del Espíritu, de Dios en nosotros, de su fuerza y guía en nosotros.

Quien pone la ley en el primer plano no cree en la realidad y la presencia del Espíritu, no se deja guiar por él. Pablo tronaría lleno de pasión: Tan estúpidos sois? Empezásteis por el Espíritu para terminar ahora en la moral y la Ley? (Gálatas 3, 1-5).

c) Ser de casa.

Al final, el gran cambio que captamos detrás de estos textos es algo que recorre todo el Nuevo Testamento: el sentimiento y sensación de ser de casa. Un sentimiento de hijo. El asalariado, el que tiene alma de criado, no se siente de casa. Se le paga por estar y trabajar; se le imponen obligaciones y deberes; tiene que cumplir bien las tareas; debe ser diligente y bueno; tiene que merecer estar en esta casa; cuando no le conviene, rompe el contrato y se va; o cuando no cumple, no es buen criado, es despedido.

El que es de casa, sin embargo, sabe que todo lo del Padre es suyo; que nadie le va a expulsar de casa; que la hacienda es una responsabilidad propia, porque es nuestra.

En esta relación no hay temor; no hay búsqueda de una recompensa; no hay necesidad de ser perfectos para tener el amor de Dios.

En la relación filial, del que se siente de casa, prima la libertad. Se siente y palpa la libertad: eres hijo y eres dueño de todo, al mismo tiempo que responsable de todo. No es difícil comprender que Dios nos quiera adultos, capaces de caminar por nuestra cuenta, de disponer de nosotros y de la hacienda, de trabajar y de hacer fiesta, de gozar y de sacrificarse por las cosas de la casa.

El cristianismo auténtico, ya lo vemos, consiste en vivir siendo de casa.

3. Dios no impone nada.

Estamos ya preparados para ir entendiendo este mensaje realmente nuevo y llamativo: Dios no nos impone nada. Dios no manda, ni prohíbe, ni pone obstáculos o barreras a la libertad humana. Al contrario, quiere que seamos plenamente nosotros, total y auténticamente libres y dueños de nosotros mismos.

a) Libres, sí, pero...

Hay un modo de malentender y estropear el deseo de Dios de que seamos seres libres, plenamente libres. Es entenderlo como una libertad condicionada, como quien sale de la cárcel y durante el fin de semana es libre, pero debe volver a dar cuenta del empleo de su libertad. Este modo de entender la libertad que se cuele por las imágenes del ahora soy libre de hacer lo que quiera, pero luego Dios me pedirá cuentas, es una falsa libertad. Es una libertad a medias. La del perro que es atado en largo, se mueve y corre mejor, pero finalmente está y queda atado.

La libertad que Dios nos concede no es a medias; no está condicionada por la vuelta a él y el pasar por un juicio sumarísimo. Es una libertad real. Dios no impone nada. Somos nosotros los dueños, los que tenemos y disponemos de la libertad. Dios nos da la libertad y la tarea de ser libres de verdad, de hacernos libres. Esta es la verdadera aventura humana. Y en ella, como decíamos en capítulos anteriores, Dios es como el sostén y posibilitador de esa misma libertad. Pero sin poner condiciones ni sustituirnos, queriendo en serio que seamos verdaderamente libres. Dios es nuestro compañero en el camino de hacernos y ser libres. Su Espíritu es el Espíritu de la libertad, nuestro gran estimulador

b) Dios no quiere nada que no brote de mi libertad.

Tenemos que entender a Dios como el posibilitador de la libertad, y no como el impositor. Una manera de comprenderlo es reparar en la triste imagen que brota del Dios impositor. Detrás de la imagen del Dios que impone leyes y cargas, que obliga y desea el cumplimiento de normas, está una penosísima imagen de Dios. Dios se asemeja en este caso a un tiranuelo que, queramos o no, desea nuestro servilismo, la inclinación de nuestra cerviz, aunque sea en contra de nuestra voluntad. A esta caricatura de Dios le interesa doblegar nuestra voluntad más que atraerla. Según parece, desea a toda costa nuestro sometimiento y pleitesía, aunque sea a regañadientes y contra nuestra voluntad.

Este es un pobre Dios que no resiste la comparación ni con nosotros mismos. Nosotros somos mucho mejores y más exigentes: no deseamos, especialmente allí donde se juegan unas relaciones profundas, el sometimiento de nadie, sino su libre aceptación y donación. No deseamos comprar el amor de nadie, porque eso sabemos que no es amor, sino vil prostitución. Este Dios parece que merodea el mercado de la vileza y fuerza y exige que se le engañe y diga que se le quiere, cuando la realidad es que se le obedece por temor.

Dios no puede ser menor ni peor que nosotros. Dios no puede desear menos que lo que desea nuestro corazón en las cosas importantes y del amor. Dios no puede querer que le queramos a la fuerza. Dios no puede ser ningún tiranuelo que nos impone doblar el espinazo, aunque nuestro corazón y voluntad rechinen. Dios no quiere nada que no brote de nuestra libertad.

c) Exageraciones.

Nos vamos convenciendo, pero no del todo. En el fondo surge siempre una objeción que se niega a entender y que sospecha que estamos exagerando. Ya conocemos la famosa expresión de san Buenaventura: Dios es mejor que todo lo que podemos pensar. Pero no vale acudir a esta afirmación. Tenemos que razonar un poco más contra la sospecha de la exageración, siempre tan peligrosa, diríamos, en el campo de la libertad. Porque escuchamos, hasta de labios jóvenes, cuando hacemos este planteamiento: Esto es demasiado. Un Dios así, además, puede resultar muy peligroso en el momento actual, tan dado al abuso de la libertad. No sería mejor insistir un poco más en el temor de Dios? No nos fallará el temor, más que tanta insistencia en el amor y la libertad?

Graves cuestiones que no podemos despachar sin atender.

A la primera cuestión sobre la idea o imagen de Dios, en la cual, como vamos viendo, nos jugamos realmente algo tan importante como quién es el Dios de Jesucristo en quien creemos y que presentamos, tenemos que decir: no, no exageramos. Dios es el Dios de la libertad. Dios nos pide ser libres, ser a su imagen y semejanza. Dios quiere mi libertad plena. Dios quiere que sea dueño de mi vida. Es la única manera de que la pueda arriesgar y pueda amar de verdad. En la obligación y el temor no hay libertad ni verdadero amor. Solo quien es libre puede arriesgar y ganar o perder la vida. Tenía razón Nietzsche. Y la tenía más Jesús: quien no arriesga la vida, la pierde.

A lo segundo, acerca de si un exceso de libertad no es demasiado peligroso y debe ser atemperado por el temor, habría que responder: tomemos la libertad en serio; pensémosla en toda su longitud y profundidad.

Es verdad, una libertad mal entendida es peligrosa. Una libertad que no se toma en serio es un juego de adolescentes. Una libertad que no es verdadera libertad es un engaño. Y como hay mucho adolescente entre nosotros, lo mejor es poner límites, cortapisas, normas y obligaciones. Nos tememos que por este camino no salimos del proteccionismo ni alcanzamos la madurez. Ciertamente, los poderes e instituciones siempre recelan de la madurez de sus miembros; la tentación de las ataduras, de dejar todo atado y bien atado, es de las dictaduras y de toda institución proteccionista. Con tales medidas jamás se alcanza la adultez ni la libertad. Es verdad, la libertad no es fácil y tiene sus riesgos, pero sin ejercerla no se aprende ni se logra.

Incluso, podemos pensar con E Fromm, que nosotros mismos somos cómplices, en la mayoría de los casos, de las ataduras a la libertad. Tenemos miedo a la libertad. El grito nietzscheano que pedía hombres, hombres libres, se salda con el descubrimiento de la mediocridad humana y el deseo de seguir siendo hombres comunes, asalariados, mercantiles, consumistas de la moral y de la dependencia de turno. Ni el Evangelio de Jesús ni el Zarathustra parecen que encontraron una gran acogida. El miedo nos encoge y nos empuja hacia el rebaño.

La libertad humana es una tarea divina. Dios quiere que seamos dueños. Ser seres humanos equivale a ser libres y ejercer la libertad. En nombre de la educación se precisa, sin duda, una pedagogía de la libertad. A nadie se le ocurre dejar sin protección ni ayuda a un niño de tres años. Pero el proceso tiene que ir hacia la libertad. Y cuando se avista la madurez habrá que anunciar la gran buena nueva de que Dios mismo nos quiere libres; no quiere nuestra dependencia, sino nuestra libertad. Y no quiere nada que no brote de nuestra libertad. La religión de nuestro Dios es la religión de la libertad.

d) La responsabilidad.

A la libertad le corresponde la responsabilidad. Nadie que se dice libre es un irresponsable. Irresponsables son los seres sin libertad. La libertad conlleva el poder decir que yo pude haberme comportado de otro modo. La libertad lleva consigo la conciencia de cargar con la libertad, es decir, de reconocer mi equivocación y mi yerro. Por esta razón, la culpa es un acompañante de la responsabilidad y de la tarea de ser libre y de hacerme libre, es decir, de ser humano. Quizá detrás de las reticencias a propósito de la afirmación de que Dios nos quiere libres, dueños realmente de nosotros mismos, está el miedo a una libertad despojada de la responsabilidad. Una libertad así es una contradicción. La libertad se une estrechamente a la responsabilidad. Una no se entiende sin la otra.

En nuestro momento actual hay un canto a la moral de la autenticidad, que dice Ch. Taylor. Todo el mundo se dice libre y se quiere libre. Entiende por libertad sobre todo una concepción bastante individualista y hasta subjetiva de la libertad: mido la libertad desde la autenticidad conmigo mismo. Una suerte de coherencia interna, a menudo más sentida que pensada, más emocional que conscientemente meditada.

No debiéramos reaccionar precipitadamente y con rechazo con respecto a esta noción de libertad. Quizá tenga mucho de reacción ante el normativismo objetivo, externo, impositivo, de instituciones e Iglesias. De aquellos excesos, estos otros.

Tendríamos que desafiar a quien lo afirma a ser verdaderamente auténticos. La real autenticidad, el desafío a ser uno mismo con coherencia hasta el final, es griego y es cristiano, si se entiende bien. Y no tengamos miedo los padres y educadores: hay mucho miedo en el ser humano, en cada uno, a ser auténticos, a ser uno mismo. Nuestro miedo brota de no creer fácilmente en la ingenua autenticidad de los adolescentes y jóvenes. Los adultos ya hemos visto cómo la incoherencia anida en nuestras vidas. Esta experiencia nos ayuda a ser humildes y a pedir guía y orientación. Pero con frecuencia nos hace demasiado escépticos, incluso cínicos, respecto a la libertad. No creemos en la libertad; creemos, al final, más en la imposición y el temor.

Dios no es como nosotros. El Dios de Jesús confía en el ser humano. Cree en la libertad y capacidad de respuesta del ser humano. Dios es el primero que arriesga al crear un ser humano libre y entregarle el mundo en sus manos. El Dios amor que crea y ama gratis corre el riesgo de fracasar al confiar en libertades finitas. Podemos rechazar a Dios; podemos hacer fracasar su sueño, pero no podremos expulsarlo del mundo ni de la búsqueda persistente de una respuesta de nuestra libertad. Cuando nos encontremos con Dios, esta será la gran pregunta: Por qué creaste al ser humano? Por qué te fiaste de él?. Me imagino que su mirada nos lo dirá todo. La mirada amorosa de Dios, el Amor que confía y se fía del que quiere, es la gran respuesta del Dios creador y posibilitador de la libertad. Él tiene una idea mucho más grande del ser humano que nosotros. Él nos mira con cariño y nos dice hasta dónde participamos de su misterio y de su amor. Él cree en nosotros muchísimo más que el ser humano más idealista.

En definitiva, Dios no impone nada; se expone. Dios se la juega al crear y confiar en las libertades humanas.

4. De dónde vienen los mandamientos?

Las objeciones todavía no terminan. Si Dios no impone nada, entonces de dónde vienen los mandamientos? No fueron dados por Dios a Moisés? No fueron escritos en piedra para que no se borraran jamás del corazón y la mente de los humanos?

a) No son mandatos, sino descubrimientos de la conciencia humana.

Los mandamientos, las normas y prohibiciones no las impone Dios. Esta concepción es muy extrínseca o externalista. La moral, la ley, los mandamientos, son vistos como viniendo desde fuera. Da lo mismo que sea Dios el que los da e impone: vienen de Alguien situado fuera de nosotros y que dicta su voluntad sobre la nuestra. Es una imposición. De nuevo se trata de doblegar una voluntad a otra. En esta concepción no se supera el sometimiento a una voluntad que, aunque la escribiéramos con mayúsculas, no dejaría de ser externa, mayor, más grande y más impositiva, por tanto.

Este Dios que revela mandamientos, si lo seguimos entendiendo de esta manera, es una fuente de opresión. No nos libramos de la imposición y de una sensación de la moral como norma impuesta sobre nuestros hombros. Estamos ante el querer de otro sobre el nuestro. Una carga.

Tenemos que salir de esta ratonera. Y la única manera que existe es entendiendo que Dios no es fuente ni origen de mandato ni imposición alguna. Cómo entender entonces los mandamientos?

De una forma más humana y mejor: los mandamientos, como toda la moral, son descubrimientos humanos. Descubrimientos de la conciencia humana. Es decir, el ser humano, en su camino hacia la libertad y ejerciendo la libertad -acompañado siempre por Dios como su gran posibilitador-, va descubriendo lo que le hace ser él mismo. Y así va descubriendo que no es humano matar indiscriminadamente, ni devolver más mal que el que le han hecho a uno (ley del taitón), ni quitar nada al prójimo. Al revés, va dándose cuenta de que, en las relaciones humanas, la verdad, el respeto, la aceptación del otro, especialmente del débil, abandonado, pobre, extranjero, es una fuente de humanidad, es decir, de creación de una vida humana y una sociedad vivible. Y este descubrimiento o iluminación, hecho al paso humano de los siglos, lo vive el hombre como regalo, revelación de Dios mismo. Dios estaba diciéndole al corazón humano, mientras se esforzaba en descubrirlo, lo que es ser verdaderamente persona. La libertad auténtica precisa del ejercicio del reconocimiento del otro como otro yo.

H. Cohén, un filósofo judío alemán seguidor de Kant, pero que en sus últimos años reflexionó mucho sobre la tradición bíblica, dirá que la gran aportación del amor al prójimo, especialmente al extraño, al forastero -algo que no descubrió el mundo griego-, se apoya en el reconocimiento, revelación, del Dios uno (Lv 25, 33-34): Yo soy el Señor, vuestro Dios. Como dirá H Cohén, la idea prodigiosa del monoteísmo está estrechamente vinculada a la no menos prodigiosa del descubrimiento del ser humano como miembro de la humanidad. Si Dios es uno, la humanidad también es una y todo ser humano es digno de respeto y amor. No en vano, en la tradición bíblica, el piadoso (jasid) es el que ama. El que descubre y sabe esto, como dirá Jesús, no está lejos del Reino de Dios (Marcos 12, 28-34).

Si tomamos en serio la Biblia, no de una manera literalista e infantil, la revelación de los diez mandamientos y el amor al prójimo nos están comunicando, desde dentro de la conciencia, escrito más indeleblemente que en tablas de piedra, lo que Dios es y lo que Dios sueña sobre los hombres. No el odio ni la violencia sin motivo ni razón, sino el amor sin razón ni motivo. Para Cohén, y para cualquier creyente, aquí está lo decisivo de la moralidad humana. Y esta revelación prodigiosa es descubrimiento también de la conciencia humana.

De esta manera no hay imposición externa, sino maravilloso descubrimiento de lo que es ser verdaderamente humano. De ahí que la condición para ser libre y ejercer la libertad sea seguir los mandamientos, como indicación negativa de lo que descarría, encadena y no permite ser humanos. Si no se entienden así los mandamientos o cualquier mandato moral, serán mera imposición y carga externa y extraña contra mi voluntad.

b) Seguir la conciencia, hacer la propia voluntad: ser dueños.

Demos el paso final. Ahora se comprenderá mejor que seguir la regla de la propia conciencia es la gran indicación moral. La Iglesia siempre ha enseñado que, en último término, cada uno debe seguir su propia conciencia como la última norma moral. La razón ha quedado clara: ella expresa lo que somos; la manifestación de Dios a cada uno.

Seguir la propia conciencia será el modo de ser realmente nosotros mismos, auténticos y libres. Actuar contra la propia conciencia es actuar contra nosotros mismos, contra nuestro ser, donde anida lo más genuino de nuestra imagen y semejanza de Dios.

Qué es lo que querrá Dios de nosotros? Que seamos nosotros mismos; que seamos verdaderamente libres. Dios, como los verdaderos amantes, ya lo hemos dicho, no puede querer nada que no brote de nuestra libertad. Dios no puede querer una conciencia oprimida y seguir diciendo que quiere ser nuestro Padre, amigo o nuestro colaborador.

Enseguida se nos dirá que seguir la propia conciencia no es fácil. Y requiere una conciencia bien formada. No se trata de seguir cualquier arbitrariedad o ventolera que pase por nuestra imaginación. Cierto. Pero no lo es menos que, en último término, cada uno tiene que responder desde su conciencia, con su capacidad, lucidez y voluntad.

De ahí la llamada a ser dueños. Dios nos llama a ser verdaderamente libres. Esto es ser humano y ser creyentes. La tarea humana y divina se anudan. Somos realmente dueños? Esta es la tarea.

c) La voluntad de Dios es nuestra propia voluntad cuando actuamos en conciencia.

Una consecuencia más, y que libera mucho: la voluntad de Dios es nuestra propia voluntad cuando queremos y buscamos sinceramente, en conciencia.

Un hombre creyente, prudente e inteligente, procedente del mundo jurídico, me confesó que hasta que no escuchó y descubrió esta identificación de la voluntad de Dios con nuestra propia voluntad, cuando actuamos en conciencia, no había podido rezar el Padrenuestro, especialmente el *hágase tu voluntad*. Lucas parecía una imposición. Un misterioso querer de Dios que pesaba sobre nosotros como una losa. Qué quiere Dios de nosotros?Cuál es su voluntad?

Y la imaginación -de nuevo el problema de las imágenes- hace aparecer un Dios que manda desde fuera y tiene un secreto designio sobre cada uno de nosotros y que nosotros debemos aceptar con sumisión, inclinando la cabeza, la voluntad y el espinazo de nuestro ser. Un mal Dios, una mala imagen de Dios, muy usada por predicadores y gente piadosa. Menos mal que, alguna vez, aunque sea oscuramente, hay personas que dicen: Esto no puede ser. Aquí hay algo que no funciona. No puedo soportar a este Dios impositivo, que tiene secretos pensamientos sobre mí y que debo descubrir, aceptar y seguir sin rechistar.

No hay tal Dios. Dios quiere que yo quiera libremente, siendo yo mismo. Esa es su voluntad. Luego, si se quiere seguir usando la manida expresión de hacer la voluntad de Dios, entendamos así: la voluntad de Dios es mi propia voluntad, cuando quiero en conciencia. Este es el modo de entender justamente y sin tergiversaciones ni malas proyecciones sobre Dios el *hágase tu voluntad*. Y eso es lo que Jesús hizo en Getsemaní. Allí se nos narra su lucha interior, la de un hombre coherente con su misión, que ya no puede ante sí mismo, es decir, ante Dios, desdecirse, aunque su sensibilidad se rebelara ante lo que le venía encima. Jesús fue coherente e hizo su voluntad con toda seriedad y conciencia, y así cumplió la voluntad de Dios. Y muchos hombres y mujeres han tenido y tienen su Getsemaní y han deseado que pasara de ellos el cáliz que veían llegar, pero, a pesar de todo, no han cejado y han dicho: Que se haga tu voluntad, es decir, la mía, la que me hace ser yo mismo con toda sinceridad y coherencia de vida.

Descubro una vez más que Dios está en el fondo de mí mismo, de mi ser. No es exterior. Él sostiene mi vida y me hacer ser lo que soy, sin sustituirme. Y yo hago su voluntad al hacer la mía con coherencia.

5. La religión de la libertad.

Al final de este capítulo nos damos cuenta de que el Dios de Jesús es el Dios que nos quiere libres y nos llama a la libertad. Pensadores creyentes como Pedro Laín Entralgo verán en la libertad lo que más nos asemeja a Dios. La imagen y semejanza del hombre con Dios pasa por la libertad.

a) La llamada a la libertad.

Esta llamada a la libertad es nuestra tarea y misión. Tenemos que ser libres, hacernos libres y ayudar a que los demás sean libres. Y desde el Levítico esto es ser verdaderamente hombres y mujeres piadosos, es decir, que aman y respetan al otro porque es otro yo.

La moral es ahora una expresión de nuestro ser; una manifestación del amor. No es algo externo e impuesto desde fuera; es la expresión de Dios mismo a nuestra conciencia; la piedad y adoración de Dios uno que se hace reconocimiento del otro y de todos los otros, de la humanidad una. Si entendemos la moral como mandato externo, no estamos entendiendo nada. Viviremos todavía atados a la ley y las cadenas. Y Dios será una barrera, un obstáculo, una imposición que, desde luego, es necesario liquidar para ser nosotros mismos. El Dios contrincante del hombre es el Dios que impone una ley exterior. Si, por el contrario, los mandamientos y la ley son los indicadores y guías de un camino de libertad, los que señalan dónde están los baches y peligros contra la libertad, entonces estaremos en la senda de los hombres libres. Y de la religión de la libertad.

Esta religión, esta relación con Dios, es profundamente humana y liberadora. Nos hace libres y pide libertad. Esta religión no acepta dueños ni tiranos, ni imposiciones ni leyes, ni voluntades externas. Adorará a un solo Dios, es el grito bíblico contra toda tiranía, incluidas las más sutiles y peligrosas, las creadas desde la misma religión, que atan y encadenan en nombre de Dios. El Dios uno es nuestro único Absoluto, y él no quiere cadenas ni encadena a nadie. Es el Dios que crea y genera libertad.

Si el contacto con Dios no nos hace más libres es que tenemos un Dios falso. Si nuestra religión no proporciona más y mejor libertad, es una falsa religión, aunque se diga de Jesús.

La religión cristiana, o es liberadora o no es verdaderamente cristiana.

b) Ser dueño.

La gran tarea del cristiano es ser dueño. Se trata de ser nosotros mismos desde Dios y ante todos los hombres. Es una tarea profundamente humana.

Señala una espiritualidad que hace honor a la marca divina de la libertad. No debemos dejarnos esclavizar por nada ni por nadie. Somos libres, debe ser el gran grito cristiano. Para eso nos liberó el Mesías, habrá que corear con Pablo. No se trata de un anarquismo individualista, sino de una llamada profunda a no doblegar la libertad, nuestro ser, ante nadie y hacer del ejercicio de nuestra libertad una canción de alabanza a Dios.

En honor a nuestra imagen divina, no debemos aceptar nada que no brote de nuestra conciencia. Seremos buscadores, preguntaremos, interrogaremos, nos formaremos, solicitaremos consejo, pero finalmente mi voluntad se debe adherir a lo que mi conciencia me dicte. No seré preso de las modas ni de qué dirán; no me supeditaré a la opinión que otros tengan de mí ni a lo que se espera que opine, haga o defienda. Seré yo, sin arrogancia ni falsa humildad. Eso es lo que Dios quiere de mí.

Y en razón de esta libertad buscada y defendida seré un creador de libertad y de actitudes libres. No buscaré la aceptación sin más de los otros, sino la asunción consciente y libre de su pensamiento y voluntad. Y esto vale para la misma fe: no será aceptación ciega, sino adhesión razonable y libre. Trataré de que todo mi ser acepte la plausibilidad de lo que creo. Expondré y propondré mis convicciones, por ello estaré dispuesto a dar razón de mi esperanza (1 Pedro 3, 15).

No aceptaré imposiciones y tampoco impondré nada a nadie. Rechazaré enérgicamente los fundamentalismos y exclusivismos, las convicciones ciegas, las posiciones dogmáticas y cerradas, todo lo que genere una atmósfera de cierre del pensamiento y de asfixia de la conciencia. La religión del Dios de la libertad tiene que ser generadora de espíritus libres, adultos y maduros.

6. Hacia el Dios de la libertad que hace dueños.

Con el fin de resumir en algunas expresiones la centralidad del mensaje que hemos querido comunicar en este capítulo, y que vayamos forjando una imagen del Dios de la libertad, propongo estas expresiones:

- Dios no impone, se expone. Pasar de la imagen de un Dios que manda, prohíbe, impone, al Dios que propone desde el interior de la conciencia y, por tanto, se expone a ser rechazo por la libertad humana.

Dios no quiere nada que no brote de nuestra libertad.

Lo que más me asemeja a Dios es la libertad.

- La voluntad de Dios es mi propia voluntad cuando decido en conciencia.

Sé dueño! El grito de la llamada cristiana a la libertad.

La religión cristiana es una religión de la libertad.

La gran tarea del cristiano es ser dueño.

5. Del Dios externo al Dios que nos rodea.

Colocar a Dios fuera de nosotros es otra imagen muy habitual de muchos creyentes. Dios está allá, lejos y fuera, distante y externo a nosotros. Este extrinsecismo o externismo de la figura de Dios tiene graves consecuencias para la relación con Dios. Permanece alejado y fuera de nosotros. De vez en cuando entramos en contacto con él por medio de personas, lugares, cosas, ritos, oraciones, que tienen un carácter sagrado. Pero Dios mismo está y aparece lejos. La consecuencia es que se vive distanciado de Dios y de todo lo que tiene que ver con él o, todo lo más, con contactos puntuales con él.

La espiritualidad cambia mucho si Dios se viviera como el que nos envuelve y penetra, como la intimidad más íntima a nosotros mismos. Y conceptos un poco más difíciles como el de revelación o comunicación de Dios, que manejamos mucho, aun sin saberlo, se entenderían de una manera muy distinta.

Este capítulo es muy importante porque de nuevo en él se juega mucho de una representación adecuada y madura de Dios.

1. El largo camino del Dios externo.

Hay un gesto que se repite: cuando nombramos a Dios, muchos creyentes se vuelven hacia un arriba y un fuera. Dios está en los cielos. Y lo que era una frase para evitar nombrar el sacrosanto nombre de Dios se ha degradado hasta señalar un lugar externo, lejano y desconocido en el firmamento. Y lo que era y es un símbolo muy sugestivo que apunta hacia la trascendencia de lo divino, es decir, un más allá de todo, se transforma en un vulgar señalar una vaga indicación entre las nubes.

Después viene Yuri Gagarin, el astronauta ruso, y toma literalmente la expresión y dice con orgullo tecnológico no exento de simpleza que no ha encontrado a Dios por ahí arriba.

Y sigue habiendo una catequesis y pastoral que usa y abusa de la indicación espacial en un sentido, si no localista y vulgar, sí de representar a Dios estando fuera de nosotros. No es extraño que algún humorista gráfico de periódico de gran tirada recurra persistentemente a la imagen de Dios como alguien, el gran ojo vigilante del universo, encerrado en el triángulo trinitario, que planea sobre el mundo, fuera de él, como el policía externo que observa a los hombrecitos sobre la faz de la tierra.

Esta imagen es muy negativa. Coloca a Dios fuera del mundo, externo a los seres humanos; alejado de ellos, además de observador, vigilante y policía del mundo. Con esta imagen de Dios persiste la amenaza y tenemos a un Dios alejado, por encima del mundo, fuera de nuestra realidad mundana, muy soberano, pero muy poco implicado en las cosas humanas, que mira desde lejos.

Este Dios distanciado y que distancia, externo y que se acerca en algunos momentos especiales de la vida, impone un tipo de trato: el de un señor, muy aristocrático, que hay que saludar a distancia, con guantes blancos muy finos y delicados. No es un Dios de trato diario y normal, sino para ocasiones festivas.

a) Algunas consecuencias.

En la oración, este Dios situado fuera, nos pide dirigirnos a Alguien lejano, importante, que además de respeto exige que atraigamos su atención. Será una oración que busque hacerse oír. El esfuerzo principal parece que estará orientado a lograr captar la atención de este Dios alejado.

Consecuentemente, la relación con Dios será de quien va a hacer una visita importante. Voy a hablar con Dios. Y, frecuentemente, en el templo, en los sacramentos, en la visita al Santísimo. En este momento recuerdo a Dios y me encuentro con él. En el resto de los momentos de mi existencia, Dios corre el peligro de permanecer fuera, exterior a mi vida. Incluso, cuando mirando desde el lado de Dios se dice que me visita, viene a mí, etc., parecería que lo hace desde lejos, desde fuera, y entra en mí. Una forma de hablar, sin duda, que refleja este imaginario del viene, llega, se va, que sugiere que antes no estaba y ahora sí.

En el fondo de este imaginario acerca de Dios se detecta una concepción objetivista de lo sagrado. Es decir, Dios aparece localizado, aunque sea vagamente, como fuera de mí, del mundo, de la vida. O bien, puntual y precisamente localizado en determinados lugares, generalmente sagrados: templos, sagrario, copón; en determinados momentos o tiempos: el domingo, las fiestas, la Semana Santa, Navidad, la misa.

Debemos corregir esta imagen de Dios. Y ya que de imaginario se trata, tenemos que meterlo dentro de nuestra vida y en el centro de nuestra existencia.

Tenemos que vernos envueltos y abrazados por Dios desde la raíz de nuestra existencia. Volvemos a encontrarnos por este camino con algunas ideas ya enunciadas que aparecen ahora desde un punto de vista más de la relación con Dios o de la espiritualidad.

2. Dios dentro de mí y de todo.

La imagen del Dios dentro de nosotros y de toda la realidad encuentra en el Nuevo Testamento representaciones muy cualificadas. Nos vamos a referir brevemente a dos lugares señeros donde esta representación alcanza un énfasis especial.

a) En él vivimos, nos movemos y existimos.

En primer lugar podemos citar al Pablo presentado por Lucas en los Hechos de los Apóstoles. El pasaje de Hechos de los apóstoles 17, 28 es bien conocido. El contexto en que se sitúa también: Pablo, el apóstol al que le exasperaba el ánimo ver la ciudad [de Atenas] poblada de ídolos, se ponía a discutir no solo en la sinagoga, sino en la plaza mayor con los que acertaban a pasar. Se nos indica que incluso algunos filósofos epicúreos y estoicos se pusieron a debatir con él. De esta manera, Pablo adquirió notoriedad. Y entonces se lo llevaron al Areópago, que era tanto como decir la plaza mayor donde los atenienses debatían las cuestiones importantes y todo lo que les llamaba la atención.

Pablo adopta una postura retórica y, para precisar de lo que habla, hace una observación que hoy diríamos de sensibilidad intercultural: Atenienses, en cada detalle observo que sois extremadamente religiosos. Porque paseándome y fijándome en vuestros monumentos sagrados encontré incluso un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido.

Tras este planteamiento y acercamiento, que quiere captar la benevolencia de los oyentes, Pablo hace un anuncio llamativo: Pues eso que veneráis sin conocerlo es precisamente lo que yo os anuncio. Y a continuación viene una declaración que es todo un modo de presentar y entender a Dios que podía ser participado por sus oyentes, especialmente los estoicos: 1) la unicidad del Dios creador: El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene; 2) la autonomía divina;

la procedencia de todos los hombres de un mismo linaje;

el gobierno del mundo y de la historia: El que a todos da la vida y el aliento y todo; 5) que quiere que le busquen y le encuentren: A ver si, al menos a tientas, lo encontraban. Finalmente añade una famosa afirmación que supone un cambio mental e imaginativo respecto al Dios externista o situado fuera: Después de todo, no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos.

El Dios que nos presenta Pablo no está fuera ni alejado. Nos envuelve. Dios es el gran Envoltente. Antes de que lo dijera K Jaspers, ya Pablo -y tantos místicos de todas las religiones- lo han captado: no vivimos fuera de Dios; nos incluye y abraza. Dios no está lejano, sino que se despliega por todo lo existente. Todo está atravesado, transido por esta Realidad que contiene y sostiene todo lo existente.

Cabe visualizar una imagen diferente de la del ojo en el centro del triángulo observando desde fuera a los seres humanos: la de un mundo y universo entero en Dios, abrazado por él, penetrado enteramente por él. Con todas las imperfecciones que conlleva cualquier representación de lo divino, esta hace más justicia a lo que Pablo y la experiencia de todos los hombres profundamente religiosos han tenido: Dios no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos.

Este Dios que nos presenta Pablo es de nuestra familia. Mejor, somos estirpe suya, dirá citando a un poeta griego del siglo m a C llamado Arato. Ser de la estirpe o familia de Dios quiere decir que somos de algún modo divinos, imágenes de Dios, se dirá en tono del Primer Testamento, hijos, en expresión del Segundo. Nada de extraño que los místicos cristianos, como Ángelus Silesius, diga que se siente totalmente divinizado con él.

Y aprovechemos para recordar y recuperar desde esta perspectiva lo dicho anteriormente acerca del modo de presencia de Dios en el mundo: Dios no está al modo de los objetos, situado aquí o allá; Dios no se acerca o se asoma de vez en cuando al escenario del mundo; Dios está permanentemente unido a todo lo existente, mejor, todo lo existente vive y permanece en él. Dios no viene y se va. Nosotros estamos arraigados en Dios, es el fundamento de todo. De ahí la hermosa intuición del filósofo XABIER Zubiri: estamos re-ligados. El ser humano es un ser que tiene ligaduras, vínculos, ataduras, nada menos que con el fondo radical de la existencia, que llamamos Dios (frente a la concepción de M Heidegger de que más bien estamos arrojados a la existencia). Vinculados radical y constitutivamente con Dios. Por esta razón puede decir hermosamente Zubiri que el hombre no necesita llegar a Dios. El hombre consiste en estar viniendo de Dios y, por tanto, siendo en él. De una forma más religiosa, mística, nos lo había dicho hace veinte siglos Pablo de Tarso.

b) El Espíritu: Dios en nosotros.

El segundo texto al que queremos hacer referencia es de Juan. Se sitúa en el famoso discurso de despedida que Juan sitúa tras la última cena (Juan 14-17). El evangelista, valiéndose de que Jesús se está despidiendo, les trata de comunicar a sus discípulos que nos los dejará solos. Les dará un protector, un valedor, un abogado, un defensor, un acompañante permanente: El Espíritu de la verdad, el que el mundo no puede recibir porque no lo percibe ni lo conoce. Y a continuación hace una afirmación grandiosa y sorprendente: Vosotros lo reconocéis porque vive con vosotros y además estará con vosotros. Otras traducciones, como la Biblia de Jerusalén, vierten: Porque mora con vosotros y está [o estará] en vosotros.

No estamos solos, no estaremos nunca solos. Dios mora en nosotros y está (o estará) con nosotros. Es la consecuencia de vernos en Dios, abrazados y penetrados por Dios. Dios nos habita. Es decir, una imagen más para nuestra representación de Dios -aunque todas sean insuficientes y necesitadas de corrección-, Dios no está fuera, sino dentro de nosotros; vive, mora en nosotros. Y esta experiencia de Dios habitando y poseyéndonos desde dentro lo denomina Juan el Espíritu (Santo).

El evangelista Juan, y también los sinópticos en sus afirmaciones pascuales, nos aseguran la presencia del Espíritu del Padre y de Jesús. Y, en el fondo, se percibe una situación no restringida solo a los cristianos, sino generalizable a todo ser humano y a toda la creación: el Espíritu de Dios, Dios en nosotros, mora y vive en nosotros. Y de nuevo Pablo (Romanos 8) nos presenta el Espíritu habitando en nosotros y pugnando por manifestarse en nosotros y en toda la creación.

3. Algunas reflexiones sobre el Dios dentro.

En este proceso de cambio de nuestro imaginario no basta cambiar meramente de imagen de Dios. No se trata únicamente de sustituir al Dios de fuera por un Dios de dentro. Ya vamos repitiendo que toda imagen de Dios tiene mucho de imperfecto e inadecuado. Es decir, lo que importa es captar tras la corrección de la imagen de Dios el dinamismo hacia donde tiende o apunta la corrección, más que cambiar solo de imagen. Quien cambia de imagen pero no capta el porqué de este cambio enseguida volverá a hacer un fetiche con la nueva representación. Lo importante es captar el hacia dónde va el cambio de imagen.

Una vez dicho esto, veamos algunas de las implicaciones o consecuencias que conlleva la nueva imagen de Dios. Así nos daremos cuenta de las ganancias que nos vienen con el cambio y también de algunos peligros que siempre laten en toda representación de Dios.

a) La recuperación del Espíritu Santo.

Dios no está fuera de nosotros, mora y está en nosotros. Decíamos hace un momento que la tradición del Nuevo Testamento denomina Espíritu (Santo), Espíritu de Jesús y del Padre, a esta experiencia de los primeros cristianos. Me parece muy importante que caigamos en la cuenta de que el Dios que no está lejos de nosotros, que vive y mora en nosotros, que nos acompaña siempre y será siempre nuestro gran acompañante, es llamado el Espíritu.

Diríamos con palabras que circulan hoy por nuestro mundo religioso y de espiritualidad variopinta: la Energía, la Vida, el Impulso que anima a todo y a todos, es el Espíritu de Dios. Y ha sido muy bien visto por Juan y Pablo que este Espíritu de Dios, de Jesús y el Padre, es nuestro gran Valedor, Abogado, Acompañante, Consolador. O dicho con signos: es fuego, llama, luz, viento, brisa. Llena de fuerza unas veces nuestro corazón, y otras lo consuela y sostiene; lo calienta y enciende unas veces, y otras lo abre y lo dispone a la comunicación, la escucha o la recepción. Es una Presencia real para el creyente, invisible y ausente para el no creyente o duro de oído espiritual.

En suma, el Dios que está dentro y no fuera, que recorre toda la realidad y a todo ser, que nos abraza por dentro y por fuera, lo denominamos Espíritu Santo. Nada, por tanto, hay fuera de Dios; nada ocurre fuera de Dios. Nunca estamos lejos ni fuera, sino siempre delante, en él, con él.

b) Lucas habla a nuestro espíritu.

Cuando decimos que Dios está dentro y no fuera, qué decimos en realidad? Hablamos de interioridad, pero no solo. Sería un nuevo empobrecimiento ganar la interioridad humana y despojar a Dios de una presencia en el mundo, por ejemplo. La metáfora del dentro quiere evitar, como hemos dicho, el peligro de la exterioridad y alejamiento de Dios, pero no quiere encapsular a Dios en la subjetividad o interioridad. Con Pablo ya veíamos que la metáfora del dentro significa, en primer lugar, un estar y ser en Dios. Estamos penetrados por él, por dentro y por fuera. Dios es la realidad que nos envuelve y nos penetra, nos sostiene y nos impulsa. Toda nuestra vida se desarrolla en Dios.

Incluso podemos vislumbrar un poco más la riqueza de lo que se sugiere con la metáfora en Dios a partir de la experiencia creyente de que es el Espíritu quien nos permite gritar: Abbá, Padre! (Romanos 8, 15). El Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos sin palabras (Romanos 8, 26). El creyente Pablo nos dice algo muy profundo y consolador: debemos caer en la cuenta de que el primer movimiento de búsqueda es del Espíritu; cuando nos movemos hacia Dios, lo más fascinante es que, en lo más profundo, el creyente descubre que ya ha sido encontrado, movido por el Espíritu Santo. Cuando oramos, o cuando nuestro corazón se mueve hacia Dios de cualquiera manera que sea, ese movimiento ya indica que Dios está (o estaba) ahí, en nosotros, por medio del Espíritu. Sin sustituirnos nunca, habrá que añadir; sin quitar un ápice de nuestra libertad. Pero ya en nuestro primer movimiento hacia Dios está él. No hay sustitución alguna, solo que el creyente lo expresa como anticipación y regalo del Espíritu de Dios en nosotros y en todo.

Nada tiene de extraño que esta vivencia se exprese también como pertenencia a su familia, a su estirpe, como deificación: Recibísteis un Espíritu que os hace hijos (Romanos 8, 15).

c) Intimidad y trascendencia.

La presencia de Dios es tan penetrante que habita lo más recóndito de nuestra intimidad. San Agustín lo experimentó y lo expresó magistralmente cuando dijo que la presencia de Dios era más íntima que nuestra propia intimidad (intimior intimo meo). Pero a continuación expresó también que esta inhabitación de Dios en lo más profundo de nosotros mismos no era un modo de poseer o apresar a Dios en nosotros. Su libertad es máxima. La experiencia del creyente es que, cuando tratamos de retener o apresar a Dios, se nos escurre y lo perdemos. De ahí que la experiencia creyente diga, como señalaba a continuación san Agustín, que Dios era superior o más trascendente que todo lo que poseo (superior summo meo).

Intimidad y trascendencia son, por tanto, las dos caras que hay que mantener cuando hablamos de la presencia o inhabitación de Dios en nosotros y en toda la realidad.

En la vida espiritual se suele decir esto mismo cuando se orienta hacia un abandono o desasimiento: no tanto poseer a Dios cuanto dejarse poseer; no valorar tanto lo que yo busco o amo a Dios cuanto lo que él me busca, me ama. La vida espiritual consiste en una hermosa pasividad que es muy activa y difícil: dejarse amar, apresar por Dios. Es lo que en realidad significa el ofrecerse o abandonarse a Dios. Un descentramiento del yo, para que el Espíritu de Dios nos invada por entero.

d) El embarazo divino.

Sería demasiado poco acentuar la presencia de Dios habitando al ser humano. Dios habita toda la realidad mediante su Espíritu. De ahí que las expresiones que lo denominan Energía, Vida, Impulso, metáforas tomadas del mundo físico o biológico, convengan al Espíritu.

Sugieren una presencia dinamizadora en toda la realidad. Ayuda a entender la creación de Dios como un proceso continuo; algo que persiste y continúa en nuestros días. Dios, para el creyente, no solo es el que puso en marcha el primer momento de la creación, tal como hoy los físicos nos lo describen a través de la teoría del Big Bang, sino que, prosiguiendo la visión de un cosmos en dinamismo evolutivo, se puede llegar a concebir este mundo material como dinamismo. Hoy, al creyente y al no creyente le maravilla el fino ajuste del universo, la cantidad de accidentes numéricos que parecen haberse puesto de acuerdo para hacer habitable el universo, en feliz expresión de F Dyson. La enormidad de tiempo exigido (10.000 millones de años) que se tiene que dar para que, al menos en un planeta, se den las condiciones que preparan la aparición de la vida del carbono. Y, posteriormente, la serie de exploraciones y selecciones, saltos, azar y necesidad, que la aparición de la vida y de la vida pensante requiere.

Como dice alguna formulación del llamado principio antrópico, todo parece como si la evolución estuviera esperando la aparición del hombre.

Esta visión tan extraordinaria, que induce a pensar en una creación que se hace a sí misma, donde Dios es para el creyente el secreto impulsor de este proceso, sin embargo tiene su contrapartida en la miseria moral que la vida de los humanos presenta. Nuestro mundo ofrece una imagen de desigualdad, miseria, injusticia, víctimas, sufrimiento gratuito y evitable, que da que pensar a muchos de nuestros contemporáneos si este mundo no es un mal sueño.

Ahora bien, quién puede sopesar las ventajas o desventajas, el mayor peso de la miseria frente al amor, para juzgar digna o indigna esta creación? Solo Dios.

Con todo, en Pablo tenemos una sugerencia o visión mística sobre este mundo que nos puede proporcionar el modo en que el creyente puede mirar hacia este proceso. Pablo (Romanos 8, 18s) no deja de advertir la miseria de este mundo. Y ve la humanidad como en proceso y marcha, oteando impaciente, aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios. Esta humanidad abraza una esperanza. Las víctimas, lo fracasado, lo no logrado, postula, pide colmar ese vacío: Verse liberada de la esclavitud de la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios (Romanos 8, 21).

Esta situación de la humanidad se le asemeja a san Pablo a la de una parturienta: está gimiendo con los dolores del parto. Es un gemido universal. Incluso los que poseemos el Espíritu gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos (Romanos 8, 23).

No es osado decir que Pablo nos sugiere ver la humanidad, el universo entero, como embarazado de Dios. En unos Ejercicios espirituales, un participante, ante este texto, tuvo la intuición para decírnoslo. Dios está embarazado del mundo, su creación. Dios es como el vientre materno en el que nacemos, nos nutrimos, nos vamos haciendo nosotros mismos, seres independientes y libres, humanidad realmente humana. El mundo quiere ser lo que está llamado a ser. Quiere desembocar en la plenitud de Dios, ser alumbrado en Dios y para Dios. Mientras tanto, estamos gimiendo en los dolores del parto. Quién es la gran partera de este embarazo? El Espíritu de Dios. Él nos acompaña, asiste, anima, quien nos impulsa a realizar la esperanza.

Esta hermosa imagen de un Dios que lleva en su seno a la humanidad y al universo entero y que quiere que llegue a la plenitud en Él mismo es una visión atrevida y consoladora. Nos ayuda asimismo a representar la presencia activa del Espíritu en el mundo, fermentando toda la masa, incluso desde su fracaso; sacando, como diría W Benjamín, fuerza de la débil esperanza de las víctimas de la historia; no permitiendo que caiga en el olvido nada de los sueños truncados de los seres humanos. En la historia no hay garantía de que este final sea feliz, pero en Dios sí que podemos asegurar que nada verdaderamente humano se perderá. El Espíritu de Dios es el garante de que las esperanzas de realización humana no serán frustradas definitivamente. El Espíritu de Jesús y el Padre las aseguran.

Y se nos invita a dirigir una mirada sobre el dinamismo de fondo de nuestro mundo. Ver en él, en los acontecimientos sociales, políticos y culturales, la presencia dinamizadora del Espíritu. Todo tiempo histórico conoce esta presencia. Hay que estar atento a ella. Actúa en el dinamismo de todo lo humano. No como una presencia o una fuerza al lado de o al margen, sino, como venimos diciendo, dentro de la misma realidad, sin sustituirla o manipularla nunca. A esto lo ha llamado la teología del Vaticano II signos de los tiempos.

La secreta presencia del Espíritu viva y actuante en todo lo humano, en todas las búsquedas dentro de la inevitable ambigüedad de la historia. Por esta razón exige atención por parte del creyente, discernimiento, ojos y percepción fina acerca de la presencia del Espíritu de Dios en las mismas pugnas u oteo impaciente de los hombres.

Toda una visión de Dios en el mundo y en nosotros que lleva consigo una actitud espiritual de mística encarnada, de presencia atenta, activa y transformadora en el mundo.

4. La revelación de Dios desde dentro.

Tenemos que dar el último paso importante. Si Dios es el secreto dinamismo de todo lo existente; si siempre estamos en Dios; si Dios está íntimamente ligado (religación) al ser humano, entonces tenemos que cambiar nuestra idea de revelación o comunicación de Dios al hombre.

De nuevo tenemos que evitar imaginar una separación entre Dios y el hombre: aquí, el hombre; allá, fuera y arriba, Dios. Tenemos que corregir la concepción, muy extendida, de la revelación como una serie de intervenciones de Dios desde allá fuera y arriba.

Esta idea de la revelación, con este trasfondo imaginativo, como muy bien dice A Torres Queiruga, lleva consigo una concepción extrínseca, milagrosa y aislada de la comunicación de Dios. Parecería, como dice Zubiri, que revelación quiere decir hablar de Dios al dictado interno y solemne. Más bien hay que entender una manifestación de Dios a un ser humano implantado en Dios. Una presencia real y efectiva de Dios como realidad personal en el fondo de toda persona. Todo muy normal dentro de su enorme profundidad.

Dios es una presencia que nos envuelve. No podemos menos que pensarla como personal. Está íntimamente ligada a nosotros, como una presencia activa en el fondo de nosotros mismos. Este Dios amor desea comunicarse lo más intensamente y a todos los hombres (1 Timoteo 2, 4). Cómo se produce esta comunicación o revelación de Dios a nosotros? La respuesta más coherente es: a través de esa presencia de Dios activa en toda la realidad y en todo hombre. Manifestación de la realidad divina en el fondo del espíritu humano, dirá un filósofo como XABIER Zubiri.

La consecuencia, muy importante, es que Dios se está manifestando o revelando siempre, a todo hombre y en todo momento de la historia y en todas las formas históricas. Y se manifiesta o revela al paso humano, es decir, según la situación histórica, cultural, social y personal concreta de cada ser humano. Se revela desde dentro, desde y en las mismas búsquedas y esfuerzos, pesquisas e intuiciones humanas. Ahí mismo el ser humano recibe la manifestación o comunicación de Dios. El creyente lo podrá atribuir a Dios y el no creyente al mismo ser humano. Siempre con la extraordinaria discreción de una presencia divina que no se impone por la fuerza.

De nuevo habrá que insistir siempre que la discreción divina lleva a comprender la revelación sin violentar nada; los saltos, novedades o pluses de la revelación los percibe el creyente como don y regalo, al mismo tiempo que como resultado de su esfuerzo racional y humano, de su búsqueda o de sus dotes. Nadie puede decir o asegurar que le ha hablado Dios, y todos lo pueden decir.

Hay que imaginar, por tanto, a un Dios amor que está tratando paciente, persistente y amorosamente por aprovechar todas las ocasiones y resquicios que le deja el ser humano para comunicarse con él, para abrirle los ojos, el entendimiento y la disposición a su Amor. Sin violentar nada, sin sustituirle nunca, con el máximo de respeto y de cariño. Presencia interior de mis búsquedas, preocupaciones, inquietudes, dolores y gozos; y así en toda la realidad y en todas las vidas, todas las búsquedas, todas las inquietudes.

Comunicación o manifestación por el camino del amor, la oferta, el respeto a la libertad, la exposición amorosa de sí mismo, jamás la imposición. Camino del amor, no del poder.

Ahora se comprenderá mejor lo que afirmábamos en el capítulo anterior: Dios no impone nada desde fuera, ni mandamientos ni prescripciones morales de ningún género. Todo surge desde dentro, como fruto de esa comunicación de Dios a nuestro espíritu, que acontece en la misma búsqueda humana. De ahí que la revelación no sea algo que se acepte por obediencia a una autoridad -algo extrínseco- ni porque se lo dijo Dios a Isaías o a Jesús, sino como convencimiento personal, libre, de que así son y deben ser, por tanto, las cosas, es decir, lo que nos humaniza y hace libres.

a) Revelación en todas las religiones.

Otra consecuencia importante que sacarán pensadores como XABIER Zubiri es que: En toda religión está en una u otra forma Dios siempre revelado o manifiesto de alguna manera. En todas las religiones hay verdad religiosa, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Esta afirmación está avalada por el Concilio Vaticano II en su Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas (n. 2). Claro que no todas son iguales. Hay diversos grados de viabilidad y desarrollo histórico y de verdad. Y nadie posee totalmente el misterio de Dios, ni siquiera el catolicismo. Todos apuntamos hacia el Misterio, aunque nosotros digamos que hay algo, como gustaba decir K Rahner, de irrebasable en el hecho Jesucristo. Por esta razón, el Concilio Vaticano II nos insta a ser respetuosos con las demás tradiciones religiosas, e incluso a reconocer, guardar y promover aquellos bienes espirituales y morales que hay en ellas. Se comprende que el cristianismo haya promovido un encuentro y diálogo entre las religiones. Se dice que esta es la tarea de este siglo que estrenamos. Estamos ante el inicio de una aventura que promete ser larga, nada fácil y llena de frutos. Uno de ellos será, sin duda, el reconocimiento mutuo de las riquezas que alberga cada tradición, y también sus limitaciones. Vislumbramos ya que este diálogo interreligioso producirá una relativización de nuestras imágenes sobre Dios y un enriquecimiento: nos abriremos a nuevas formas de comprensión. Una ampliación de nuestro horizonte ante el misterio de Dios. Percibiremos más claramente nuestros balbuceos ante él.

5. Orar es estar.

Se comprenderá también cómo desde esta concepción de Dios cambia nuestro modo de relacionarnos con él. Especialmente la oración aparece de una forma muy distinta y mucho más profunda.

Si Dios no está fuera, sino dentro de nosotros y abrazando y penetrando amorosamente toda la realidad, la oración cambia mucho. No se tratará de hablar con Alguien ahí afuera, lejano, sino en abrirme, estar atento y escuchar. O, sencillamente, estar con esa Presencia amorosa que me habita.

Santa Teresa decía que somos un castillo habitado. Esto es lo que dice Juan, somos su morada. Y debemos vivir con este morador permanente que nos acompaña.

Más aún, debemos recordar lo dicho por Pablo, y, cuando vamos a orar, alegrarnos y hasta saltar de alegría, porque Dios ya está ahí y nos ha buscado. Tenemos ganas de ir a él, porque ya antes su Espíritu nos está buscando.

La oración consiste fundamentalmente en abrirse a esa presencia amorosa que está en nosotros. Aceptarla. Más que hablar nosotros, debiéramos callar, guardar silencio, estar atentos y a la escucha. Más que decir muchas palabras, como nos dice Jesús, acoger cuidadosamente, con cariño, su inhabitación en nosotros.

Y recordemos que, cuando hayamos dicho la primera palabra o lata el primer sentimiento, el Espíritu de Dios ya estaba ahí. Él tiene muchas más ganas de estar conmigo que yo. Él me busca más que yo a él. En definitiva, él me ama mucho más que yo a él.

Por tanto, como dicen tantos maestros espirituales de ayer y hoy, la oración es un asunto de abrirse suavemente, de estar atentos a esa presencia suya en mí y en toda la realidad. Incluso es mejor decir que me dejo encontrar y abrazar por él.

Al final, la oración es asunto de saber que él está y vive en nosotros. Y de estar, simplemente estar, con Aquel que sabemos que nos quiere.

La siguiente oración de Patxi Loidi lo sugiere muy bien:

Tú, que manas dentro de mí

como una fuente que no nace de mí,

pero que me moja y me riega.

Tú, que brillas dentro de mí como una luz que yo no enciendo, pero que me ilumina mi sala de estar.

Tú, que amas dentro de mí

como una llama que no es mi hoguera,

pero que pone fuego en todo mi ser.

Tú, silencio íntimo,

que no hablas,

pero que sin palabras

pones en mi vida la palabra

que da vida al mundo.

Tú, confidente invisible,

diálogo,

compañía permanente,

que me sacas del anonimato de las cosas

y me haces ser yo.

6. Para cambiar la imagen de Dios.

Al final de este capítulo proponemos a modo de síntesis y de recordatorio algunas expresiones que nos pueden ayudar en esta gran tarea, interminable, de ayudar a tener una imagen más presentable de Dios.

- Dios vive dentro de mí y de toda la realidad.

Vivimos siempre en Dios. Una presencia divina que nos envuelve. Presencia latente, discreta, oculta, que tiene que hacerse realidad experimentada.

En él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos de los apóstoles 17, 28), debemos repetirlo mucho y que nos impregne hasta que sea una experiencia vivida.

El Espíritu de Dios mora y está en nosotros (Juan 14, 17). Somos habitáculo divino. Dios habita, in-habita en nosotros. La revelación no un dictado interno y solemne. Dios se manifiesta en nosotros al paso humano: pacientemente, persistentemente, usando todas las oportunidades que le damos para comunicarse con nosotros en el amor.

Dios se está revelando siempre a todo hombre y a todos los hombres.

Todas las religiones tienen revelación, participación en la Verdad divina. Tenemos que tratarlas con respeto y, como dice el Concilio Vaticano II, reconocer, guardar y promover su verdad.

Orar es estar con la Presencia que me habita. Requiere de mí apertura, escucha, silencio, dejarme amar y amar. Simplemente estar con Aquel que me ama.

6. Del Dios individualista al Dios solidario.

El individualismo occidental hunde sus raíces en dimensiones religiosas cristianas que empujan hacia la personalización. Cada persona es objeto de un amor singular de Dios; cada uno es responsable delante de Dios. Hay una innegable tendencia a la individuación tras estas experiencias religiosas.

Pero, como en todo proceso humano, también aquí la ambigüedad ha mordido en el individualismo. En nuestra modernidad tardía asistimos a una degeneración del individualismo. Se busca la realización única y propia por encima de todo.

Este egocentrismo ha llegado también al mundo religioso. Y ha influido en la imagen de Dios. Para muchos creyentes, Dios es mi Dios. Una especie de posesión burguesa para salvar mi alma. A menudo, como siempre, esta imagen de Dios va mezclada con el ideal de justificarme y, para ello, retirarme de las cosas del mundo que me puedan manchar. Se busca un refugio retirado del mundo y la sociedad para llevar una buena vida.

Triste ideal cristiano que huye del compromiso en la historia y desconoce el Reino de Dios y la imagen del Dios de la solidaridad.

1. El planteamiento burgués de la religión.

El individualismo religioso es una degeneración de la tendencia a la personalización. Una religiosidad madura y adulta pide una fe personalizada. Sin asunción personal de la relación con Dios no podemos decir que nos encontramos ante una verdadera fe. Lo que aquí avistamos y criticamos es una postura enferma que consiste en fijarse excesivamente en sí mismo.

a) El individualismo del pecado.

Hay un cristianismo que se concentra y gira sobre el individuo. Reconoce el mal que existe en el mundo. Pero el centro de su visión es él mismo: le preocupa el mal subjetivo, es decir, referido a la propia conciencia y a los pecados individuales. Al final se está mucho más preocupado por no contaminarse con ese mal que está ahí fuera que por luchar contra él. Se adopta una postura de ordenada retirada, cuando no de verdadera evasión: lo importante es no hacer el mal, no contaminarse, no mancharse.

Este cristianismo desconoce el mal estructural, el mal del mundo: el ligado a perder el empleo sin saber por qué; el de estar prácticamente condenado a morir antes de los cincuenta años, dadas las condiciones sanitarias y de alimentación; el de las centenares de miles de víctimas de las guerras preventivas y sus consecuencias colaterales; el de las limpiezas étnicas, los millones de desplazados, de emigrantes de un continente a otro, etc. Este mal que aplasta a tantos millones de personas pasa inadvertido o, al menos, con escasa repercusión para la conciencia religiosa de muchos católicos. Especialmente para los católicos de clase media, incluidos sacerdotes y religiosos o religiosas, es decir, para los católicos que escribimos y leemos este tipo de libros. Incluso contamina a los creyentes pobres, haciéndoles que se fijen más en su miseria personal interior, en sus pecados personales, que en la lucha por mejorar su condición.

Hay una prueba que podemos hacer fácilmente y que corrobora lo dicho. Si preguntáramos a la mayoría de los católicos qué significa la caída de Adán y Eva, nos hablarán enseguida del pecado original. Y rápidamente nos lo explicarán como una historia de desobediencia y de pecado personal, de relación individual entre Dios y nuestros primeros padres. Ni rastro de una visión del mal del mundo, de ese mal objetivo y hasta anónimo que se solidifica en la sociedad, las leyes, la economía, la cultura, la diversión consumista, y que condena a inocentes, explota a los débiles y saquea el planeta. Este pecado de la humanidad es, según san Juan (1, 29), el pecado del mundo.

La inmensa mayoría de nuestra formación religiosa católica es deudora de esta visión individualista. Y de una orientación individual general donde el asunto religioso se dilucida en una relación entre Dios y yo. De ahí se deduce una preocupación por una vida personal correcta, más que por luchar contra el mal y el sufrimiento del mundo.

No tiene nada de extraño que la noción de pecado -un imaginario que domina la mente de la mayoría de los cristianos- consecuente con esta visión sea un pecado donde nosotros entramos en juego. Lo demás, las consecuencias, cuentan poco o nada. Una visión subjetivista, individualista, que, sin embargo, está ligada a unos principios morales objetivos. Está la huella de un pecado personal, pero que no tiene consecuencias sociales. Se desconoce que el pecado me daña a mí y a los otros; que genera como una atmósfera negra que se plasma en relaciones e instituciones negadoras y explotadoras del ser humano.

Otro énfasis de esta idea de pecado individual es el de desobediencia. Desobediencia a la ley moral, de Dios. Además de la excesiva concentración en la ruptura individual de una ley que entraña esta idea de pecado, hay un estrechamiento que olvida otros aspectos que encontramos profusamente simbolizados en la Biblia: ceguera, sordera, dureza de corazón, abandono de la casa paterna, infidelidad, ruptura de los lazos del amor, de la amistad, etc. Y olvido casi total de aspectos tan sociales de la Biblia como la creación, el pueblo, la alianza, la comunidad, por no recordar al extranjero, la viuda, el huérfano y el pobre.

b) Un cristianismo burgués.

Este cristianismo individual ha sido tachado de burgués. Con ello se quería decir que era fruto de la penetración de la ideología individualista, centrada en el yo característico de la modernidad. Autores críticos y conservadores coinciden en señalar esta propensión egocéntrica, yoísta, que caracteriza a nuestra cultura. Para analistas como D Bell, estamos ante la célula cancerígena de la sociedad moderna. Nuestra sociedad socava sus propios cimientos sociales, políticos y económicos mediante este autismo cultural que busca la auto-realización, auto-exploración, auto-experimentación. Los teóricos críticos no negarán estos efectos, aunque para ellos el mal no es tanto cultural cuanto inducido y producido por un sistema tecno-económico que explota la fiebre individualista del poseer y consumir.

Al final se dirá desde una teología crítica, como la de J B Metz, que este cristianismo individualista viene a consagrar una vida cristiana burguesa. Una vida del pecado y la salvación individual. La religión y Dios sirven para proporcionar esa dosis de buena conciencia y de sentido de la vida que necesitamos los seres humanos. Sirve para proporcionar sentido a la vida, buenos sentimientos, buena conciencia y hasta buenos ideales al individuo y su familia. Pero no pone los ojos un poco más allá ni cuestiona en absoluto una sociedad montada según los principios burgueses de vida. Por esta razón se dirá con verdad que este tipo de cristianismo justifica el sistema, es decir, el estilo de vida y el modo en que está organizada la sociedad moderna. Un cristianismo a la medida de la sociedad y cultura bienestante del mundo occidental satisfecho y de sus ideales.

Esta visión cristiana arrastra una desviación teológica. Da más importancia al pecado, entendido como fallo subjetivo, que al sufrimiento que causa el mal. Una desviación muy presente en muchos cristianos, y aun teologías, que presentan una fe cristiana obsesionada por el mal en cuanto fallo personal y no en cuanto dolor y sufrimiento para con el prójimo; olvidan la solidaridad en el mal que produce daño en los seres humanos y ahonda la herida de la humanidad. Algo que era el centro de las preocupaciones de Jesús.

Este cristianismo individualista se alía hoy fácilmente con tendencias espiritualistas tipo new age o neo-budistas, para las que la religión es sobre todo una cuestión de cultivo de la interioridad, pero carente de la compasión para con el prójimo. Una especie de prácticas para el corazón, la inseguridad de la vida, el sinsentido de nuestro mundo y las zozobras de una sociedad agitada por las amenazas exteriores. Una religiosidad que algunos, como H Bloom, han calificado de neo-gnosticismo barato, una suerte de dualismo religioso donde cultivamos lo espiritual para pacificar el espíritu, pero nos desentendemos de la situación material de nuestros hermanos. Esta religiosidad, como ha dicho provocativamente S Zizek, puede utilizar la serenidad y hasta la creatividad que proporciona la meditación y el zen para ser un tiburón más eficaz en la explotación económica de los demás.

Tampoco faltan entre los nuevos movimientos eclesiales de nuestro catolicismo una cierta versión cultualista e individualista que privilegia el sentimiento del pecado personal, pero se olvida mucho del pecado social. Grupos que cultivan la estricta observancia personal en lo sexual y no discriminan tanto en lo socioeconómico. Instituciones religiosas que propician un individualismo corporativo, más preocupadas de su éxito y poder social que de lo que Jesús llamaba el Reino de Dios.

Las versiones e hibridaciones del individualismo religioso son numerosas. Importa, sobre todo, que nos demos cuenta de los estragos que causa:

La preocupación se concentra en el individuo. Se tiene la impresión de que este cristianismo teme contaminarse con la realidad social. Impulsa una fe que teme acercarse demasiado al mundo. Quisiera ser tan espiritual que no tocara la realidad. Vano empeño. Finalmente, su evasión de la realidad sirve para mantener y hasta bendecir, legitimar, la situación dominante.

Se olvida de los otros. Este cristianismo se preocupa más por las faltas y pecados personales que por el mal y el sufrimiento de los inocentes masacrados. Se olvida de dónde viene: de un justo crucificado por el poder religioso y político de la sociedad a la que pertenecía. Carece de la memoria contenida en la fe en la resurrección de los muertos y del juicio en pro de la justicia para con las víctimas y reventados de la historia.

Lucas importa más la corrección de vida que la lucha contra el mal y la injusticia. Reduce la salvación a una cuestión espiritual y del alma.

La imagen de Dios que late detrás de esta fe individualista es bastante penosa: la de un Dios raquíto, relacionado conmigo, preocupado por mis faltas, desentendido del mundo que creó y del destino de la mayoría de los hombres, que no pueden esconder su confusión y angustia ante la injusticia, el sufrimiento y el mal de este mundo.

2. El Dios Padre-Madre nuestro.

El Dios de la tradición bíblica es bastante distinto de la caricatura expuesta. Estamos acostumbrados a las categorías personales, y estas no faltan en la Biblia, pero desde los orígenes hay un imborrable acento social. Ni el pecado ni la salvación son solo asuntos personales.

a) El Dios de Israel.

La primera historia de Israel trata de la creación de un nuevo pueblo, de una nación, de una comunidad. Se podrá argumentar que es una visión cultural arcaica y necesariamente comunitarista. Incluso, después de depurar este trasfondo cultural, queda una comprensión innegable de un pecado que, sobre todo, lo es por sus consecuencias nefastas sobre los demás y una salvación que afecta a la vida entera.

Cuando se busca una imagen bíblica de la salvación, esta viene ligada a la paz, shalom, que nunca es entendida de un modo únicamente interiorista y psicológico (como a menudo se malentiende hoy), sino como justicia en las relaciones interpersonales dentro de la comunidad y más allá de la comunidad: paz y justicia en la sociedad entera, entre los pueblos. Paz y justicia para el mundo y para todo el mundo.

El relato de salvación por antonomasia de Israel es un relato de la liberación de la opresión del faraón sobre los israelitas. El Dios que aparece en Éxodo 3, 7-11 no tolera la opresión del ser humano y se implica en su liberación. Es interesante ver la secuencia marcada por la acción de los mismos verbos empleados en el relato, inevitablemente antropomórfico: 1) Dios no se ha desentendido de su pueblo: ha visto la aflicción de su pueblo; 2) tiene entrañas de misericordia: escucha el clamor que le arrancan sus capataces; 3) es compasivo: conoce sus sufrimientos; 4) se implica en su liberación: He bajado para librarle de los egipcios y subirle de esta tierra a una tierra que mana leche y miel; 5) elige a Moisés para la tarea: Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo; 6) Dios será el apoyo de Moisés: Yo estaré contigo.

El Dios que resuena en los escritos proféticos no es un Dios para contentar los corazones y las preocupaciones de los hombres y mujeres relativamente bien situados, sino un Dios que se preocupa de los peor situados. El estribillo que se repite incansablemente de la atención al extranjero, al huérfano y a la viuda indica la preocupación de Dios por los más débiles de la sociedad, en los que el sufrimiento y la injusticia se cebaba a menudo y con facilidad. Este Dios resulta inquietante y molesto para todo aquel que quiera vivir de espaldas a la realidad de su mundo y al sufrimiento de los vecinos pobres. No hay más que leer al profeta Amos y escuchar las diatribas furibundas contra Israel y las naciones limítrofes, que venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; los que pisan las cabezas de los débiles y tuercen el camino de los humildes (Amós 2, 6-7).

El Dios de Israel es un Dios preocupado por los hombres. Se presenta en Oseas maternal, con entrañas de misericordia. Y pide misericordia antes que sacrificios. De ahí que A Heschel, el famoso rabino judío experto en los profetas, dijera que la religión de la Biblia no es lo que el hombre hace con su soledad, sino más bien lo que hace con la preocupación de Dios por los hombres.

Quizá un eco actualizado del Dios de Israel y su preocupación por el sufrimiento humano lo tengamos al citar a un pensador judío creyente de nuestros días, E Lévinas. Para este filósofo, muy preocupado por el mal de este mundo visualizado en el genocidio nazi de los judíos, justificar el dolor del prójimo es, sin duda, la fuente de toda inmoralidad. Yahvé, el Dios de Israel, jamás justifica el sufrimiento. Si algo caracteriza a la Biblia es que no se encuentra ninguna explicación mítica o justificadora del sufrimiento. Más bien se le devuelve la pregunta y preocupación por el hombre: ¿Dónde está tu hermano?.

b) El Reino de Dios.

Se repite mucho en los libros de exégesis -pero se olvida también mucho en la realidad y la predicación- que el Reino de Dios es el criterio fundamental para acceder al Dios de Jesús.

Más todavía que el Abbá y más que cualquier otra presunta clave interpretadora, el Reino es el criterio hermenéutico fundamental.

Es llamativo que Jesús, antes que de Dios, hablara del Reino de Dios. Ya hemos dicho antes lo que algún gran estudioso actual de la Biblia dice sobre esta imagen y concepto que mezcla lo político con lo religioso. De ahí que se lo denomine un concepto teo-político. Y sería equivalente al tipo de sociedad y de mundo que tendríamos si Dios fuera el Rey, el que gobernara realmente este mundo. Jesús se atrevió a decirnos algo acerca de este querer o sueño de Dios sobre la vida de los hombres. Sobre esto trataba la predicación de Jesús. Y él mismo trató de mostrar con su vida, sus palabras y obras lo que significaba este sueño de Dios sobre los hombres.

El capítulo primero de Marcos es ejemplar en este punto. Tras mostrar la urgencia y cercanía de este Reino (v. 15), se pone a: 1) reclutar discípulos para su tarea (versículos 16-20); 2) va a la sinagoga en sábado y libera a un poseído (versículos 21-28); 3) a continuación va a la casa de Pedro y cura a la suegra, que estaba postrada por la fiebre (versículos 29-31); 4) tras numerosas curaciones y liberaciones de enfermos y poseídos (versículos 33-34), se resiste a la tentación del éxito inmediato y fácil (versículos 35-39); 5) termina el capítulo, finalmente, rehabilitando y devolviendo a la sociedad a un marginado social y religioso, verdadero paria de Israel, como era el leproso, tocándole, impurificándose él mismo y teniendo que andar afuera, en lugares solitarios (versículos 40-45).

Una pequeña reflexión sobre lo que es el Reino de Dios tras esta actividad desbordante del Jesús que nos presenta Marcos tendría que decir: el Reino de Dios es algo muy humano. Consiste en apostar radicalmente por el hombre; hacer de la causa del hombre la causa de Dios. No consiste en acciones de culto o religiosas, sino de liberación, sanación y rehabilitación: liberar de lo que posee y no deja que el ser humano sea él mismo (= lo demoníaco); curar la enfermedad y devolver a la suegra de Pedro a su actividad normal; rehabilitar e integrar a un excluido como era el leproso. Una opción por el hombre, el hombre pobre, oprimido, excluido y en necesidad. Ahí estaba lo sagrado para Jesús. Dicho de otro modo: Jesús nos enseña que la apuesta por el hombre es el modo de acceso a Dios.

De ahí se deducen, si se quiere, una serie de actitudes humanas que pide el Reino de Dios y que J I González Faus sintetiza en: la limpieza de corazón, la misericordia para con todos, la apertura hacia los de fuera, sobre todo hacia los pobres, una totalidad en la entrega (incompatible con nuestro amor al dinero) y una confianza última en Dios que renuncia incluso a disponer de él.

Todo esto nos lo dio a conocer Jesús, como sugiere Marcos, más por su actuación que por su predicación. Jesús era la transparencia activa de Dios.

c) Una parábola que es un programa cristiano.

Elegimos otro texto muy representativo -constituyente o indicador de los principios de la comunidad cristiana, lo denominan teólogos como J Moltmann- a fin de mostrar cómo el Dios de Jesús es un Dios solidario y que nos impulsa a vivir la solidaridad.

Mateo 25, 31-46, el juicio final o juicio a las naciones, es una parábola que señala los principios según los cuales se accede al Reino: por la atención al prójimo en necesidad. Las llamadas obras de misericordia para con los pequeños y necesitados son la clave que sugiere los criterios del Dios solidario y del Hijo del hombre. Jesucristo se identifica con el pobre, el caído, el oprimido y en necesidad. Lo que hayamos hecho por ese hombre pobre, por él lo habremos hecho, y, al contrario, lo que no hagamos al necesitado, no se lo hacemos al mismo Cristo.

Unas obras de misericordia que, si las actualizamos un poquito, veremos inmediatamente la carga explosiva que almacenan: fui empleado, mal pagado y me dísteis un salario justo; fui emigrante, mojado o sin papeles, y reconocísteis mis derechos; fui mujer abandonada, y me ayudásteis y protegísteis...

Esta parábola se puede leer de forma individual, como orientación para la vida de cada cristiano. Pero el hecho de estar con otras dos parábolas al final del evangelio de Mateo, justo antes de la pasión, indica para los estudiosos que estas parábolas tienen mucho de resumen y programa evangélico. Desde este punto de vista, se considera que el mensaje, aunque no deja nunca de ser personal, es sobre todo para la comunidad creyente. Indica el tipo de comunidad que es la de Jesús: una comunidad que practica la compasión solidaria y eficaz para con los pequeños y pobres. Una comunidad que vuelva la espalda al hombre en necesidad no es la de Jesús, y este no la reconocerá el día del juicio.

Bien se puede decir como síntesis, sin amenaza alguna, sino como sería admonición, que al final seremos juzgados por el Amor y sobre el amor a los más pequeños y víctimas de este mundo bastante duro y terrible. El cristianismo como religión, como estilo de relación con Dios, se juega, paradójicamente, en la relación que hayamos mantenido con los hombres, especialmente los más necesitados.

El cristiano se convierte así, es llamado a ser, un solidario radical. A semejanza de Jesús y de su Dios, que es solidaridad.

3. Dios es solidaridad.

Un nombre que conviene al Dios de Jesucristo es solidaridad. Nuestro Dios es solidario con el ser humano. Queremos decir: Dios se une profundamente al ser humano hasta hacerse un todo único con él. Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él (Juan 3, 16). Al mirar a Jesús vemos en qué consiste la solidaridad de Dios para con el hombre. Se puede sintetizar esta solidaridad radical de Dios con el ser humano en unas pocas y llamativas afirmaciones.

a) En la encarnación, Dios se solidariza con lo más bajo.

La afirmación cristiana más sorprendente -ante la que historiadores de la religión como M Eliade llegan a decir que dos mil años es muy poco tiempo para sacar todas sus consecuencias- es la encarnación de Dios. Actualmente se ha puesto de moda en la teología y hasta en los libros de espiritualidad hablar de la kénosis o abajamiento de Dios. Se cita a Pablo (Filipenses 2, 6ss), donde se señala este vocablo que indica que por la encarnación Dios se anonadó, se vació de sí y se hizo nada al tomar la forma de ser humano. Pablo indica esta abajamiento divino acentuando que no solo tomó forma humana, sino figura de esclavo. Juan lo dirá mediante la expresión de que la Palabra se hizo carne (Juan 1, 14), donde carne quiere decir no la materia, sino lo débil y servil humano. Sin duda ambos tienen presente la historia de Jesús y su muerte en cruz.

El Altísimo se hace, por tanto, el Bajísimo. Un correctivo enorme a nuestro modo natural de concebir y entender a Dios. El objetivo divino es participar plenamente en lo humano, con todas sus consecuencias, menos la del pecado; asumir la condición humana para deificarla, como se dirá en la Iglesia oriental.

Las consecuencias de esta encarnación kenótica son extraordinarias: la debilidad humana es asumida por Dios y, por tanto, salvada; el Dios encarnado es realmente el Emmanuel, el Dios con nosotros [los hombres]; Dios puede en Jesús acercarse a lo humano sufriente, caído, excluido, de tal manera que Pablo (Gálatas 3, 28) puede sacar la consecuencia universalista revolucionaria de que en Cristo Jesús ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre o mujer, todos son uno. Es decir, el Dios solidario, hecho carne, nos agarra desde abajo a todos, nos iguala a todos, rompe las diferencias y no tolera ya ni señores ni esclavos. La solidaridad de Dios avista una tierra hermanada sin injusticias ni diferencias. Ahora se entiende también mejor que lo que hicisteis a uno de estos, a mí me lo hicisteis (Mateo 25, 40). Más aún, entendemos que la puesta en escena histórica de esta asunción de Dios de lo anonadado y esclavo es la forma práctica de decirnos que la deificación del hombre se inicia por el reconocimiento y la rehabilitación de los pequeños, pobres y víctimas de este mundo. De lo contrario, nuestro reconocimiento de la encarnación será puramente abstracto y verbal.

b) En la encarnación, Dios se solidariza con lo distinto.

El judaísmo descubrió que la afirmación del Dios uno le llevaba a afirmar la unidad de la humanidad. Todos los hombres son hijos del mismo Padre-Madre Dios. Por consiguiente, todos quedamos constituidos como hermanos. Ya no puedo considerar al otro como ajeno o extraño. Para el cristiano, todo hombre es su hermano y toda mujer su hermana. Afirmaciones estas que se deducen lógicamente de nuestra fe, pero que tienen la fuerza explosiva de una bomba atómica en cuanto sobrepasan la lógica religiosa o teológica y comienzan a funcionar en la realidad.

Nuestro mundo tendría que ser vuelto del revés si se aplicaran estas afirmaciones. Si el otro, el distinto es mi hermana o hermano, entonces el comportamiento en la empresa, la economía, la política, las relaciones internacionales, la emigración, los desplazados y hasta las relaciones personales y en los grupos de fe experimentarían un vuelco radical. Seríamos un pueblo de hermanos, una comunidad de hermanos. Este es el sueño de Dios. Esto es lo que Pablo ve mirando hacia el futuro del mundo salvado, cuando habla en Efesios (1, 14) de recapitular en Cristo todo lo existente, es decir, perfeccionarlo y llevarlo a su consumación. Lo que sucede es que históricamente nos queda como tarea. Este mundo presenta una herida profunda e inmensa, visible cada día en las noticias de cada periódico, radio o televisión; palpable al salir a la calle y ver a miembros de la humanidad marginados y tirados en la calle.

Cada cristiano tendría que tratar de realizar este sueño divino de la hermandad y solidaridad humana. Como dice el Concilio Vaticano II, el Espíritu de Cristo alienta, purifica y robustece los deseos y propósitos de construir un mundo mejor (Gaudium et spes 22, 32, 38 y 45). Hacen falta este tipo de hombres y mujeres.

c) La encarnación significa que el ser humano es el acceso a Dios.

Si Dios se encarnó en Jesús, este es nuestro Mesías, el único mediador entre Dios y los hombres (1 Timoteo 2, 5). En teología se suele decir que este lenguaje está dirigido hacia dentro de la comunidad creyente, que no niega la salvación en otras religiones. En este contexto se quiere acentuar que el único que nos salva es Jesús. Fuera de él no hay salvación: ni devociones, ni santos. Nadie es nuestro Salvador y Mediador; solo Jesús.

Cuando nuestros hermanos separados lo dicen y hasta lo exhiben en carteles en los coches en países de Latinoamérica, de forma agresiva, para distinguirse de los católicos, tendríamos que decir que tienen razón. En eso no hay disputa ni diferencia. Jesucristo es nuestro único Mediador, es decir, nuestro único Salvador.

Lo que además nos recuerda esta afirmación es que Jesús, Dios con nosotros, es nuestro hermano mayor. Y que él se vació y se hizo nada a favor nuestro. Y dejó muy claro que si, como dirá K Rahner, el ser humano es lo que Dios se hace cuando sale de sí, entonces lo más sagrado que existe en la realidad es este ser humano.

La consecuencia más seria de esta afirmación, de nuevo parafraseando a Mateo 25, es que, si reconocemos al hombre, reconocemos a Cristo; si hacemos algo por los pequeños, lo hacemos por Dios mismo. Es decir, la vía de acceso a Dios es el hombre.

4. El nombre laico de Dios.

En la encarnación, Dios se acerca al ser humano hasta hacerse uno de tantos, de ahí que la solidaridad de nuestro Dios con el ser humano sea estrechísima. Si, además, en su vida histórica, Jesús, Dios con nosotros, hace consistir la salvación en la liberación, sanación y rehabilitación del ser humano; si su final en la cruz es el resultado de esa vida de solidaridad con el ser humano, entonces debemos concluir que Dios muestra en Jesús qué clase de Dios es. El misterio de Dios desvela su rostro en la actuación de Jesús.

a) Solidaridad.

Dios se define haciendo. Y sus obras son amores. Un salir de sí y sumergirse en lo otro pobre para elevarlo. El Dios amor queda aquí retratado con unas grandes pinceladas de concreción histórica. Su hacer solidario, iniciado en la encarnación, toma cuerpo en la vida de Jesús y su misión, con obras y palabras, en el símbolo teopolítico llamado Reino de Dios. El Amor se hace historia solidaria siguiendo los caminos de la debilidad, y no los de la fuerza o el poder.

No exageramos cuando, para definir este comportamiento divino, empleamos lo que los humanos denominamos solidaridad. Un verteerse en el otro hasta hacerse un todo con él.

Y podemos muy bien decir con Patxi Loidi que el nombre laico de Dios es Solidaridad. Solidaridad con el ser humano; solidaridad con la realidad toda. Que termina mostrando que la realidad existente es solidaria y que, incluso, se pudiera llamar a la Realidad -esta vez con mayúscula, en unidad no identificable ni tampoco separable con Dios-, Realidad solidaria.

Si Dios es la Realidad solidaria, habrá que decir que lo es como fuente, origen y dinamismo de la misma solidaridad. Recordemos siempre que a Dios hay que imaginarlo como el Manantial de donde brota y surge todo. Dios es la Fuente original de la solidaridad. No hay una brizna de solidaridad en el mundo que no tenga su origen en él. De ahí que estemos siempre en este círculo virtuoso del amor solidario: el mundo ofrece rasgos solidarios porque, en definitiva, remiten a la Solidaridad radical de la Realidad que es Dios mismo; y porque Dios es Solidaridad, el mundo ofrece rastros y signos de solidaridad.

b) Nosotros.

La hermandad es la consecuencia de la solidaridad. La humanidad se siente asumida y amada en el Hijo. Aparece como una hija o, si se quiere, a la manera paulina, cuerpo místico, el gran Hijo recapitulado por la Cabeza, el Resucitado. La humanidad entera aparece como sujeto, unidad en la pluralidad. Un nosotros.

Desde este momento, como ya descubrió el pensamiento dialógico -desde M Buber hasta E Lévinas-, no hay yo sin tú y sin nosotros. La socialidad, todavía más que el pensamiento, es la marca de lo humano. Sin los otros no soy nadie. No hubiese llegado a ser; no puedo ser, sencillamente. De ahí que el individualismo desvinculado de nuestro tiempo sea una aberración humana.

Si esto es verdad desde un punto de vista puramente humano, lo es también desde el Dios de Jesús. En él, Dios se nos ha manifestado como Solidaridad. Hacer de la salvación y del pecado cuestiones puramente personales en un sentido individualista es olvidar la dimensión social de la persona y olvidar que Dios se vincula a la humanidad, al mundo. Un Uno que se hizo nosotros, el más nosotros de todos los tiempos, como dirá sugerentemente Patxi Loidi; hasta vaciarse del todo, como dirá Pablo.

5. Un nosotros con visión estructural.

Las consecuencias están ya a la vista: no podemos seguir con planteamientos individualistas. El individualismo desligado es una contradicción humana y aún más cristiana. No podemos rezar el Padrenuestro, la confesión de hermandad universal, y desentendernos de los otros. No podemos usar el nosotros al dirigirnos a Dios y mantener imágenes estrechas y relaciones individualistas con él. Sería tanto como negar lo que Dios se ha mostrado ser: la Solidaridad original, radical, absoluta. Y el fundamento de todo comportamiento solidario en el mundo.

La tarea frente a la que estamos es grandiosa: ser lo que somos, es decir, llegar a ser hermanos, uno con los otros y con Dios, en esa solidaridad final en la que él será todo en todos (1 Corintios 15, 28).

a) Compasión efectiva.

Pero esta grandiosa visión solidaria, personal y social sería una imagen utópica vacía si no le pusiéramos carne histórica concreta. Sin kénosis concreta, sin historia solidaria, sin compasión efectiva para con el caído y en necesidad, no hay recapitulación final ninguna. La espiritualidad solidaria pide de nosotros poner manos a la obra. La solidaridad es activa, exige realización. La espiritualidad solidaria solicita de nosotros obras de solidaridad. Trabajo en pro de la liberación, la sanación y la rehabilitación de los seres humanos, al igual que el Jesús que predicaba y realizaba el Reino.

Se suele decir que el comienzo de la solidaridad está en la compasión. Hay una compasión fundamental que brota de la solidaridad primera que tienen los seres humanos. Según un pensador como M Horkheimer, los seres humanos, antes que en una solidaridad biológica innegable, participamos en una solidaridad humana más profunda y más importante: la solidaridad en nuestra condición humana. Somos seres finitos, limitados y, por ello, sufrientes y condenados a morir. Nuestra solidaridad primera brota de esta condición finita y sufriente. Nos une el dolor y la muerte.

De ahí brota para Horkheimer la compasión. Es la pasión compartida por nuestra condición sufriente y mortal. Y añadirá este autor un dato esencial: experimentamos tal situación como una injusticia, algo que no debiera ser. Nos sentimos, a pesar de nuestra condición finita, hechos para la realización y el amor pleno. De ahí que el sufrimiento y la muerte las veamos como injusticia, que solicita su superación. La compasión es la reacción a la solidaridad humana fundamental basada en la finitud. Cuando tal compasión la reducimos a mero sentimentalismo, la estamos degradando. La compasión verdadera busca la erradicación del sufrimiento del otro; trabaja por superar la injusticia de la situación humana doliente. Esta es la caridad fundamental basada en la solidaridad humana fundamental.

Hasta aquí las consideraciones de este pensador fundador de la Escuela de Frankfurt. Tienen el interés de mostrarnos que la compasión humana expresa la solidaridad de unos seres limitados y sufrientes. Y la lucha caritativa y eficaz por superar esa condición doliente. Cuánto más diríamos como cristianos! La propuesta de Horkheimer suena afín al Dios de la solidaridad, embarazado de una humanidad y hasta de un universo doliente, que nos pide ser compasivos eficaces.

b) La solidaridad es inteligente.

Si la solidaridad es compasión efectiva y eficaz, quiere decir que es inteligente. La solidaridad no puede dejar de considerar, a esta altura de la humanidad, la aportación de las ciencias sociales. Y estas han puesto de manifiesto que la solidaridad humana se solidifica y cristaliza, para el bien y para el mal, en instituciones, estructuras y sistemas sociales. También desde este punto de vista es un error mayúsculo la mera consideración individualista, puntual y separada de las cosas.

La solidaridad inteligente, por tanto, tiene que tener una perspectiva social que conoce y sabe que determinados problemas no se pueden solucionar con medidas individuales. Existe una forma de compasión que se centra en la ayuda individual. Esta se necesitará siempre. El ser humano es individuo concreto con necesidades y dolores que solo él tiene. Habrá que ejercer siempre la caridad personal. Pero muchas situaciones injustas y dolorosas -lo que más arriba llamábamos el pecado del mundo- pasan por las estructuras sociales. Su superación exige un cambio de la sociedad, es decir, cambio en las leyes económicas del mercado, de las finanzas mundiales, de la organización de la salud, la educación, etc. Por tanto, la solidaridad tiene, por su dimensión social, alcance estructural. Y exige medidas y cambios que afecten a esas estructuras. La política es la encargada de tales cambios, que nunca se harán sin colaboración decidida de la ciudadanía.

Una solidaridad compasiva, eficaz e inteligente, a la altura de nuestro tiempo, tiene que ser inevitablemente política. Al menos debe tener visión estructural de los problemas y saber que está llamada a cambiar esta sociedad, aunque esto sea muy difícil, muy lento y exija gran empeño, además de personas comprometidas muy honestas. Llegamos por este camino a descubrir la dimensión política de la fe cristiana. En razón de la compasión eficaz e inteligente, el creyente no puede dejar de ver que los problemas de sufrimiento y dolor de los hombres que le rodean tienen raíces sociales. Y demandan soluciones sociales, es decir, donde intervenga la política.

Un cristiano solidario no puede ser apolítico. Lucas interesa la política porque le interesa el sufrimiento de los hombres. Es importante dedicarse a quitar dolor humano; todo el que podamos. Precisamente por esta razón no lo es menos intentar mejorar y cambiar las condiciones de la salud, la educación, la higiene, la familia, la mujer, el trabajo, el salario, que están en la base de mucha desigualdad, injusticia, abandono, explotación y sufrimiento humano. La solidaridad nos pide el compromiso político, estructural. En esta lucha también se ejerce la caridad, lo que el Concilio denomina la caridad política (GS 74) y Benedicto XVI caridad social.

Y se ve bien que, cada uno en su medida, puede colaborar a una sociedad más solidaria. En la solidaridad hay trabajo y tarea para todos: unos desde abajo y otros desde más arriba; unos desde la palabra y la concienciación, y otros desde el trabajo, la empresa, la salud, la educación. El Reino de Dios, que es llamada a la solidaridad, a realizar el sueño del Dios solidario sobre nosotros, nos necesita y convoca a todos.

6. Para el cambio de imaginario.

Para la superación, siempre difícil, de nuestro inveterado individualismo, tanto mental como vital, proponemos algunas ideas y frases que nos puedan ayudar en este trabajo de conversión al Dios de la solidaridad.

El pecado y la salvación nunca son cuestiones meramente individuales. El pecado personal nos daña a cada uno, pero también daña a los otros. No hay pecado iónicamente personal. Por ser personal es social.

Hay pecado del mundo (Juan 1, 29), pecado estructural de las estructuras sociales donde cristaliza el pecado de los hombres, que oprimen y causan miles y millones de víctimas.

Dios es radicalmente solidario. Se ve en su asunción de la condición humana mediante la encarnación. Se abajó, anonadó, vació, por hacerse humano, uno de tantos, tomando figura de esclavo.

Jesús es la manifestación de la solidaridad de Dios con nosotros. La realizó consecuentemente toda su vida. Predicó el sueño fraternal y solidario de Dios para con la humanidad, el Reino de Dios. Y lo testificó con una vida de liberación, sanación, rehabilitación del hombre necesitado, que le llevó hasta la cruz.

Dios es Solidaridad. Su fuente y su fundamento. Toda manifestación de solidaridad en el mundo tiene su origen en Dios y manifiesta algo del proyecto de Dios, que impulsa la humanidad y el cosmos hacia la unión definitiva con él.

La solidaridad es eficaz e inteligente. Por esta razón pide realización y exige tener los ojos atentos a las causas sociales, estructurales, de las injusticias y del sufrimiento humano. No basta la solidaridad asistencial, siempre necesaria; se pide también la solidaridad política, empeñada en cambiar y mejorar la sociedad y sus estructuras.

La solidaridad ofrece trabajo y tarea para todos. Todos podemos colaborar en hacer un mundo más solidario o insolidario.

La imagen del Dios embarazado de la humanidad y del universo es una bella imagen del Dios solidario.

7. Del Dios violento al Dios de la paz.

El mayor escándalo religioso de nuestro tiempo es, sin duda, la violencia mortífera que se ejerce en nombre de Dios. Cada día asistimos a auto-inmolaciones y atentados que se remiten a Dios. Dios es usado para justificar la violencia y la muerte.

El monoteísmo (judío, islámico y cristiano) aparece en este momento de nuestra historia con la triste imagen de la violencia a sus espaldas. Y la duda hace presa en muchas mentes y corazones de hombres inteligentes y bondadosos: no será que el monoteísmo es portador de gérmenes de violencia?

En este capítulo no buscamos tanto cambiar una imagen de Dios extendida entre los católicos cuanto colaborar a limpiar el rostro sucio y lleno de sangre del Dios de la violencia fundamentalista. Quisiéramos transmitir la convicción de que un Dios violento y amante de la sangre es una contradicción. El creyente tiene que ser siempre un constructor de la paz. El nombre de Dios es Paz.

1. La violencia de lo sagrado.

La religión y lo sagrado se han visto a menudo envueltos con la paz y la guerra. Parece como si hubiera algo en lo sagrado mismo que camina hacia la violencia unas veces y hacia la paz otras. El tema ha ocupado a muchos espíritus y las indagaciones nos conducen hacia la ambigüedad del fenómeno religioso.

a) El chivo expiatorio.

Es conocido el hecho de que disputas, disensiones, agravios y violencia entre grupos y hasta naciones terminan cuando la atención violenta se dirige hacia un tercero. Ocurre como si se olvidaran de su problema y la violencia se encauzara y cayera sobre la nueva víctima. Esta funciona como chivo expiatorio de los problemas y disensiones de los grupos. Y normalmente, como testimonia la literatura y los relatos, suelen ser personas o grupos inocentes o con alguna lacra o defecto que no tienen en principio nada que ver en el asunto, pero que son tomados como causantes de los males y sacrificados por ello. El resultado tras el sacrificio de la víctima inocente suele ser la reconciliación y la paz. Incluso, después, esta víctima es ensalzada y hasta se ritualiza su recuerdo en mitos y ritos sagrados que encubren el horror de los orígenes.

Este mecanismo del chivo expiatorio ha sido analizado profundamente por el antropólogo francés R. Girard. Estudiando la gran literatura y las religiones, este estudioso ha llegado a la conclusión de que todas las culturas humanas están fundadas en la muerte y la violencia. Hay un mecanismo humano de imitación, competitividad y celos recíprocos, donde cada uno desea lo que desea el otro, con lo cual terminamos en la violencia. Aquí es donde aparece el chivo expiatorio y, posteriormente, la sacralización de la víctima.

Este proceso cultural y sacrificial violento es inconsciente. Ha llevado siglos desvelarlo. En la Biblia, en Job, pero especialmente en Jesús, se desvela este mecanismo del chivo expiatorio. La víctima es víctima inocente. La raíz del mal está en los celos y la mutua confrontación. Amaos los unos a los otros y se romperá el maleficio, la rueda de la creación de víctimas. La muerte de Jesús, víctima inocente, quiere terminar con todos los chivos expiatorios, víctimas inocentes y sacrificios expiatorios.

b) La ambigüedad de la religión.

Si de la mirada antropológica pasamos a la más sociológica, descubrimos también alguna explicación para desvelar por qué la religión y la violencia andan mezcladas.

Situémonos por un momento ante un caudillo o gobernante que quiere fundar o instaurar una nación o un régimen. Cómo podrá justificar, es decir, legitimar y hacer aceptable, el nuevo cambio de organización social, de poder, de fronteras, etc.?

P. Berger, sociólogo de la religión de origen vienes, pero afincado en Estados Unidos, dirá: acudiendo al Absoluto, a Dios. Si logra mostrar que tales cambios Dios los quiere, entonces tenemos el ancla más firme que existe para fundar el nuevo orden. No se puede acudir a legitimación más alta. Dios, el Absoluto, lo sagrado, es la última instancia a la que acudir para alcanzar el visto bueno o sanción del orden existente.

Este recurso a Dios, lo Absoluto, es, sin embargo, de doble filo: un profeta u otro caudillo puede usar a Dios para decir lo contrario: este poder, este régimen, esta guerra, este modo de organizar la sociedad, no lo puede querer Dios. Y estamos ahora ante la máxima deslegitimación o condena.

Es decir, el recurso a Dios, a lo más alto y poderoso respecto a este mundo, es un mecanismo ambiguo: puede servir tanto para legitimar como para deslegitimar; para afirmar como para negar.

La ambigüedad insuperable de este mecanismo religioso legitimador -una suerte de arribaabajo- ha sido la causa de la utilización de la religión por unos y otros. La religión se manifiesta así capaz de ser utilizada por los dos bandos contrarios de una guerra, una ideología, etc., para, presuntamente, avalar sus propuestas. Incluso podemos sospechar que el uso, la manipulación masiva de que ha sido objeto la religión a lo largo de la historia para legitimar cruzadas, guerras, conquistas, masacres y violencia -hasta el mismo día de hoy, como vemos en la guerra de Iraq-, se debe a la ambigüedad inherente a este mecanismo. Por una parte, la religión resulta muy atractiva para los políticos y los ideólogos para ser utilizada por el poder y, por otra, las menos veces, también puede ser empleada para denunciar y atacar al poder.

c) La sangrienta frontera del islam.

Puede una religión determinada ser utilizada hoy como elemento de legitimación de la violencia?

Esta pregunta dura y directa ha sido contestada, de alguna manera, afirmativamente. S Huntington, profesor en Harvard del conflicto social, ha señalado el hecho de que actualmente el islam tiene una frontera sangrienta prácticamente con todas las demás culturas religiosas: con la ortodoxia cristiana en los Balcanes; con el hinduismo en Cachemira; con el catolicismo en Filipinas; con el judaísmo en Palestina; con los coptos en Egipto y Etiopía; con el animismo africano en Sudán; con cristianos en Nigeria y Liberia, etc. Se desliza así la sombra del problematismo del islam en nuestro momento. Tras el 11-S ha servido para lanzar la amenaza del choque de civilizaciones. Como han indicado muchos analistas, lo peor de esta visión es que sirve para encubrir los muchos problemas de carácter político, nacional, social, histórico, de intereses energéticos, que están subyacentes a dichos conflictos. Pero la imagen que ofrece, a primera vista, y es innegable, es que la religión está tomando parte prácticamente en todos los conflictos actuales.

La cuestión que hay que dilucidar en cada caso es: cómo actúa la religión en dicho conflicto? Es manipulada por una o ambas partes para incentivar el conflicto? Ya hemos dicho la facilidad con que se puede manipular la religión.

Sin duda, detrás de un problema tan complejo como el que atañe a diversas naciones y situaciones históricas como las referidas, las respuestas no pueden ser sencillas ni ir en una sola dirección. El integrismo radical árabe manipula el islam para justificar sus actos terroristas y sus autoinmolaciones. Pero aun ahí existe un clima de excitación ideológica y de desesperación que facilita tal uso instrumental de la religión. Y el fundamentalismo de mercado de los neoconservadores norteamericanos apela a la defensa de la civilización cristiana, a la misión de América en el mundo, para justificar, como ya no creíamos posible en el siglo veintiuno, guerras preventivas con mentiras que encubren proyectos imperialistas de control y dominio energético.

d) Algunas primeras conclusiones.

Llegados a este punto, lo que más claro nos queda es la ambigüedad de la religión ante la violencia. Hay una facilidad en el uso legitimador de la religión que la hace propicia para la manipulación por parte del poder de turno.

De aquí que el creyente debe mantener una actitud de vigilancia crítica frente a la religión y sus usos. No se puede ser ingenuo respecto a la religión y sus funciones sociales. La historia nos enseña que puede servir para resistir al poder y sus manipulaciones y construir la paz, pero que también, en demasiados casos, ha sido fácilmente utilizada.

El cristianismo parece ofrecer, con el Crucificado, la víctima inocente que desvela el uso sacrificial de la violencia. La religión parece tener una inclinación a mitificar al inocente sacrificado y encubrir así la violencia cultural. El cristianismo ofrece una particular sensibilidad para estar atentos a los usos expiatorios, sacrificiales, creadores de chivos expiatorios y víctimas inocentes, aunque, como hemos visto ya en algunos capítulos previos, también puede caer en la trampa expiatoria.

2. Es el monoteísmo generador de violencia?

Nuestro momento histórico está ofreciendo un espectáculo de violencia, que se relaciona con los monoteísmos, como no se había visto quizá jamás. Oriente Próximo es el lugar de la confrontación más visible donde judaísmo, islam y cristianismo aparecen enfrentados. Judíos contra islámicos y al revés; islámicos contra cruzados en Iraq, Afganistán y el mundo entero mediante el terrorismo de Al Qaeda. Se llega a decir que el monoteísmo está puesto en cuestión. Un lamentable espectáculo de sangre y muerte que plantea la pregunta de si no hay algo en el monoteísmo que lo hace particularmente excluyente y violento.

a) El exclusivismo monoteísta.

La respuesta afirmativa acerca del carácter excluyente y violento del monoteísmo ha venido de la mano de un estudioso alemán de la cultura y la religión egipcia. Jan Assmann ha publicado algunos estudios en los que trata de mostrar que el monoteísmo judío, heredero del monoteísmo egipcio, ofrece una teologización que representa un salto respecto a las religiones hasta entonces existentes.

En qué consiste este salto cualitativo del monoteísmo judío respecto a las demás religiones? En que la religión de Moisés es una religión reflexiva, más teológica, capaz de introducir la distinción entre religión verdadera y falsa. Se trata de un acto revolucionario en la historia de las religiones. Más que la sustitución del politeísmo por el monoteísmo; de los ritos y el culto por el texto revelado, y más que la superación de una visión local por una universal, estamos ante el paso de un tipo de religión primaria a otra secundaria, caracterizado por un nivel de reflexión teológica más elevada. Nos encontramos ante una nueva actitud del espíritu.

Desde este momento, esta nueva religión monoteísta introduce un elemento de distinción, lo que Assmann denomina la distinción mosaica, que discrimina entre religión verdadera y falsa. Estamos ante el origen de una teología política que conduce a la intolerancia. Lleva a la confrontación y antagonismo respecto a las demás religiones, especialmente a las denominadas primarias o cósmicas, con varios dioses. El monoteísmo mosaico se muestra así enemigo de las diversas formas de lo divino. Solo conoce una forma, que se presenta como única y verdadera.

De aquí se deduce que el llamado segundo mandamiento o prohibición de hacer imágenes de Dios se trata, en realidad, de un principio destructor, iconoclasta, que lleva en su seno la confrontación con las religiones no monoteístas. El politeísmo y las religiones cósmicas están en el punto de mira del monoteísmo. Visto desde este punto de vista, se ve claramente el potencial de violencia que almacena el monoteísmo con su pretensión de verdad en exclusiva. Introduce en la historia un giro decisivo: la de la religión verdadera. Se inicia el camino de la cultura de la diferencia (verdadero-falso) que tanta violencia ha desatado en la historia. Las demás religiones son falsas y hasta deben ser erradicadas como error, mentira y falsedad.

Y entendemos los reproches al monoteísmo. La relación incondicional con el Dios único conduce al terror. Este Dios uno es el único verdadero y no tolera a nadie junto a sí, y tampoco a adoradores de falsos dioses. Se inicia el doloroso y hasta sangriento camino histórico de las denuncias, marginaciones, persecuciones y juicios contra idólatras, magos, cismáticos, herejes o paganos e incrédulos.

Jan Assmann añade una precisión respecto al carácter intolerante y violento del monoteísmo: esta violencia se aplaca cuando el monoteísmo conduce a una auto-segregación o separación de los otros, como es el caso del judaísmo; pero cuando se busca su realización histórica universal, como sucede con el cristianismo y el islam, estamos en el umbral de la violencia.

b) El problema de la verdad.

Jan Assmann nos ha conducido hasta el tema de la verdad y la religión verdadera. Nos muestra cómo a su juicio se explica desde aquí la tendencia que existe en el monoteísmo hacia el exclusivismo, la intolerancia y la liquidación del opositor. El monoteísmo se ve como un generador de confrontación, violencia y muerte. Vinculado a ideologías, políticas o visiones del mundo, como sucede con facilidad, las tiñe de exclusivismo y políticas impositivas.

Pero, es cierto que el monoteísmo (bíblico) conduce inevitablemente al exclusivismo? No sería más lógico que condujera hacia la tolerancia, dado que al único Absoluto no hay representación ni mente que lo alcance y posea realmente? No sería más comprensible que, como dice J Derrida, al Absoluto nadie lo posee y, por tanto, caben múltiples aproximaciones, todas inadecuadas, finalmente?

Ahora bien, parece cierto que el monoteísmo tiende a la afirmación de la verdad. En el cristianismo ha adoptado la forma de la llamada lo absoluto de la verdad cristiana. Y no hay duda de que ha sembrado de intolerancia y violencia la historia. Pero, no se nos ha confiado la verdad definitiva en Jesucristo?

Hay un modo de entender la fe en que el Verbo hecho carne constituye la última y definitiva comunicación de Dios a los hombres, que es imperialista: cuando se entiende como posesión de una verdad total y completa. Y habrá que distinguir, como dicen teólogos como C Geffré, entre la revelación como acontecimiento y la revelación como mensaje. Como acontecimiento sucedido en Jesús es insuperable, irrebalsable; como mensaje transmitido a través de Jesús y sus seguidores es limitada y no puede pretender agotar la plenitud de verdad que está en Dios. Dicho de otro modo: la verdad de Dios se nos comunica, incluso en Jesús, de forma limitada, finita, dado el vehículo humano. El mismo Jesús de Juan deja esa apertura hacia el futuro pleno cuando dice: Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa (Juan 16, 13). La Verdad está en Dios solo; se suele decir que tiene un carácter escatológico, es decir, que ocurrirá al final de los tiempos. Hasta entonces vivimos de aproximaciones limitadas de la verdad. Somos buscadores de la verdad, no poseedores de ella.

Por tanto, saquemos la conclusión: solo la verdad que coincide con el misterio de Dios es una verdad absoluta. Las demás son verdades relacionales -mejor que relativas, que se suele entender muy mal y produce nerviosismo-, es decir, verdades relacionadas con la manifestación de la Verdad en un momento histórico, una tradición, un lenguaje, etc. Todas las tradiciones religiosas son destellos de la Verdad. El Concilio Vaticano II reconoce que en las demás religiones hay semillas de verdad y santidad (Nostra aetate). El cristianismo, por tanto, no excluye ni incluye las semillas de verdad que se pueden encontrar en las demás religiones. Por este camino llegamos a admitir, dirá C Geffré, el absoluto de la verdad-manifestación que ocurre en Cristo, pero que en la historia de cada día remite a una plenitud de verdad que sigue estando velada.

Si entendemos las cosas de esta manera matizada, entonces podemos ser abiertos y universales respecto a la universalidad del misterio de Cristo, sin ser impositivos ni fundamentalistas respecto a la universalidad de la religión cristiana. Cristo es el centro de la historia, pero el cristianismo es una concreción y particularidad histórica. Dicho claramente: no podemos absolutizar el cristianismo en cuanto manifestación histórica.

Una conclusión importantísima se alcanza por este camino: la de la pluralidad de vías que llevan a Dios. Hoy por hoy nos parece históricamente insuperable el hecho de la existencia de varias religiones o caminos. Este hecho se puede leer como debido a la obcecación y maldad humana, pero cada vez se comienza a ver como un pluralismo que corresponde al discurrir mismo de la salvación de Dios, que, como decíamos, busca al ser humano en las propias búsquedas humanas.

Urge que los creyentes adultos y maduros entiendan que La Iglesia es signo eficaz y realidad incipiente del Reino de Dios, pero no es el Reino de Dios. De ahí se desprende que tenemos que estar atentos a sus diversas presencias y ser radicalmente dialogantes y respetuosos con las demás semillas de la Verdad. Se trata de respetar el misterio mismo de la salvación en Jesucristo y ser testigos de los valores del Reino.

c) La competencia entre paradigmas.

Damos un paso más. Las religiones son cuerpos vivos: evolucionan, se desarrollan, se adaptan o responden a las cambiantes circunstancias sociales y culturales que les toca vivir. De ahí que las religiones, manteniendo su identidad o esencia, presenten modelos o configuraciones globales que son formas de entender y expresar el núcleo de su fe, que varían con el tiempo. Hans Küng, por ejemplo, ha puesto de manifiesto estos cambios de modelo o paradigma que han experimentado el cristianismo, el judaísmo y el islam.

Sucede además que los modelos o paradigmas antiguos conviven con los nuevos. Así hay personas entre los cristianos que viven un modo o estilo de fe tradicional, más propio de un tiempo medieval o de un modelo eclesiástico absolutista que de los tiempos posconciliares. Y esto sucede también entre los musulmanes y los judíos.

La consecuencia es que se dan confrontaciones, enfrentamientos, disensiones entre los modelos o formas de entender la misma religión, que producen tensiones y conflictos. Y entre diversas religiones. Se ha señalado que existe una cierta analogía de problemas entre los tres monoteísmos. Los tres presentan su época de esplendor y su crisis o confrontación con la Modernidad. Judíos y cristianos han tenido que responder a los desafíos que les venía de la llamada Ilustración, de la crítica moderna a la religión, algo que el islam ha desconocido hasta nuestros días.

El diálogo y entendimiento entre las religiones y entre las religiones y la cultura moderna no puede desconocer esta diversidad de paradigmas. Se entenderán mejor creyentes con mentalidad crítica, aun siendo de religiones distintas, que creyentes de la misma religión con paradigmas diferentes. Las tensiones y el rechazo mutuo pueden elevarse mucho cuando las religiones y los paradigmas son distintos. El llamado actualmente choque o diálogo de civilizaciones tendrá que trabajar por demoler los muros de los prejuicios y construir los puentes del diálogo, especialmente con el islam.

d) Preferible el politeísmo al monoteísmo?

Al final de este repaso por las principales acusaciones al monoteísmo como fuente de intolerancia y violencia se propone una alternativa: el politeísmo. Volvamos a recuperar el politeísmo, que no posee una concepción exclusivista de la verdad ni desata los antagonismos y violencia que han provocado los monoteísmos. Filósofos como Hume hasta Nietzsche y Schopenhauer han cantado las excelencias del politeísmo: es tolerante, abierto, respetuoso con la pluralidad, impulsa la creatividad y la libertad en la diferencia. Ser moderno parece que se aviene mejor con el politeísmo que con la rigidez y estrechez impositiva del exclusivismo monoteísta.

En nuestros momentos actuales hay otra acusación por la que se prefiere el politeísmo sobre el monoteísmo: la enorme tensión ética que lleva consigo el monoteísmo. Moisés cambia la imagen de Dios: Yahvé no tiene parecido humano y tampoco tiene necesidad de ofrendas y sacrificios, solo pide fidelidad y un comportamiento moral (los mandamientos) respecto al prójimo. La pasión de absoluto del Dios único se torna en tensión ética enorme. G Steiner lo ha reconocido para el judaísmo y el cristianismo. Exige amar al otro, al extraño, al forastero, porque es otro tú; es hijo igual que nosotros; es nuestro hermano. Basta recordar el capítulo anterior sobre la solidaridad para reconocer esta tensión ética. Algunos escritores y pensadores alemanes actuales, como H M Enzensberger, M Walser o P Sloterdijk, desaprueban esta tensión, que lleva hacia los derechos humanos. Mejor dejarse de utopías redentoras que solo han traído sufrimiento al hombre y apostar por una ética de la proximidad, de la capacidad de disfrute entre nosotros (Walser). Hay que liberarse de las fantasías morales omnipotentes, dirá Enzensberger. Hay que descargar, en vez de sobrecargar, la conciencia del hombre con una responsabilidad opresora; hay que expulsar la culpa. El politeísmo con sus muchos dioses deja en paz y no tensa la conciencia.

e) Pequeña defensa o apología del monoteísmo.

Frente a las acusaciones lanzadas, qué puede decir el monoteísmo?

En primer lugar, no está nada claro que en el politeísmo no se dé el miedo y la servidumbre. Conocemos textos críticos que, ya antes del cristianismo, se mofan de la carga de servir a Zeus, a Venus, a Diana o a Hércules, y tener que agradecerles con sacrificios o temer sus celos o represalias. Al final, todo este politeísmo era una carga, económica y psicológica, para los fieles. El Dios único libera de las guerras y celos de los dioses y de sus servidumbres. Incluso, como muestra la propagación pacífica del cristianismo en el Imperio romano, el monoteísmo jugó a su favor. El estoicismo, la filosofía más influyente en el helenismo y la Roma de los cesares, apuntaba hacia un monismo. El culto a Mitra y el dios sol invicto desde el siglo n parece que ayudó a extender la concepción y el culto al solo y único dios. Habría que añadir que se exagera cuando se presentan las sociedades politeístas como perfectamente integradas y sin injusticias y violencia, y, como señala Walter, se desconoce la sensación de divinidad difusa que recorría el panteón politeísta.

En segundo lugar, como han señalado los críticos de Jan Assmann, el monoteísmo mosaico no se caracteriza tanto por el pretendido nivel de discriminación entre religión verdadera y falsa cuanto por su rasgo liberador. Yahvé, más que atacar a los dioses extraños, quiere sacar a su pueblo de la esclavitud. El Dios del Éxodo no nace de la imposición violenta de una verdad, sino de una experiencia de liberación. Yahvé es el protector de la libertad, la justicia y la solidaridad. La distinción mosaica no quiere opresión ni esclavos, sufrimiento ni injusticia. Aquí radica el hecho de que, en Occidente, el modelo del Éxodo haya funcionado como protesta contra la opresión y haya alimentado las esperanzas de liberación de los sometidos.

Añadamos que la experiencia liberadora de Egipto, experiencia originaria de Israel, no es una especie de milagro o intervencionismo divino continuo: Israel conoce que comportarse religiosamente no quiere decir disponer de Dios ni inmunizarse contra el sufrimiento o la injusticia; debe afrontar las causas del sufrimiento y la injusticia. Es puesto una y otra vez frente a sus responsabilidades.

En tercer lugar, es verdad que la no violencia de Jesús fue contradicha por reacciones agresivas, tras el reconocimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio romano, contra los judíos y los cultos paganos. Se advierte que el problema, al menos del cristianismo, radica en la dificultad de relacionarse con la diversidad.

Mentalidades de converso, como la de Tertuliano (convertido al cristianismo antes del 197), llevaban consigo un rechazo de todos los actos religiosos del mundo antiguo. San Agustín, al inicio de su conversión (Milán, año 386), reconocía que en la búsqueda de la verdad hay percepciones distintas, igual que el ojo humano percibe el aura de la luz de manera diferente. Pero, en sus últimos tiempos, tras ser obispo y tener agrias confrontaciones con los donatistas, corrigió la opinión acerca de que a la sabiduría no conduce un único camino. Cristo es el único camino.

En definitiva, cuando unidad y universalidad se vinculan con una reivindicación de verdad absoluta, estamos ante el monoteísmo de los poseedores de Dios. En este momento, los estandartes de la imposición y la violencia están próximos. Pero si Dios es Misterio no disponible ni calculable ni representable, entonces no puede haber apropiación exclusiva de Dios. Y surge una relación respetuosa con la diversidad. Nace lo que A Fürst llama unidad en la pluralidad y en la libertad.

3. Los pecados de la Escritura.

Hay una idea sencilla que debiera quedar muy clara para el lector: la Biblia, que no es un libro, sino muchos -eso significa la palabra- y de épocas diversas, no ofrece una única imagen de Dios. No hay que imaginar que el monoteísmo surgiera de una pieza, entero y limpio, de Moisés (como también da la impresión Jan Assmann). Hoy día se acepta más bien que lo que generalmente se inició con Moisés, solo se alcanzó, se comprendió y aceptó, con muchas dificultades y vicisitudes, siglos después. La afirmación del Deuteronomio (4, 35): Solo Yahvé es Dios; no hay dioses aparte de él, se alcanza cinco siglos después de Moisés.

Hay un proceso o evolución en el concepto e imagen de Dios. Lo que los hombres percibimos de Dios y lo que decimos de él no es lo mismo en tiempos de los patriarcas, de David, de Isaías, de Jesús y aun después de él, no es lo mismo lo que dice Marcos que Juan, san Agustín que santo Tomás de Aquino, Lutero que el cardenal Newman, Pío X que Juan VEINTITRES. Leemos los mismos textos, pero con preguntas e inquietudes diferentes. Y el rostro de Dios y de Cristo va cambiando, manteniendo un núcleo esencial.

Tampoco nos tiene que extrañar que la Biblia -y los demás libros sagrados de las demás religiones ofrecen procesos parecidos- presente lo que un obispo estadounidense, con humor y muy buen sentido, denomina los pecados de la Escritura. Todas las religiones tienen estos pasajes oscuros, donde Dios aparece con formas e imágenes antropomórficas, sacadas del momento social y cultural vivido, que posteriormente aparecen como muy inadecuados. Así, en la Biblia hay numerosos textos donde Dios aparece revestido de poder y ejerciendo la violencia. En nuestros días se discute, hasta en los periódicos, si determinados pasajes del Corán sobre la yihad significan lucha, batalla, guerra santa, si se refieren a la vida espiritual y los enemigos interiores o a la lucha violenta contra los enemigos externos. Y en libros sagrados que parecen alejados de la violencia, como el Bhagavadgita, encontramos también una legitimación de la guerra en labios de Krishna: este aconseja a Arjuna que tome las armas por una causa justa en la batalla de Kurushetra.

El llamado registro del poder para pensar o imaginar a Dios recorre la Biblia. Un imaginario sobre Dios deudor de la imagen de los señores, los jefes y reyes de aquel momento. Israel luchó por convertirse en nación, establecerse en Canaán, tener un territorio propio e independiente, todo este proceso está ligado a la guerra y la violencia. Y Dios aparece como guerrero, celoso en momentos, incluso como implacable y terrible. Eran el modo como le veían.

Ahora bien, si prestamos atención, también podemos observar otros registros recorriendo la Biblia. Desde el Génesis mismo hay indicios y huellas claras de un Dios débil y con fragilidades que pregunta, se arrepiente y que, a la altura de los profetas, ya no castiga la culpa de los padres en los hijos (Ezequiel 18, 2; Jr 31, 29). Hay una evolución palpable. Hay varios rostros de Dios. Y hay uno, al que ya hemos hecho referencia, que tiene entrañas de misericordia, que se muestra fiel y cariñoso, maternal, con su pueblo, dispuesto al perdón siempre. Es la línea que va ir predominando y que, sobre todo, va a acentuar Jesús.

Hoy, judíos y cristianos consideran más adecuado a la imagen de Dios leer esta línea bíblica que presenta un Dios cercano a nosotros, desarmado en el amor, menos poderoso que como se imaginó antaño y, sobre todo, no violento, ni Señor de los ejércitos, ni dominador a base de golpes de fuerza. Hemos tratado de justificar, desde el primer capítulo de este libro, el porqué de este cambio en la imagen de Dios. Pero será bueno no olvidar los diversos rostros de Dios en la Biblia.

Y digámoslo enseguida, sintetizando muchas cosas ya dichas: la predicación de Jesús del Reino de Dios ofrece un modo de ver a Dios que hemos ido resumiendo en una imagen de amor y libertad. Un Dios abierto a todos, que es salvación para todos y que quiere y desea que todo ser humano sea realmente libre. Este Dios, como dirá el teólogo jesuita francés J Moingt, libera del peso de la religión y lo sagrado, con todos los terrores y las servidumbres que suponía. Dios no está ligado a pueblos elegidos, templos, representaciones, cultos; Dios anda en el mundo, profano, de los hombres. Ahí se le encuentra.

Este Dios de Jesús que se expone y no impone nada es lo más contrario a la imagen de un Dios intolerante y violento o que genera exclusión y guerra. Su imagen conduce a una relación fraternal y solidaria con los hombres, modelada sobre unas relaciones paterno-maternales de Dios con nosotros. Lo cual no quita, digámoslo con tristeza, que el cristianismo no haya sido violento cuando ha tratado de imponer su visión, su verdad, e incluso consideró a Dios como un aliado con el poder político e imperial.

Será muy bueno no olvidar que las Escrituras tienen pasajes oscuros y ambigüedades en el texto sagrado. No necesitamos borrarlos ni rechazarlos, pero sí reconocerlos para evitar lecturas radicales o falsas. El mejor antídoto que tenemos frente al fundamentalismo radical y violento es reconocer las limitaciones de la propia tradición religiosa y hasta sus peligros. Este reconocimiento nos vacuna contra la arrogancia de una tradición religiosa sobre las demás y nos impulsa a moderar nuestro sentimiento y no relajar la vigilancia crítica. Nos ayudará también a tener una actitud cuidadosa, reservada y crítica, contraria al literalismo, respecto al texto y las imágenes hostiles que cada religión ha forjado respecto a las otras.

4. El nombre de Dios es Paz.

Habría que ir concluyendo que, si Dios tiene un nombre, este tiene que ser el de Paz, y no el de la violencia y la guerra. Si escuchamos a las religiones, habrá que reconocer que en todos los encuentros, desde Asís hasta el de líderes religiosos musulmanes con el papa Benedicto XVI en Colonia (agosto de 2005), se recuerda y se reitera que las religiones rechazan la violencia, la guerra y el terrorismo como una opción perversa y cruel. Dios, si tiene nombre, es Paz. En nombre de Dios no se puede justificar la guerra ni el desprecio hacia la vida. El secretario general de la ONU, Kofi Annan, decía en su discurso sobre la ética mundial (Tubinga, 2003): Ninguna religión ni sistema ético deben ser condenados nunca por las desviaciones morales de algunos de sus adeptos.

Ahora bien, precisamente por lo dicho, tampoco podemos aceptar lecturas religiosas que justifican tales acciones. No hay teología del terror ni se pueden aceptar como mártires a los que mueren matando, incluso en funerales y ceremonias religiosas.

La palabra paz, shalom en hebreo, sdam en árabe, como ya indicamos, está muy vinculada en las tres religiones monoteístas a la salvación. Y lleva en su sentido original hacia la salud, el bienestar, la protección, la seguridad. Todo lo contrario al discurso sobre la guerra.

Quizá por esta vinculación de la salvación con la paz, todas las religiones han dado origen a movimientos pacifistas. Algunas incluso se han orientado a proteger la vida, toda vida, en cualquier situación y condición. El budismo, en algunas de sus variantes, es drástico en este punto. Sin embargo, algunos pueden achacar a esta ética de la paz un lado negativo: se niega la agresividad humana y se muestra uno indiferente frente a las situaciones de injusticia y miseria. Claro que por este camino desembocamos fácilmente en el extremo contrario ya criticado: el de la lucha contra los enemigos de Dios, invocando a Dios.

No cabe ir avanzando sin resbalar hacia los extremos? Si Dios es Paz, las religiones y los creyentes tienen que ser constructores de paz. A pesar de toda la violencia que recorre los tres libros sagrados monoteístas, debemos afirmar que existe una imagen de Dios que invita a la superación de la violencia gratuita y desproporcionada (ley del talión), hasta la disposición a tratar al extranjero como otro yo y, finalmente, dar la propia vida para salvar otra vida humana.

Las religiones pueden eliminar obstáculos, luchar contra los prejuicios de unos contra otros, tender puentes entre los seres humanos, propiciar actitudes de confianza mutua y, sobre todo, generar por medio del diálogo y la compasión prácticas de solidaridad y de entendimiento entre sí y entre los colectivos, las llamadas civilizaciones.

Va creciendo la conciencia de que la paz sin justicia no es paz. Desde aquí vemos la situación de violencia que supone la miseria, la ignorancia, las enormes desigualdades entre clases sociales y naciones, la explotación económica o las actitudes políticas irresponsables e imperialistas. Contra esta violencia hay que luchar denodadamente. Y sabemos, lamentablemente, que se puede utilizar la retórica religiosa para animar a la violencia, para ser manipulada o instrumentalizada fácilmente con fines políticos violentos. Desearíamos que la religión jugara la carta del esfuerzo y el trabajo de la paz con la justicia.

La conciencia pacifista también va creciendo en nuestro mundo. Vamos siendo conscientes de que la guerra no es el medio para solucionar los problemas humanos, aunque hay que defender a la humanidad contra acciones bélicas arbitrarias o intencionadas. En estas difíciles condiciones, las religiones y sus creyentes debiéramos ser pacificadores. Anunciar el mensaje de la paz con justicia en un mundo violento. Bienaventurados los que trabajan por la paz (Mateo 5, 5).

5. Un Dios y una religión no sacrificiales.

Vamos viendo que la religión, para ser constructora de paz, tiene ella misma que ser crítica con sus propios demonios, que la empujan hacia la violencia. Trabajar por la paz como creyente equivale a trabajar en dos frentes: construir un mundo más justo y solidario, y esforzarse por una imagen de Dios, una religión, no sacrificial ni justificadora de la violencia.

Recordamos, recogiendo ya numerosos hilos desarrollados en otros capítulos, algunas recomendaciones para esta tarea.

Dios nos llama a la vida fraterna y la libertad con otros gratuitamente. Y nosotros entramos en la salvación cada vez que ejercemos una gratitud semejante a la de Dios. Lo más contrario a Dios es la venganza o la sed de compensaciones. Dios no necesita el olor de los humos de ningún sacrificio ni de ninguna expiación humana.

Salva el amor de Dios. No salvan las religiones, ni el culto, ni los cumplimientos legalistas. Nos ayudan en tanto en cuanto nos enseñan a buscar a Dios y a amar a nuestros prójimos. El camino evangélico es el salvador, es decir, el amor y la solidaridad.

En Jesús se da una nueva revelación, un nuevo rostro o imagen de Dios: un Dios que se une a nuestra humanidad y se liga a la historia de los hombres. Un Dios que vino a vivir con nosotros, como uno de nosotros, para habitar finalmente en nosotros. Un Dios que se manifiesta no por la vía del poder, sino de la debilidad, que se niega a intervenir en la historia con actos de poder para hacer crecer a sus hijos libres y adultos para que se puedan mantener de pie ante él. El Dios que abdica de su poder nos indica una cosa: que Dios es amor y solo amor.

La cruz de Jesucristo muestra la coherencia de la vida de Jesús hasta el final por realizar el sueño de Dios sobre los hombres (= Reino de Dios). La cruz es, antes que sacrificio, la muestra de la libertad humana. En su parte negativa indica el temor a la libertad, como el pecado original del ser humano y de las religiones; en su parte positiva señala cómo ser Hijo quiere decir ser libre hasta el final.

Al Dios de Jesús, al Dios encarnado, se le encuentra en el mundo. El cristianismo sacraliza el mundo o, si se prefiere, desacraliza todo y nos quita el peso de la religión y de lo sagrado. La religión siempre tiende a ponerse en lugar de Dios; a obligar a pasar por ella para encontrar a Dios. El Dios de Jesús pide un culto en espíritu y en verdad, que finalmente se traduce en amor solidario para con el prójimo. Aquí está toda la religión y la Ley (Gálatas 5, 14).

El misterio de Dios desborda todas las religiones, incluido el cristianismo. Nosotros conocemos la manifestación última y más plena de Dios en Jesús, pero la riqueza de su revelación permanece abierta a la acción del Espíritu. Él nos enseñará. Y también nos va mostrando las semillas de verdad que ha derramado en otras religiones. Nuestro espíritu debe estar, por tanto, abierto; ser una casa acogedora, respetuosa, dialogante y reconocedora de las riquezas y tesoros del otro, que no nos quita nada a nosotros. Delante del misterio de Dios, todos somos buscadores más que poseedores de la Verdad.

6. Para asumir el Dios de la paz.

Ya el apartado que acabamos de cerrar sugiere el cambio de imaginario que tenemos que ir elaborando para que nuestra imagen de Dios evite los peligros fundamentalistas y colaboremos a una imagen de Dios sostenible racionalmente y sustentable religiosamente. Añadimos a modo de resumen y recordatorio de nuestra imagen de Dios algunas expresiones o frases guía.

El nombre de Dios es Paz. No se pueden justificar guerras santas ni justas, ni martirios donde se mata en nombre de Dios. Eso sería tanto como practicar una teología o religión del terror.

El nombre de Dios es Misericordia y Liberación. Si Dios no quiere algo es el sufrimiento gratuito y la opresión del ser humano. Quiere su liberación; quiere que sus hijos puedan estar de pie ante él.

El nombre de Dios es Diálogo y Tolerancia. Dios es comunicación al ser humano, no imposición. Parecerse a Dios es practicar el acercamiento al otro, la escucha, el diálogo, la comprensión.

El nombre de Dios es Verdad. Una verdad que se ofrece y se expone, nunca se impone.

La verdad se busca, no se posee. De aquí brota la diversidad de caminos hacia la Verdad. Y la posibilidad de una unidad en la pluralidad y en la libertad.

8. Del Dios solitario al Dios trino.

A la mayoría de los creyentes, la Trinidad no les dice nada. Es una doctrina extraña y superflua. Entorpece nuestra comprensión del Dios único. Al final no se termina de acomodar mentalmente lo que ya Goethe denominaba la aritmética de la brujería: un Dios que es a la vez trino.

Y, sin embargo, el Dios trino, la Trinidad, es la característica más distintiva del cristianismo. Al decir que Dios es uno y trino, estamos diciendo algo muy importante para la comprensión de nuestro Dios. En la visión de la Trinidad se sintetiza prácticamente todo lo que hemos venido diciendo sobre Dios. Especialmente cambiamos una imagen de un Dios individualista y solitario por la de un Dios de la vida, relacional, comunitario, aunque todas las palabras y las imágenes se nos muestren ahora, más que nunca, infelices e inadecuadas. Para la espiritualidad cristiana también debiera ser muy importante esta visión de Dios. Con la esperanza de mostrar que la Trinidad no es una doctrina rara ni alejada de nuestra comprensión de Dios, iniciamos este capítulo.

1. Al principio está la experiencia.

El dogma de la Trinidad no fue un invento de los teólogos griegos de la Iglesia primitiva, como suele decirse. Surgió de la misma vida de los cristianos. Especialmente, como dirá J Moingt, fue más una práctica que una idea. Nació ligado a la experiencia de la cruz y la resurrección. Se arraigó y se divulgó en la comunidad creyente a través de la profesión de fe bautismal.

a) La práctica del bautismo.

El bautismo es un sacramento trinitario en acto, un símbolo que reproduce el origen trinitario de la fe cristiana. Los primeros cristianos eran bautizados; en las catequesis bautismales era recordado Jesús en el Jordán, y los catecúmenos escuchaban ahí y en otros textos a Jesús dirigiéndose a Dios, ser llamado él Hijo muy querido y al Espíritu siendo la fuerza y el impulso que le movía. De una forma no clara ni nítida, estos cristianos comenzaron a percibir que su fe cristiana giraba en torno a tres nombres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En Mateo 28, 19 ya tenemos la fórmula bautismal:... bautizándolos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, donde se pone en el mismo plano a las tres instancias que ostentan el nombre único de Dios.

Llegamos por esta vía a comprender cómo la Trinidad existió en la fe de los cristianos antes de que se creara la palabra trinidad. Como dirá J Moltmann, la Trinidad brotó de la experiencia de Dios de los primeros cristianos. Antes de que llegara a acuñarse la palabra -la primera vez, en una sola ocasión, en el siglo II- ya estaba la experiencia. Así se fue fraguando poco a poco una respuesta cristiana acerca de quién es nuestro Dios. Comenzaban a responder con naturalidad: Dios, el Creador, nuestro Padre, y su Hijo Jesucristo, que vive con él, con el Espíritu Santo.

En el fondo había una experiencia que podemos traducir así: la convicción de que este mundo había surgido de Dios creador, y este se nos había acercado de modo insuperable en Jesús y vivía en nosotros como nuestro guía y nuestra fuerza, el Espíritu Santo.

Podemos entender también que este estilo de respuestas resultaran desconcertantes tanto para judíos como para paganos: al final, les dirían: Creéis en un Dios o en varios?. Y la respuesta comenzó a ser: ni una cosa ni la otra.

Cuando llegamos a este estadio es cuando entra la reflexión. Hay que dar una respuesta a nosotros y a los otros ante las preguntas que nos interrogan. De ahí surge la palabra trinidad -del griego trias, en latín trinitas- con el sentido de un grupo indiviso de tres en quien se reconoce un solo Dios. La unidad de Dios se organiza en tres, con una palabra colectiva que pretende señalar el lazo que une a tres individualidades. Era ya una profesión de fe.

b) La experiencia pascual.

Insistimos en que la Trinidad brota de la experiencia cristiana que se tiene con Jesús. Los primeros discípulos, tras la muerte en cruz de Jesús, abandonado por ellos y condenado por las autoridades religiosas y políticas, tienen una serie de experiencias que les van a conducir a la afirmación extraordinaria de que Jesús vive, ha sido resucitado por el Padre, ha sido elevado y está a su diestra (Hechos de los apóstoles 2, 32ss). Poco a poco se fue viendo en la intimidad y cercanía de Dios con Jesús un signo del carácter divino de Jesús. Jesús estaba en la órbita divina, era el Verbo encarnado. Comenzaron a ver la vida de Jesús desde esta experiencia pascual. Y a comprender que Jesucristo tenía que ser desde el principio de su misión lo que se manifiesta al final.

Junto a la experiencia de que Jesús vive en Dios, con él, a su derecha, estuvo la de no sentirse solos. Fue expresado de muchas maneras, pero querían comunicar la vivencia de estar siendo acompañados por Jesús resucitado: iba delante de ellos a Galilea (Marcos 16, 7); estará con nosotros, cada día, hasta el fin del mundo (Mateo 28, 20); no os dejaré solos estaré con vosotros, os enviaré el Espíritu de la verdad (Juan 14, 17s). Luego vendrá la oración, la experiencia interior, de que el Espíritu está y mora en nosotros y, como dirá Pablo (Romanos 8, 26): Intercede por nosotros con gemidos inarticulados.

Una vez que se acepta que el Hijo es un ser divino, distinto del Padre, y que sienten y experimentan su acompañamiento a través de su Espíritu, que también lo es del Padre, nos situamos en una línea que tarde o temprano, a través de las preguntas de otros y de las propias, va a buscar una respuesta. Quién es este Dios?

Por una parte seguían con la idea bíblica de un Dios solo. Por otra tenían la experiencia de experimentarlo en tres formas de ser. Cómo se puede pensar que es uno solo y es tres? Un solo qué y tres qué?

Pero insistamos y digamos con J Moingt: esta forma de ver y experimentar a Dios es más original y específica cristiana que la sola creencia en Dios. Expresa un profundo dinamismo unitario manifestado de tres maneras, tal como lo captamos en nuestra relación con él: a Dios Padre por su Hijo en el Espíritu, que reúne a la comunidad de creyentes (Iglesia).

c) Las disputas y herejías.

Al principio, las disputas se centraron en Jesús. Si Jesús era el Hijo coeterno del Padre, como comenzó a decir el obispo de Alejandría en el siglo iv, entonces no era creado, era de la misma substancia que el Padre. Pero Arrio, un sacerdote imbuido de la fe bíblica en el Dios único, veía que era como poner dos principios divinos: el Padre y el Hijo. Propuso una solución: Jesús era el Hijo, creado antes de todas las cosas, semejante al Padre.

El Concilio de Nicea (año 325) se reunió para tratar esta cuestión. En este concilio se vio que si el Hijo nos salva, nos comunica la gracia y amistad de Dios, nos da el Espíritu, entonces es indispensable que para ello tenga que existir entre Dios y Cristo una gran unión e igualdad, desde siempre. Es decir, se llegó a la conclusión de que Jesucristo tenía que ser el Hijo de Dios por origen, no creado, sino eterno. Hijo engendrado por el Padre, de la misma naturaleza que Aquel que lo engendra. Estas expresiones quedaron incorporadas al Credo que recitamos los domingos en la misa. Se ve así que la primera definición oficial de la fe cristiana se coloca en un símbolo o confesión de fe. Se trata de una práctica y de una experiencia de fe, más que de una especulación teológica.

d) Encarnación y Trinidad.

Durante los primeros siglos cristianos, como vamos viendo, se fue pensando y formulando la fe. Acabamos de ver cómo la imagen del Dios cristiano es antes una experiencia que una reflexión teológica. Esta doctrina se va formando poco a poco al ir tomando conciencia de los problemas. En Nicea no quedó claro todavía qué relación había entre la encarnación y la Trinidad. Sin embargo, estas dos realidades se dan la mano; una vive en la otra; una implica a la otra. La encarnación quiere decir que Dios se hace hombre, que el Hijo de Dios se hace carne. Ahora bien, por qué? La respuesta tiene que ser: no por necesidad de Dios, sino por puro deseo o amor de Dios. Y cuál puede ser ese deseo o movimiento de amor? San Ireneo de Lyon, a finales del siglo II, ya dijo de un modo atrevido y sorprendente: El Hijo de Dios se hizo hombre para acostumbrar al Espíritu de Dios a habitar en el hombre.

Vemos que la encarnación tiene que ver con la Trinidad. Toda la Trinidad viene al hombre. Cuando decimos que Dios se ha hecho hombre, estamos diciendo algo muy importante de Dios mismo. Dios viene a nosotros en el mundo y en la historia. Dios se nos muestra, de algún modo, como es en sí mismo. Esto es lo que los teólogos, como K Rahner, denominan la economía divina, y dirán que su modo de comportarse hacia fuera nos muestra cómo es Dios hacia dentro o en sí mismo. Así que se nos van uniendo muchos hilos que parecían dispersos.

La encarnación es, por tanto, una expresión, como ya dijimos, de la solidaridad de la divinidad entera con la humanidad entera. El Padre-Madre, al enviar o imprimir su Palabra en la carne nacida de María, viene a habitar entre nosotros, en uno de nosotros. Se hace uno cualquiera, un esclavo, como dice Pablo, para hermanarnos a todos. Y este Dios con nosotros no nos deja solos, sino que se queda a habitar en nosotros mediante su Espíritu, que es Espíritu de Dios y del hombre. De este modo se cumple la experiencia que nos transmite Juan (14, 3.23): Vendremos a vosotros y habitaremos en vosotros.

La encarnación y la Trinidad se enlazan estrechamente. Cuando miramos hacia Jesús vemos a Dios descender hacia nosotros para estar con nosotros en la historia humana. Cuando miramos hacia dentro de nosotros vemos a Dios en nosotros (Espíritu Santo). Cuando contemplamos el punto de llegada, el Misterio mismo de Dios, que nos trasciende, que está sobre, más allá de nosotros y de todo, lo denominamos Padre-Madre.

Una forma sencilla, muy profunda y evangélica de ver la Trinidad es usar la fórmula sugerida ya en los evangelios: Dios con nosotros (Emmanuel) es el Hijo; Dios en nosotros, el Espíritu; y Dios más allá de nosotros, sobre todo lo existente, es el Padre-Madre.

Tres experiencias fundamentales de las que nacen las diversas imágenes cristianas de Dios. Dios mismo en tres modos de subsistencia o personas; tres momentos de ser, como dirá Y Congar; tres maneras distintas, originales y propias de ser uno mismo. Dios, espíritu absoluto, existe triplemente:

como fuente y existencia radical (Padre), como auto-conocimiento y auto-expresión (Hijo, Palabra), y como auto-amor (Espíritu Santo).

Dios es tan grande y se nos ha manifestado a los seres humanos, así decimos los cristianos, de tal manera que no se agota de una sola vez. Lo tenemos que decir en tres veces, en tres experiencias, en tres formas de ser. Dios es Triuno, Unitrino, Trinidad.

Frecuentemente, la vida cristiana y hasta la teología separan demasiado la encarnación y la Trinidad. Es una lástima. Es la encarnación de Dios, del Verbo en Jesús, la que, como vamos viendo, nos conduce hacia la Trinidad. Hay que volver a tomar conciencia de que la Trinidad no solo habita en el cielo, sino que está en la tierra. Sería muy conveniente que ya desde el principio, en las primeras catequesis, se unieran las dos cosas. Además, se puede decir lo esencial con sencillez. Desde Jesús se ve que Dios se manifiesta para comunicarnos que existe para nosotros, con nosotros y en nosotros. Y, como dirá la teología, si la Trinidad económica, la que se manifiesta y vive en la historia, es la misma Trinidad inmanente, la de la eterna vida de Dios, pues entonces se nos está diciendo algo muy importante de cómo es Dios mismo. En la Trinidad tenemos una ventana abierta para mirar en el interior de Dios.

2. Huellas de la Trinidad.

Si la Trinidad es la forma de manifestarse Dios mismo, cabe sospechar entonces que sus huellas se puedan rastrear en las diversas religiones y vivencias humanas. El filósofo de la religión hispano-indio R Panikkar ha sido uno de los que mejor y más brillantemente ha presentado estas marcas de la Trinidad. Hay una cierta estructura triádica de Padre, Hijo y Espíritu, de su significado profundo, en otras religiones y en la realidad mundana. Una muestra de las señales dejadas por el misterio de lo divino y que percibimos desde las claves cristianas de lectura e interpretación de la realidad.

a) Espíritu.

El Espíritu remite a una experiencia religiosa fundamental que recorre todas las religiones. Lo divino, que solo puede barruntarse y jamás apresarse, es la dimensión que penetra los corazones y todas las realidades del mundo. El Espíritu es lo que el hombre siente de Dios o del paso de Dios por su vida y el mundo. El ser humano religioso capta que la totalidad de la realidad está en lo divino, abrazada o envuelta por él. El Aliento de lo divino es como una presencia entre poderosa y evanescente, sutil y elusiva, una experiencia de todas las personas religiosas de todas las latitudes. Todas pueden afirmar, al estilo de Juan (4, 24), Dios [lo divino] es Espíritu.

La presencia del Espíritu equivale a la presencia de lo santo, de lo separado y distinto, del sumo bien y de lo beatísimo, allí donde se borran las fronteras entre el todo y la nada, el ser y el transcurrir.

Espíritu quiere decir lo divino en lo que tiene de abarcante, penetrando y energizando toda la realidad. Por esta razón es Sopro, Viento, Fuego, Energía, Dinamismo en el fondo de todo dinamismo, el Gran Inspirador de todo proyecto creativo y humano para las religiones proféticas. Invasión, Inhabitación, Morada, Permanencia, Vida, Océano en el que se sumerge toda la realidad hasta quedar disuelta en lo divino, en las religiones y religiosidades más místicas y extáticas.

El Espíritu apunta hacia lo divino en cuanto que es inexpresable, en cuanto presencia ausente, envolvente, no abarcable, dinamismo que se sustrae al control. El Espíritu orienta hacia la interioridad: hacia la integración de todas las dimensiones del propio ser; a conjuntarlas en una concentración original y creativa que es fuente de inspiración y creatividad; a vivirlas -convivialidad- como incorporación e interdependencia con todos los elementos del universo.

b) El Origen y Fuente inexpresables.

Hay otra dimensión de lo divino que se manifiesta más como el Poder y Sobre poder de la realidad, lo sacro, numinoso, fascinante y terrible, en las religiosidades menos desarrolladas. El Todopoderoso, el Misericordioso y Clemente, el Señor, en las religiones proféticas que se dirigen al Origen y Fuente últimos de la realidad de manera personal y captan un Tú eterno. Un Tú benévolo, inclinado hacia el ser humano de forma positiva, amorosa. De ahí que se le denomine Padre-Madre en la tradición abrahámica, y especialmente en la cristiana.

Un Tú que se manifiesta único, sin rival y sin igual. A él se debe todo lo que existe. Es el Creador, la Unicidad universal, que hermana o presenta la humanidad como una, fuente de una ética universal. Es asimismo el Trascendente, el In-apresable, el que está frente a nosotros, pero siempre más allá de nosotros. Padre-Madre al que hay que escuchar y confesar, dirigir la palabra y dejarse interpelar por él.

El orden del universo, la justicia, la autoridad, la unidad del todo en su dinámico discurrir hacia Algo, lo solicita y expresa. Instancia misteriosa, sin nombre, Misterio último de todo, Origen y Meta de todo, Realidad unificadora del Todo, en las visiones monistas del mundo y de lo divino, tanto científicas como taoístas.

c) Palabra encarnada, Sabiduría, Revelación.

Lo divino presenta una dimensión que se ha hecho presente en la propia historia humana. Hierofanía o presencia de lo divino en las realidades de este mundo en su más elemental y genérica expresión, según M Eliade. Aparece en forma de comunicación de lo divino, Palabra eterna, Verbo encarnado; allí donde lo divino se dice a sí mismo hacia fuera y entra en contacto con lo humano.

Entrada en lo humano, encarnación, que en el caso cristiano llega hasta el límite de verlo abajado hasta la figura humana; hecho uno con el ser humano, rotas ya las barreras entre Dios y el hombre. Afirmación escandalosa, límite, para las demás religiones.

Realidad aceptada de forma más contenida en otras religiones: figuras históricas, mediadores, hijos de Dios, donde Dios, lo divino, se hace presente y transmite su mensaje a su elegidos (profetas) o es aceptado en el corazón, la mente y la vida de los iluminados, budas, gurús de las religiones orientales. Palabra, Sabiduría que habita entre nosotros, los hombres (Proverbios 8, 22-23) y que se hace revelación e historia concreta en las situaciones cambiantes del discurrir y las vicisitudes humanas. Aquí Dios, lo divino, se hace palpable junto a nosotros, en la cercanía humana y las formas de esta historia, como acompañante, solidaridad, indicador, fuerza histórica de cambio, revolución, transformación.

3. Imágenes de la Trinidad.

Esperemos que con lo ya dicho hayamos despertado el interés e importancia que tiene la Trinidad en el cristianismo. No es una doctrina superflua y extraña. Como dice un teólogo alemán, B Oberdorfer, si no existiera tendríamos que inventarla para decir algo sobre nuestra experiencia de Dios. Pronto la sed de aclarar un poco más esta idea tri-una de Dios llevó a las mentes cristianas más preclaras a pensar sobre esta manera de ser de Dios. Y surgieron los modelos o explicaciones teológicas. Son imágenes que tratan de representar las relaciones que se establecen en la Trinidad. Inevitablemente, la mente humana piensa, imagina y ofrece algunos modelos o figuras para tratar de poner pie en ese territorio inacabable del misterio de Dios uno y trino.

a) Las dos manos del Padre (san Ireneo de Lyon)

San Ireneo de Lyon, uno de los grandes teólogos cristianos del siglo II, dirá pensando en cómo actúa Dios en el mundo a través del Hijo, que está con nosotros en la historia, y del Espíritu, que mora y está en nosotros, que Dios Padre tiene como dos manos a través de las cuales actúa y sigue actuando: la del Hijo Jesucristo y la del Espíritu.

No hay que imaginarse -que es fácil hacerlo- que el Jesús resucitado fue reemplazado por el Espíritu Santo, sino que ambos continúan obrando juntos, del mismo modo que existen juntos: Jesucristo está presente en medio de los suyos, con una presencia espiritual, nueva, por medio del Espíritu, en el Espíritu. Y este extiende y mantiene la presencia viva de Cristo resucitado en todos los creyentes, en la Iglesia toda, en la humanidad entera (para que Cristo sea todo en todos, Colosenses 3, 11). Una tarea sin término hasta que todo quede reconciliado y recapitulado en Cristo. De esta manera está Cristo hoy con nosotros, a nuestro lado, yendo delante a Galilea es decir, obrando, impulsándonos desde nosotros mismos, sin sustituirnos nunca -en el Espíritu que habita en nosotros-, a llevar a cabo su misión del Reino de Dios. Así podemos decir y decimos que el Espíritu de Jesús trabaja por doquier en los corazones avivando el amor solidario y eliminando discordias, violencia y egoísmo.

La imagen de san Ireneo nos sugiere cómo trabaja la Trinidad en la economía de la salvación: el Espíritu es el ecónomo o administrador del Hijo, como el Hijo lo es del Padre. Es decir, el Espíritu administra la obra de reconciliación del Hijo, la gestiona y la lleva a término o consumación a lo largo de la historia. J Moltmann ve aquí la acción específica del Espíritu. El Padre ya hace o tiene su acción propia: envía al Hijo. El Hijo actúa en el mundo. El Espíritu Santo gestiona y lleva a la consumación la salvación. Hasta que Dios sea todo en todos (1 Corintios 15, 28). Toda la Trinidad, como se ve, se implica en nuestra salvación.

b) La visión monárquica de san Agustín.

San Agustín tiene otra imagen un poco distinta de la Trinidad. La ve más lineal o monárquica: se suele decir que san Agustín pone primero al Padre, del que procede el Hijo y el Espíritu Santo. Parece más jerárquica: arriba el Padre, debajo el Hijo y luego el Espíritu Santo.

Incluso acuñó una fórmula que tuvo muchas repercusiones históricas: decía que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. En el símbolo o credo de Nicea-Constantinopla se decía solo que procede del Padre. La fórmula de san Agustín tuvo acogida en la Iglesia latina. Primero entró en España en los siglos vm y ix, y luego llegó a Roma y terminó por ser definida en el Concilio IV de Letrán (1215) para toda la Iglesia universal.

Pronto vinieron las desavenencias. Focio, patriarca de Constantinopla en el siglo ix, rechazó la fórmula latina diciendo que rebajaba al Espíritu Santo e introducía dos principios soberanos en la divinidad (diarquía): el Padre y el Hijo. Es como si la representación o imagen de la Trinidad fuera la del Padre al lado o a la misma altura que el Hijo y debajo, dependiendo de ellos, el Espíritu Santo. Por esta razón, Focio mantenía la fórmula antigua: el Espíritu Santo procede del Padre. El Padre es el nombre de la Fuente original y última del misterio de Dios o de la divinidad. Los latinos respondían que había que entender bien lo que quería decir: que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio. No hay, por tanto, rebajamiento. El Espíritu Santo procede eternamente, en consecuencia, sin intervalo de tiempo, ni siquiera lógico, del Padre y del Hijo. Hay un igualitarismo trinitario.

La disputa, llamada del Filioque (por la y que introducía: y del Hijo, que en latín), terminó en cisma. Un cisma que dura hasta nuestros días. Dos Concilios -el II de Lyon (1274) y el de Florencia (1439) - no consiguieron arreglar la cuestión. La primera separación de la cristiandad tuvo lugar por esta disputa trinitaria (aunque en el fondo, como siempre, interviniesen muchas más cuestiones: políticas, culturales y eclesíásticas). Desde entonces, ortodoxos y católicos siguen separados.

c) Una imagen feminista de la Trinidad.

Hay una tercera imagen menos clásica de la Trinidad. Viene de Oriente, de un monje teólogo, Simeón el Sirio. Escribió cincuenta sermones llamados Homilias de Makarios. Lo recogieron, sobre todo, teólogos protestantes alemanes. Actualmente, algunos teólogos, como J Moltmann, lo reivindican para mostrar más claramente el lado amoroso, femenino, de Dios y del Espíritu Santo.

La representación de la Trinidad de Simeón es la del Padre al lado o a la misma altura que el Espíritu Santo, que es su Amor. Y del Amor de ambos viene el Hijo. Pone muy en primer plano la función de lazo de amor que se ha atribuido siempre al Espíritu Santo, el Amor del Padre y del Hijo. El mismo Amor subsistente.

Sale así una imagen de la familia divina: Dios Padre, Dios Madre y Dios Hijo. Una representación, y nada más, del Misterio inimaginable, irrepresentable, del Dios Trinidad.

Algunos ven aquí realizada la dimensión femenina, maternal, de Dios. El Espíritu Santo se ha visto como viento, soplo, rúa], femenino en hebreo, neutro en el griego pneuma y masculino en latín y español. Se recuperaría a través de esta representación trinitaria y del Espíritu Santo como Madre un acento femenino que, ciertamente, queda un tanto oscurecido en las demás visiones, más bien patriarcalistas, incluso por los nombres que asignamos a Dios (Padre, Hijo). Hace justicia, además, a la función o tarea asignada al Espíritu Santo, una tarea maternal: la de alimentar, cuidar, sostener, guiar, dar a luz o llevar a la consumación la misión del Hijo. El Espíritu Santo tiene la misión del nuevo nacimiento (Juan 3, 5ss), es como la Madre de los creyentes; es el Paráclito, el consuelo (Juan 14, 26 e Isaías 66, 13) de los hijos. Estas son funciones maternas. Queda, además, más subrayado el carácter de la Iglesia como comunidad de hermanos y hermanas, libres e iguales.

d) Las funciones socio-políticas de las imágenes.

Notemos, como final de este apartado, algo que quizá no se le habrá pasado por alto al lector: la dependencia que tienen las imágenes de Dios de las imágenes de la autoridad humana. Y cómo hay una relación recíproca. Descubrimos por este camino las funciones socio-políticas que siempre ejerce la religión, incluso con sus representaciones de algo tan aparentemente abstracto como la Trinidad.

Así, por ejemplo, si se pone la primacía en la figura del Padre, esta refuerza una imagen jerárquica de la sociedad y de la misma Iglesia. Se insiste incluso en la obediencia del Hijo. La figura del Padre sacraliza las del rey y la del papa, padres ambos, cada uno a su manera. Y viceversa: la realeza y el papado han influido en el modo de representar a Dios y las relaciones entre las Personas divinas.

Si, como hemos visto, en las Iglesias ortodoxas y protestantes se pone el acento en la comunidad de iguales, entonces se resalta la figura, maternal, del Espíritu Santo y las relaciones de hermanos y hermanas. En suma, las imágenes no son neutras ni surgen de la neutralidad.

Más cerca de nuestra mentalidad actual, democrática y pluralista, se insiste en que el Dios Trinidad puede ser un elemento que introduce el pluralismo social y cultural (algo que vimos que reivindicaba el nuevo politeísmo frente al monoteísmo). Una sociedad de la comunicación, como la de nuestros días, sentirá afinidad con la inhabitación trinitaria y la llamada circuminsesión o la interpenetración de las Personas divinas, que pasan y residen cada una en la otra, intercambiándose de una a otra en perfecta transparencia.

4. Pensar la Trinidad.

El Dios uno y trino, la Trinidad, ha sido objeto de mucha reflexión a lo largo de dos mil años de cristianismo. Es imposible dar cuenta, ni siquiera para un especialista, de todos los matices, disputas, formulaciones y propuestas. Aquí nos contentaremos con unas breves indicaciones para entender mejor una terminología que nos viene de antiguo y se repite y, en muchos casos, lleva a entenderla al revés.

a) Las personas en la Trinidad.

Desde el catecismo estamos acostumbrados a escuchar una cierta definición de la Trinidad: Tres personas distintas en una sola naturaleza divina. Una buena fórmula para todo un curso de filosofía y teología. Sobre todo porque los conceptos o palabras usadas, persona, naturaleza, han cambiado mucho con el paso del tiempo.

Persona viene, en la cultura griega, del mundo del teatro. Era la máscara que llevaba el actor y vino a significar el personaje, el papel que el actor sacaba a escena. Decir que en Dios hay personas supera la idea de un dinamismo impersonal. Pero si se entiende persona como hoy se hace generalmente, es decir, quien tiene 1 conciencia propia y 2) autonomía, entonces estamos imaginando, más o menos inconscientemente, a las tres personas divinas hablando entre sí, amándose entre sí, como personas individuales autónomas. Esto es un triteísmo.

Cómo hay que pensar entonces a las personas en Dios? Lo primero es saber que, cuando hablamos de Dios, todo nuestro lenguaje es analógico, metafórico. Nosotros hablamos desde nuestra experiencia humana y lo aplicamos a Dios, apuntando a que como una persona humana, sin serlo igual en sus limitaciones, sino mucho más, y, finalmente, distinto, será en Dios.

Por esta razón se propone en la teología actual recuperar la relación como un elemento que descubrimos en la filosofía y las ciencias humanas, capital para comprender a la persona. La persona queda constituida por su relación con otras personas. Estamos queriendo expresar que persona es una apertura al otro; ser persona es ser con otro. Las personas divinas se realizan como personas en su relación de unas con otras. Por aquí van muchos de los intentos de pensar la Trinidad hoy. Hay un giro relacional.

Para que se vea cómo se expresa la teología actual, tomaré lo que dice uno de sus representantes, el teólogo alemán G Greshake: Dios es tri-uno significa que es esta Comunión en la que las tres Personas divinas realizan, en un juego tria-lógico de amor, la única vida divina como auto-comunicación mutua. Ya se ve cómo se insiste en la Trinidad como comunidad, en igualdad y mutua relación y ofrenda mutua de sí. La comunidad es un tema querido a la teología oriental. Se resalta el amor mutuo: el vaciamiento de sí, amoroso y humilde, que realizan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en una relación mutua. Un darse mutua y totalmente uno a otro que los constituye es fuente de alegría eterna y de su comunicación al exterior, creación, encarnación (kénosis).

Esta forma de pensar nos ayuda, pero no resuelve todos los problemas y siempre queda una zona oscura, impenetrable. Entre los especialistas se dice que incluso las relaciones entre las personas trinitarias son analógicas, como ya indicaron Rahner y Schoonenberg.

Habría que señalar que, en la Trinidad, la cantidad y el número son analógicos también, es decir, que lo de tres es uno, y las bromas que se hacen sobre esto no tienen sentido: como ya señaló Cantor, incluso en matemáticas, en magnitudes infinitas, estas afirmaciones no tienen ningún valor, más en el océano infinito del ser.

b) Un modelo comunicativo.

El teólogo jesuíta francés J Moingt dirá, utilizando un modelo lingüístico, que la enumeración de las personas tiene un sentido no numérico y no jerárquico. Como en gramática, las personas son como las voces: la primera es la que habla, la segunda la que es interpelada y la tercera aquella de quien se habla y que es objeto de la enunciación. Dios aparece así en acto de comunicación, en acto de darse mediante la comunicación, que es también de intercomuni3n. La trinidad de personas sería tanto como decir un circuito de lenguaje perfectamente acabado, porque siempre está abierto. Cada una de las Personas lo es a su manera, dado que cada una es palabra a su modo. La Palabra enunciada por el Padre le es devuelta por el Hijo como su propia palabra, para volver al Padre como fuente nueva de una Palabra siempre nueva y siempre idéntica. El Espíritu Santo sería la persona del universo, pues ocupa todo el campo del lenguaje posible, es soplo, que lleva y acompaña a la Palabra donde quiere, a todo punto del universo y al fondo de los corazones.

c) La participación en la vida trinitaria.

Hemos repetido que las relaciones de las tres personas con nosotros son prolongación y manifestación de sus relaciones recíprocas. Gregorio Palamas ya decía que lo cognoscible de la esencia divina se revela en las energías o misiones de las Personas. Ya hemos dicho cómo las tres Personas crean y trabajan juntas por la salvación del mundo. Según el modelo clásico, el Padre siempre actúa en el mundo creado a través del Hijo en el Espíritu Santo. Así, dirá N Verna Harrison, toda la actividad creadora y salvadora de Dios tiene su origen en la buena voluntad del Padre, es realizada por el Hijo y queda consumada por el Espíritu Santo. Y nosotros, las personas humanas, nos acercamos y llegamos a conocer a Dios y a participar de la vida divina siguiendo el orden inverso: en el Espíritu Santo, a través del Hijo, llegamos al Padre.

d) La Trinidad inmanente y la Trinidad económica.

Ya hemos dicho que a Dios lo conocemos a través de sus manifestaciones, relaciones, actuaciones con los seres creados. De ahí salió el axioma teológico: lo que Dios es hacia fuera es lo que es hacia dentro; lo que es la Trinidad inmanente, o en sí misma, es la Trinidad económica, o lo que es hacia fuera.

Ahora bien, podemos los seres humanos conocer a Dios enteramente?

Desde san Gregorio de Nisa se responde que no, puesto que Dios es infinito y nuestra capacidad es finita. Siempre hay en Dios algo más que sobrepasa nuestra capacidad. De ahí que siempre habrá algo en Dios que se nos escapará. No porque Dios lo guarde celosamente, sino por nuestra limitación. Podemos pensar, por tanto, que hay una absoluta trascendencia de Dios que es únicamente suya. Es decir, volviendo a la jerga teológica, no podemos afirmar con total seguridad que la Trinidad inmanente sea igual que la Trinidad económica.

e) Sobre el misterio.

Se repite mucho que la Trinidad es un misterio. Ya hemos dicho que misterio no quiere decir oscuridad, negrura mental y algo que nuestra razón no puede conocer, sino, como ya decía san Agustín, una realidad que nunca se termina de conocer. También se puede decir que denominamos misterio a aquello donde la razón humana encuentra una especie de límite.

Ya hemos visto que, a pesar de todos los esfuerzos hechos, no conseguimos articular ni expresar bien la trinidad y unidad de Dios. Volviendo a san Agustín, diría que esta pretensión es tan difícil -recordando la famosa leyenda de su encuentro con un niño en la playa- como querer vaciar el mar con una concha. Pero el misterio no procede de Dios, no es una especie de jeroglífico que Dios nos obliga a descifrar o, al final, a creer, entiendas o no entiendas. Somos nosotros quienes lo producimos mediante nuestra reflexión. Nuestra mente hace preguntas y más preguntas, y no encuentra salida en conceptos racionales. Crea un laberinto mental, un exceso de complejidad del que luego no sabe salir. El misterio, como muy bien dice J Moingt, es, desde esta perspectiva, un atolladero teórico.

Hay otro concepto menos mental y más experiencial o interior del misterio. Y, al final, es el que más importa: se trata de entender con la mente y el corazón, sabiduría, por qué este Dios está interesado en comunicarse con nosotros, en habitar en nosotros, en llamarnos a participar, finalmente, de su misma Vida. Más allá de todas las especulaciones teológicas, lo verdaderamente nuclear y central que hay que entender y saber es el porqué del amor de Dios, de su abajamiento en carne humana, el que tenga necesidad de nosotros, sin tener necesidad alguna. Por qué, en definitiva, tanta gratuidad, tanto para nosotros, tanta locura del amor de Dios?

5. Entrar en la danza trinitaria.

Dejamos la especulación teológica y abordamos ahora unas cuestiones prácticas. Al final, la Trinidad, como decíamos al inicio, es una cuestión de vida y experiencia. Surgió de la vida cristiana y remite a ella. Lo importante es hacerla vida.

a) Cómo oramos a la Trinidad?

A muchos cristianos les suele inquietar la cuestión: cómo nos relacionamos con la Trinidad? A quién oramos? Quién está más cerca o más lejos? Es un tema práctico donde, sin embargo, resuena todo lo dicho anteriormente.

La liturgia católica es trinitaria: se inicia en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. También se usa la fórmula paulina del final de la 2 Corintios (carta escrita hacia el año 60): La gracia del Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros. En la misa, el final de las oraciones se suele dirigir al Padre por Jesucristo, nuestro Señor, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo. En la Iglesia ortodoxa, el culto se ofrece en el Espíritu Santo, a través del Hijo, al Padre.

Habitualmente, en nuestra oración personal solemos orar a una de las Personas de la Trinidad. Unos se sienten cercanos a Jesucristo, otros a Dios Padre y algunos al Espíritu Santo. Cada uno puede contemplar o dirigirse a quien quiera o guste de los tres, entrando en diálogo y amor mutuo con cada uno de ellos o con todos.

Lo que debemos entender bien es que, cuando decimos que lo hacemos con Jesucristo, debemos recordar lo que nos decía Pablo: es el Espíritu Santo -Dios en nosotros- el que ora en nosotros. Y no debemos considerar que el Padre queda lejos y Cristo más cerca o el Espíritu. Los tres son igualmente cercanos e igualmente trascendentes; los tres viven eternamente uno en otro. Por tanto, cuando estoy orando a Jesucristo, nuestra relación con él es directa, igual que lo es con el Padre y con el Espíritu Santo. Los tres han prometido habitar en nosotros Qn 14, 23).

Es decir, si se ha entendido la hermosa circulación del Amor, la danza trinitaria de unas Personas en otras (la llamada circuminsesión o pericóresis), todo pasa de una Persona divina a otra de manera recíproca. Por esta razón, toda la oración cristiana pasa de una Persona a otra. Si oramos a Cristo, nos remite al Padre, que nos lo da, y al Espíritu Santo, que nos impulsa a ello y ya está en nosotros. Sea el orden que sea, la oración pasa de una hacia la otra. La oración siempre es trinitaria, siempre sigue la lógica del amor, que es reparto y comunicación.

También se puede uno dirigir a la Trinidad como tal. Es una oración menos habitual. Una mística de comienzos del siglo veinte, Isabel de la Trinidad, oraba: Oh Dios mío, Trinidad a la que adoro.

b) Gratuidad.

Al final sacamos una conclusión para nuestra vida espiritual: siempre vivimos, nos movemos y existimos en Dios, que es uno y trino. Y lo más importante no es a quién o incluso cómo nos dirigimos a este Dios nuestro, sino si entramos en el juego o danza trinitaria. Si nuestra oración se hace con la apertura del corazón y la gratitud, y gratuidad de saber que estamos siempre con Dios, siempre amados por él. No necesitamos estar pensando en el misterio de la Trinidad, sino sentirnos destinatarios del mismo Amor con el que Dios Padre ama a Jesús como su Hijo en el amor recíproco del Espíritu. Lo importante es estar con Dios y saberse amado por él.

Y la espiritualidad trinitaria nos empuja, incontenible, hacia la gratuidad. Dios, ahora lo entendemos mejor, es Amor que se comunica y se expande, y vuelve en oleadas a su Centro y de su Centro a todo lo creado. Es un salir de sí continuo y un darse gratuitamente. Las relaciones entre las personas son relaciones de amor, donde cada una se entrega a la otra. No se nos indica algo para nuestra vida? No será este el modelo a imitar en algún grado? Comprender y vivir la lógica del amor: del descentramiento, de la gratuidad en el olvido de nosotros mismos, que no significa renuncia, sino donación y creatividad, como Jesús, por el Reino de Dios.

6. Para la asimilación del Dios trinitario.

Expreso un deseo al final de este capítulo: ojalá el Dios trino fuera el tema sintetizador de nuestras imágenes de Dios! La Trinidad como resumen de la imagen de Dios que queremos transmitir y vivir. Una representación difícil, imposible, que nos fuerza a tener una reserva crítica frente a nuestro propio imaginario y que, sin embargo, concentra los elementos fundamentales de nuestro Dios.

La Trinidad surgió de una experiencia y una práctica cristianas. Es el modo de experimentar a Dios a través de Jesús, el Señor, y su presencia en nosotros.

Dios está interesado en nosotros, por eso desea habitar en nosotros. La Trinidad muestra el sorprendente y gratuito interés de Dios por nosotros. No debe olvidarse nunca este núcleo. Dios sale de sí y se vacía en la encarnación del Hijo y vive permanentemente con nosotros y en nosotros, Espíritu Santo, hasta nuestra vuelta a él, cuando Dios será todo en todos.

Dios con nosotros es el Hijo (Emmanuel); Dios en nosotros es el Espíritu Santo; Dios más allá de todo, sobre todo, es el Padre-Madre.

Dios es el Viviente por antonomasia, por tanto es relación, no puede ser un solitario. Dios, si es el Viviente, le tenemos que imaginar en relación amorosa con otro. En él hay alteridad.

Contemplar la Trinidad quiere decir ver a un Dios para nosotros. Hay una locura en el amor de Dios que se manifiesta no tanto en su en sí cuanto en su para nosotros.

Toda oración es trinitaria, porque siempre estamos dentro de la danza del amor recíproco del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La oración siempre debiera ser expresión de la alegría de estar con Dios y de saberse amado de Dios. Sed como vuestro Dios! Este debe ser nuestro lema: parecemos al amor que se entrega gratuitamente para hermanar a todos los hombres y llevarlos hacia él.

Dios es Amor, Solidaridad, Gratuidad, Comunidad, es decir, Dios es Trinidad. La síntesis de Dios es lo que queremos balbucear cuando decimos Dios trino y uno.

9. El lenguaje sobre Dios.

Antes de terminar este ensayo sobre las imágenes de Dios, queremos abordar un problema que está en el fondo de muchos malentendidos y polémicas actuales. Es el tema del lenguaje sobre Dios.

Hay una forma de entender el lenguaje sobre Dios que conduce directamente a un objetivismo imposible. De Dios no se puede hablar como de un objeto del mundo. No es un objeto que esté ahí, a mano; no es visible, no es palpable, y, por tanto, no podemos describirle.

Cómo podemos hablar de una Presencia ausente, del Sentido último y radical, del Dinamismo de toda la realidad, del Envolverte que todo lo abarca, de la Inmanencia trascendente? Ya se ve el lenguaje paradójico, metafórico, simbólico, analógico, que nos vemos forzados a utilizar allí donde nos referimos a Dios. La realidad Dios es una realidad importantísima y límite para nosotros. El lenguaje también tiene que ser acorde con esta realidad.

1. Cómo hablar de lo no presente?

En nuestra vida tenemos trato con objetos que están a nuestro lado, que utilizamos y empleamos. Es el enorme mundo de los objetos físicos. Sobre ellos hay un lenguaje que los designa y que, aunque no supiéramos su nombre, los podríamos describir en su forma, aspecto, peso, dimensiones, resistencia, etc. Incluso hay un tipo de reflexión sobre estos objetos de nuestro mundo físico con un enorme desarrollo y éxito que se llama ciencia.

La ciencia ha desarrollado un lenguaje cada vez más refinado para estudiar y analizar cada parte de este mundo físico. Es un lenguaje que se dice objetivo. Persigue la llamada objetividad o descripción de las cosas tal como son. Trata de evitar los aspectos subjetivos o personales, lo que le parece a cada uno, y lo sustituye por un tipo de lenguaje muy bien definido y acotado, que es neutral. Es un lenguaje que describe objetos y se refiere a hechos y sus causas, que se pueden someter a contrastación o (falsación) empírica. El lenguaje científico es un lenguaje objetual y hasta factual, se refiere a objetos, hechos y causas, de forma lógico-empírica, inequívoca y evitando todo subjetivismo. Partimos de esta breve referencia al lenguaje científico, porque es el lenguaje modelo desde un punto de vista racional. El triunfo y extensión de la ciencia ha sido tan grande que penetra en todos los dominios de la vida. En el lenguaje ha dejado una profunda huella objetivista. El lenguaje racional, científico, es hoy modélico -casi el que debiéramos aspirar a tener todos- y es un lenguaje objetivista.

ti) Qué pasa con las cosas y sucesos no físicos ni presentes?

La vida humana, sin embargo, no se agota en el mundo físico. Hay una serie de mundos o ámbitos que no son tan palpables ni describibles y que son reales, existen y son importantísimos para la vida humana. Por ejemplo el mundo que llamamos de la interioridad: el mundo de la vida psíquica, de las vivencias, los sentimientos, los anhelos, las frustraciones, los traumas. Hay una ciencia psicológica, sin duda. Pero aquí hay modelos o teorías no tan objetivistas ni tan neutras como las que tratan el mundo de la resistencia de los materiales. Hay una psicología que tiene una orientación objetivista, pero también hay otras muchas teorías o tendencias más psicoanalíticas con un lenguaje (yo, superyo, ello, inconsciente) que quiere tener rigor, por supuesto, y apuntar a realidades psíquicas del ser humano, pero que tiene que hacerlo en un lenguaje mucho más metafórico. Incluso donde la percepción, captación, interpretación, etc. tiene muchos elementos subjetivos.

Si del mundo de lo psíquico pasamos al mundo estético, de la literatura y el arte, entramos en un mundo donde el significado, el sentido, la belleza, el impacto, las referencias a lo no presente, lo evocado, intuido, sugerido, crea mundos de gran importancia para nuestra vida, pero ficcionales o imaginarios. El lenguaje aquí se dice ya simbólico, metafórico, poético. No está describiendo realidades físicas, sino significados y sentidos.

Y si, para no alargar más la enumeración, pasamos al mundo religioso, de la interioridad espiritual, nos las estamos viendo con lo sagrado, lo divino, es decir, con un mundo donde se juega el sentido de la realidad y de la vida en su totalidad y radicalidad. Cómo hablar del todo de la realidad y de su sentido último? Es muy importante, pero la totalidad no es describible ni existe ahí a mano. Y menos su sentido profundo, por más necesario que sea para nuestra existencia y las decisiones que tomemos respecto al estilo de vida que queremos llevar, las relaciones con los demás, el proyecto de vida que pretendo realizar, etc. En este momento usamos expresiones paradójicas, como decir que Dios es una Presencia ausente; tomamos el lenguaje de nuestro mundo y lo referimos a ese otro de forma analógica, queriendo sugerir, como por semejanza, lo que intuimos o captamos, como cuando decimos que Dios es Padre-Madre; incluso forjamos una especie de narración o mito a través del que expresamos la intuición de una dimensión o profundidad de lo real que ni la percepción sensible, ni el razonamiento de causalidad, ni la lógica ordinaria, llegan a medir ni explicar. La encarnación, con la bajada del cielo y ascenso al cielo aplicados a Cristo, emplea un lenguaje mito-simbólico, ya que habla de algo que no cae bajo el dominio de los sentidos ni del análisis científico racional. Y, sin embargo, está expresando algo de gran importancia para los creyentes acerca de Dios: que viene y asume la carne y figura humana, en un gesto de amor insuperable. El mundo y la vida ante este Dios encarnado que se vacía y anonada por nosotros cobra un sentido luminoso, a pesar de sus muchas contradicciones y miserias.

Llegados aquí podemos decir que el lenguaje objetivo o lógico-empírico es el propio del mundo de los objetos y hechos físicos. Hoy sabemos ya que el mundo físico, cuando trata el mundo subatómico o de los orígenes del universo y de la materia, se vuelve también bastante metafórico. Mary Douglas ve un acercamiento cada vez mayor entre el lenguaje de las llamadas ciencias duras y las ciencias sociales y humanas. La distancia respecto a la metafísica o la religión es mayor, aunque las afinidades en el tratamiento racional sean, como señala I Barbour, muy semejantes.

Con todo, el lenguaje propio del mundo o ámbito de lo psíquico, estético y religioso es el característico de lo que G Durand llama lo ausente. Nos referimos a ello usando un lenguaje metafórico o simbólico. El lenguaje de la referencia a lo no presente, la evocación de lo ausente, la sugerencia respecto a lo no disponible ni a mano; el lenguaje, en suma, de la imposible descripción lógico-empírica. Esta ausencia se radicaliza mucho más cuando entramos en el mundo de la religión. Estamos en el ámbito de la trascendencia y del sentido. La forma de hablar de esta dimensión de la realidad solo puede ser simbólica, analógica, por comparación con nuestro mundo. El lenguaje religioso, lenguaje del sentido por antonomasia, es el reino de lo simbólico.

2. El hablar sobre Dios desde la pecera humana.

Debemos tener muy en cuenta que, cuando hablamos sobre Dios, lo hacemos desde nuestra situación humana. Es una constatación elemental y llena de consecuencias. Significa que, como hemos dicho, de Dios no podemos hablar en directo. No tenemos acceso a Dios directamente. Todo hablar sobre Dios tiene que ser consciente de este carácter oblicuo, indirecto y mediado. Hablamos de Dios análogamente, comparativamente, evocándolo en palabras, imágenes, conceptos necesariamente sacados de nuestro mundo de la experiencia cotidiana.

a) La pecera humana.

Usamos una comparación muy sencilla: cómo hablarían los peces del mundo de los seres humanos? Sin duda desde su mundo, desde lo que conocen. Es decir, los peces hablarían de los seres humanos desde su pecera. Tendrían que usar la comparación, la analogía, la evocación, la sugerencia. Su lenguaje, si tal tuvieran, tomaría vocablos de su experiencia cotidiana. Por medio de modificadores o cualificadores tensarían o retorcerían ese lenguaje hasta la ruptura con su empleo habitual. Darían así sentidos nuevos a las palabras y expresiones e introducirían innovaciones en el lenguaje. Todo para apuntar más allá de su experiencia habitual y poder decir algo de ese otro mundo.

Esto mismo nos sucede a los humanos cuando intentamos hablar de la realidad divina, de Dios y su mundo. Tendríamos que estar poniendo comillas todo el tiempo para decir: Ojo, presten atención, estoy hablando como humano de una realidad que me sobrepasa y a la que solo puedo referirme de modo comparativo, sugiriendo, evocando. Retorcemos el lenguaje y lo modificamos llevándolo al límite: hablamos así de infinito, inefable, inmenso, o de primera causa, último fin, plan eterno, totalmente otro, tú absoluto; usamos términos-enigma, como Reino de Dios; acudimos a paradojas (presencia ausente), tautologías (yo soy el que soy), hipérbolés (Misterio absoluto), metáforas-límite.

Y avisaremos: todo lo que diga acerca de Dios será análogo, es decir, intuyo que, de alguna manera, Dios no puede menos que ser así (por ejemplo persona, un Tú al que nos dirigimos), pero tiene que ser muy distinto de nosotros (persona, pero sin las limitaciones humanas), es decir, mucho más que una persona (una superpersona será transpersonal de alguna manera).

Si reflexionamos sobre la forma de pensar y usar el lenguaje humano analógicamente al referirnos a Dios, descubrimos que hemos hecho tres movimientos mentales: 1) tomar un vocablo de nuestra experiencia humana que nos parece razonable y aplicarlo a Dios, por ejemplo, que Dios es un Tú, es decir, no menos que persona; 2) negar a continuación las deficiencias y limitaciones que tal concepto presenta en el mundo humano: Dios no puede ser persona como nosotros, es decir, con las deficiencias que palpamos; 3) luego razonamos: Dios tiene que ser mucho más que una simple persona, o sea, de alguna manera excede y sobrepasa también lo personal.

Con qué nos quedamos después de este juego mental y de este uso analógico, cuidadoso y consciente de que hablamos de Dios desde nuestra pecera humana? Pues justamente eso que queda tras este ejercicio dialéctico de: 1) afirmar, 2) negar, 3) sobrepasar por eminencia lo afirmado y negado, es lo que aporta nuestro lenguaje acerca de Dios: será no menos que persona, pero no una persona como nosotros, y mucho más que una persona humana; algo así debe de ser Dios.

El ir y venir del pensamiento o dialéctica de la analogía pone en tensión al pensamiento que percibe la inadecuación radical de nuestro conocimiento respecto al Misterio santo. Somos conscientes del carácter inefable del mismo. Más que Moisés podemos decir siempre: nos faltan no solo palabras, sino la palabra. El misterio de Dios siempre nos es desconocido. Caemos en la cuenta del carácter simbólico de nuestro conocimiento de Dios. Solo podemos evocar, sugerir, jamás aprehender o captar a Dios.

Este modo de hablar sobre Dios, analógico, es bien conocido. En la tradición cristiana se suele decir que ya está en el Pseudo-Dionisio, un autor cristiano, neoplatónico, del siglo v, aunque la tradición lo consideraba discípulo de san Pablo. Llama dialéctica a este proceso donde se darían cita la afirmación de todo lo real y su negación. Santo Tomás, después, en el siglo trece, y toda la filosofía llamada escolástica, lo refinaría muchísimo. Aparecerá como la forma humana más razonable de pensar y hablar sobre lo que excede a todo conocimiento. Hoy día, la reflexión sobre el lenguaje ha sido muy amplia y se lo engloba en el llamado por Paul Ricoeur y otros lenguaje simbólico y, a veces, poético y metafórico.

Ya se ve que el lenguaje simbólico, analógico, es el modo de pensar y usar el lenguaje sobre Dios. Termina siendo un lenguaje muy cauteloso y consciente de cómo hablamos los humanos acerca de ese otro ámbito o mundo llamado trascendente, donde situamos lo divino, que sobrepasa este mundo y está sobre todo conocimiento. Es un hablar de humanos sobre lo divino; es un hablar de este mundo sobre el otro totalmente diferente; es un hablar que sabe la distancia -la desigualdad o diferencia- que nos separa.

b) Un hablar del límite.

El hablar analógico, simbólico, es un hablar de cuestiones límite, como son las referentes a Dios y a la experiencia religiosa. Se refiere a expresiones también límite, que se sitúan en la frontera de las experiencias verbalizables. Cuando el ser humano se refiere a interrogantes acerca del origen absoluto del mundo, la totalidad de las cosas, el sentido que tiene la vida y el mundo en general, estamos ante preguntas límite. Nos situamos en la frontera de lo humano. En el límite del mundo y de lo cognoscible. La pregunta acerca de Dios, Misterio absoluto, es precisamente la interrogación que toca estas cuestiones límite.

En estos casos límite necesitamos también un lenguaje apropiado. Tiene que ser un lenguaje consciente de que, cuando hablamos de estas cosas -y, cuando estamos en el mundo de la religión, estamos inmersos en este tipo de cuestiones-, lo tenemos que hacer en el límite, con expresiones límite para experiencias límite.

Se suele decir también que estas cuestiones acerca del origen, totalidad y sentido de la vida y la realidad, de forma radical, son preguntas últimas, metafísicas. Son cuestiones que se plantea el ser humano y que no responde la ciencia. Las sabidurías, religiones y filosofías son las que tradicionalmente se han enfrentado y respondido a estas cuestiones. Y lo han hecho con un lenguaje más narrativo que argumentativo. Han usado el relato simbólico (mito) para ofrecer una visión del mundo, desvelar una realidad, proporcionar o construir un mundo con sentido.

La reflexión humana es consciente, como vamos viendo, de que ante estas cuestiones tan importantes y límite, el lenguaje empleado no puede ser descriptivo ni objetivista, sino metafórico, analógico, mito-simbólico. No hablamos de objetos, hablamos de otra cosa, finalmente, de lo que está sobre todo conocimiento. Así es nuestra habla sobre Dios.

A este lenguaje le corresponde un tipo de racionalidad simbólica que, como dice P Ricoeur, es una inteligencia del umbral o del límite, oscura y resbaladiza. Inteligencia que precisa de la vigilancia crítica y de la argumentación para no caer en cristalizaciones idólatras del mismo lenguaje. El lenguaje simbólico religioso exige una actitud ética, que J L Scanone caracteriza como la renuncia a la absolutización de la razón, del sentimiento o del sujeto; actitud desprendida que sabe que no puede captar ni apoderarse de la trascendencia ni del Misterio. Vivir en la permanente voluntad de acabar con las idolizaciones, es decir, estar matando a nuestros dioses.

c) Un saber que no sabe.

Podemos encontrar un paralelismo sorprendente con otras tradiciones religiosas. En el judaísmo está la tradición iconoclasta de no hacer imágenes de Dios. En el fondo, su reticencia incluso a pronunciar el nombre santo de Yahvé es una indicación de la extrema trascendencia de Dios. Asimismo, entre sus místicos, la cercanía a Dios, invocado como un Tú cercano -como señala E Lévinas-, se transforma poco a poco en un trato distanciado con un él. Este recurso a la tercera persona, la illealidad de Dios, muestra un movimiento de distancia y negación respecto a la afirmación primera de la cercanía del Tú. Martin Buber insistirá repetidamente en que el modo de hablar de Dios es el paradójico.

Pero es en las grandes tradiciones religiosas de Asia donde, de formas diferentes, se nos transmite la conciencia de que estamos intentando asomarnos al límite cuando queremos abordar la cuestión del Misterio absoluto. El budismo optará por el silencio. Un silencio que es consciente de la presencia del Misterio y que quiere, más que expresarlo, adorarlo, vivirlo, experimentarlo. El camino del zen y de la superación del razonamiento lógico, para saltar hacia la pura intuición, será el camino propuesto.

El hinduismo, además de las mil denominaciones de Dios, que es un modo de expresar la incapacidad humana para hablar adecuadamente del misterio de Dios, conoce los esfuerzos del advaitismo (no dualidad) del Vedanta. La Realidad última, el Misterio absoluto, no se confunde con nosotros (no somos uno), pero tampoco es totalmente distinto de nosotros (no somos dos).

Al final tendremos que decir con el Pseudo-Dionisio que nuestro discurso y hablar sobre Dios es una ignorancia (agnosia) que sabe: La agnosia es un conocimiento del que está sobre todo conocimiento. Una venerable tradición muy extendida, y que sin embargo ha sido muy traicionada, incluso por la propia teología.

El racionalismo de la escolástica se ha olvidado de las recomendaciones de santo Tomás de Aquino. Ha hecho muchas afirmaciones sin la suficiente corrección de la negación. El mensaje de la agnosia o docta ignorancia se ha olvidado. Se les olvida a los teólogos y a los catequistas. Se nos olvida que, cuando hablamos de Dios, lo hacemos seres humanos con lenguaje humano y dentro de los estrechos límites de lo humano.

El lenguaje muy afirmativo, poco cauteloso sobre Dios, lleva al dogmatismo y al fundamentalismo. A todos nos conviene ser más cuidadosos en nuestro hablar sobre Dios. Recuerde esta advertencia el lector en un libro que pretende cambiar y mejorar nuestro imaginario sobre Dios, y sea crítico con las mismas imágenes que aquí se proponen. Siempre serán imágenes, siempre serán balbuceos humanos. Y el lenguaje siempre ha sido simbólico, no ha pretendido hablar científicamente sobre Dios. De esta manera estaremos más cerca de la docta ignorancia.

3. El lenguaje simbólico religioso y sus aportaciones.

Quisiera mostrar en este apartado lo que alcanzamos con el lenguaje simbólico. Hemos puesto tanto el acento en la cautela y sobriedad de nuestro saber y hablar de Dios que, finalmente, se nos preguntará: Bien, entonces qué aporta el lenguaje simbólico? Realmente sabemos o decimos algo sobre Dios?.

a) El lenguaje simbólico ilumina y despierta.

A estas alturas ya sabemos que el lenguaje simbólico no tiene como principal función la descripción de una realidad (misterio de Dios), sino, a través del símbolo, alcanzar el vislumbre de esa Realidad última que da sentido a la realidad y la existencia.

El lenguaje simbólico no proporciona un conocimiento más analítico o sistemático, sino que, de forma intuitiva, abre a una nueva visión de la realidad, desvela algo que antes no veíamos. Por eso el conocimiento que proporciona el símbolo y el lenguaje simbólico es una especie de iluminación o despertar a una realidad distinta, a lo profundo de la Realidad. Ahora, de repente, se nos revela el sentido de la vida y de lo vivido (mi vida entera la veo en buenas manos, en manos de un Padre-Madre, con sentido y unificada como caminando hacia el Amor definitivo). Las tradiciones religiosas orientales -y el lenguaje religioso actual- utiliza mucho este despertar a otro modo de ver, iluminación, que me hace ver y verme de forma distinta.

Por esta razón, el conocimiento que brota de esta visión es implicativo: arrastra hacia un compromiso; ya no puedo seguir viviendo como antes de tener la visión, revelación, iluminación, nuevo sentido. Un ver nuevo lleva a un ser nuevo.

b) Abre a un horizonte nuevo.

Podemos decir también, prosiguiendo la línea iniciada, que el lenguaje simbólico, y el símbolo en general, abre a un horizonte que permite ver la realidad en su totalidad y profundidad, lo cual nos ayuda a experimentarla de forma nueva y distinta. El mundo lleno de contradicciones, sufrimiento y víctimas queda iluminado por la kénosis o abajamiento divino, por la cruz y por el Reino de Dios. El lenguaje religioso simbólico, especialmente, empuja, como hemos dicho, hacia el límite: allí donde el hombre capta su finitud o limitación radical y su necesidad de salvación o liberación (de las amenazas de la existencia, de sus contradicciones, y experimenta la necesidad de un Amor que le rehaga desde sus raíces).

La apertura simbólica crea un espacio o mundo nuevo donde se puede vivir, habitar, con un sentido nuevo. Ahora se ve colaborador y destinatario de la empresa divina, del Reino de Dios, del sueño de Dios sobre el universo y la humanidad

c) Expresa experiencias límite.

Lo venimos diciendo ya: el lenguaje simbólico es un intento -el mejor que tenemos- para tratar de expresar lo inexpresable: el sentido insondable de este mundo; el como qué son las últimas cosas, a qué se asemeja el misterio de Dios. Recurrimos a un lenguaje poético, metafórico, simbólico, siempre usando una semejanza, un ser como, que diría Wittgenstein, que, finalmente, conlleva una desemejanza mayor.

Nos falta la palabra. Pero, a pesar de todo, luchamos con el límite y la configuración poética, creativa, nos permite un apunte o acceso a lo más profundo y radical del ser humano y de la Realidad. Jesús recurrió a la parábola: el Reino de Dios o de los cielos se parece a un banquete, a un rey... El lenguaje parabólico, simbólico, es una forma de decir de forma sugestiva como qué es ese Reino de Dios que predicaba. Después de escuchar la parábola del hijo pródigo se nos ha iluminado mucho como qué es ese amor de Dios sin límite ni fronteras. Sabemos más de ese Dios amor que después de leer muchos tratados teológicos.

d) El lenguaje simbólico nos dice algo real.

Existe la tentación de pensar que el lenguaje simbólico, metafórico, analógico, parabólico, como no habla de cosas físicas o empíricas, es ilusorio. Este malentendido no solo se da entre gente del mundo de las ciencias duras, sino incluso entre personas con cierta formación religiosa. En cuanto se oye, por ejemplo, que la presencia de Jesús en la eucaristía es sacramental, es decir, simbólica, piensan que la hemos rebajado hasta lo ilusorio o ficticio. Hay una malísima comprensión del símbolo y del lenguaje simbólico (el único, por otra parte, que tenemos para poder referirnos a lo trascendente y espiritual, otro mundo de realidad, como venimos diciendo y viendo).

El lenguaje simbólico ofrece verdad. Es una verdad, de nuevo habrá que decirlo, no lógico-empírica y, por tanto, no contrastable o falsable. Es una verdad metafórica, simbólica, de acuerdo a su ámbito último y radical, pero no exenta de verdad. Se dice en la jerga académica que el lenguaje simbólico tiene vehemencia ontológica, es decir, dice que existe otro mundo, otra realidad misteriosa, trascendente, que ofrece sentido y fundamento a la realidad entera de este mundo visible y a nuestra vida y como a qué se asemeja. Todo esto es real, con una realidad distinta de la física, psíquica y estética. Y sabe, además, que la inadecuación respecto a todo lo que digamos sobre ella es enorme. Lo trascendente simbolizado siempre está más allá de todo lo que podemos decir. De ahí la necesidad permanente que tenemos de purificar nuestro lenguaje y de someter a crítica lo que decimos acerca de Dios y sus representaciones y de la religión en general.

Olvidar esta característica del lenguaje religioso, siempre simbólico, es caminar hacia la idolatría. Los dogmatismos y fundamentalismos son lenguajes anquilosados que, en su afán de realismo u objetivismo, han enloquecido y desvariado, petrificando el lenguaje en un falso realismo o empirismo, que no es más que un intento fallido de asegurar lo inasegurable, expresar lo inexpressable, captar lo inasible.

EL ROSTRO INTERIOR DE JOSÉ MARÍA MARDONES.

IN MEMORIAM.

Nada de lo que tengo me llena completamente; solo quedaré satisfecho en Dios.

Te lo iba a decir: me quedo impresionado del Dios que tenemos. No me lo puedo creer. Al ir escribiendo y como teniéndolo presente, me quedo admiradísimo, sorprendido, sin palabras, con un nudo en la garganta y con ganas de abrazar, callando, callando, a este Dios.

Entre estos dos párrafos de José María Mardones media una distancia de veinte o veinticinco años. Por eso creo que expresan mejor que mis palabras todo lo que quiero decir.

Quisiera dar a conocer el interior de José María, de Chema, como le hemos llamado siempre sus compañeros de comunidad. Las gentes que lo conocieron saben algo de sus grandes conocimientos y de su capacidad de transmisión; también de su cercanía y actitud amistosa. Pero la mayoría de ellas saben menos de su espiritualidad y de las consecuencias humanitarias de ella en su vida. Como hermano suyo de comunidad, quisiera contar algo de estas zonas de su personalidad. No aspiro a escribir un retrato acabado; no sabría hacerlo. Quisiera dar solamente algunas pinceladas; unos flashes que iluminen algunas estancias escondidas de su mundo interior, tan profundo y potente como desconocido para mucha gente.

El primero de los dos párrafos mencionados es de los años ochenta. Se lo oí en una reunión comunitaria de oración. Vivíamos todavía todos los compañeros juntos, antes de dispersarnos. Y hacíamos semanalmente un encuentro espiritual: en él nos comunicábamos nuestra oración personal y nuestras experiencias. Fue en una de esas comunicaciones cuando le oí esa frase, que quedó metida en mi mente como un clavo. Chema era ya entonces un hombre intelectualmente prometedor, doctor en teología que pensaba ya en su doctorado en sociología, concluido más tarde. Alguien del grupo le sugirió que podía estar satisfecho de su trabajo y su apostolado; y esa fue la ocasión para que le saliera de dentro, modestamente, esa comunicación: Nada de lo que tengo me llena completamente; solo quedaré satisfecho en Dios. Precisamente su talla intelectual me hizo apreciar más aquella humilde comunicación.

El segundo párrafo es del 15 de junio de este mismo año, ocho días antes de su muerte. Se lo escribió a una persona amiga de México, a quien enviaba los capítulos de este libro a medida que los redactaba. Lo cuenta ella misma así: Ese día 15 hablé con él por skype y le dije que me admiraba y maravillaba lo que estaba escribiendo. A este comentario mío, él respondió positivamente, por lo cual yo agradecí al Señor por permitirle maravillarse de los talentos que él le había dado. Unas horas después, aquel mismo día, me envió por correo otro capítulo del libro con el bello comentario que le comparto: Te lo iba a decir: me quedo impresionado del Dios que tenemos. No me lo puedo creer. Al ir escribiendo y como teniéndolo presente, me quedo admiradísimo, sorprendido, sin palabras, con un nudo en la garganta y con ganas de abrazar, callando, callando, a este Dios.

Esa comunicación nos muestra que este libro postumo es su testamento espiritual: lo terminó uno o dos días antes de su muerte. Me lo había anunciado a mí mismo el día 19 de abril en un correo. Ando tentado -ya he empezado- de escribir sobre las imágenes de Dios: matar a nuestros falsos dioses. Un intento de presentar siete imágenes de Dios perversas, que habría que sustituir por otras positivas. Un libro, quizá, pastoral. Qué te parece? Te envió la presentación y el primer capítulo: a ver qué te sugiere. Quiere ser legible, sencillo, sin notas, aunque al final, inevitablemente, se me va el aspecto cultural. Pero quizá esto no sea un defecto. Cómo lo ves? Un abrazo amistoso, cálido y pascual. Cuánto he lamentado no haber leído antes de su muerte aquellos capítulos y los siguientes que me hubiera enviado, para darle mis sugerencias! Lo hacíamos muchas veces mutuamente, salvo en sus libros especializados.

El mismo día de su muerte, Chema había escrito un correo a otra persona, que cuenta lo siguiente: Te envió algo de lo que me escribió ese día en que se fue. Me escribió como a la una de la tarde, solo unas horas antes de su partida. Estoy muy contento, pues voy a un retiro, a un monasterio cercano a Bilbao, para encontrarme y estar con Él, que nos habita (de Saltillo, México).

Ese monasterio es Zenarruza -monasterio cisterciense-, donde últimamente daba cada año dos retiros a gente seglar. El retiro anterior lo había dado dos meses antes, en la semana de Pascua. Cuando visité el monasterio poco después de la muerte de Chema, el antiguo prior me comentó que las últimas veces había notado en Chema algo muy especial, una profundidad cada vez mayor.

La vida entera de Chema estuvo enmarcada en ese deseo apasionado, que lo envolvía por completo: sus estudios, sus escritos, su apostolado y su vida de comunidad. También su sentido crítico, tan agudo, que se vertía sobre toda la realidad, sociopolítica, religiosa, eclesial, incluso su propia comunidad. Todo ello brotaba de su oración, prolongada y profunda. Lo sugiere la siguiente anécdota de un compañero mucho más joven que él. Recuerdo una ocasión en la que viajé a Madrid para algunos trámites académicos. No hacía mucho que lo conocía, pero habíamos tenido ocasión de tratarnos y lo sentía cercano. Yo había llegado a su casa y me había instalado para unos días; me alegraba poder conversar con él un rato largo después de varios meses. Cuando él llegó a casa por la noche, después del duro trabajo del día, me saludó cariñosamente, pero me dejó con la palabra en la boca: Voy a orar, me dijo. Así que yo hice lo mismo, un poco frustrado porque habría querido pasar ese momento con él, pero edificado por su imperturbable anhelo de encuentro diario con Dios. Al día siguiente hablamos largamente (de un compañero de comunidad).

Me resultaba admirable la profundidad interior de Chema. Recuerdo el día en que me contó que llevaba tres meses orando con la misma plegaria, un texto mío que se titula Quiero ver tu rostro. íbamos los dos asiduamente al mismo acompañante espiritual. Yo me había anticipado esa vez y le aconsejé que él también lo hiciera. Estábamos empeñados en crecer en oración y experiencia interior. Estoy hablando de hace más de veinte años. Al recibir aquella confidencia, quedé muy pensativo. Sentí una vez más que Chema tenía una extraordinaria capacidad para orar

largamente con muy pocos elementos.

Es posible que esa capacidad tuviera su lado humano y su lado divino, por decirlo simplemente. El lado divino sería la acción de Dios en él. El lado humano era su talento y capacidad intelectual, también don de Dios. Esa capacidad puede apreciarse en la siguiente comunicación, que es del tiempo en que Chema fue hermano marista, bastante antes de que pasáramos a nuestra comunidad Fe y Justicia -Acción Solidaria. Me la manda un amigo común. Te cuento una anécdota, de la que no fui testigo, pero que se la he oído contar muchas veces al otro protagonista, amigo de Chema y mío. Tras acabar la primera fase de formación como hermanos maristas, el primer colegio al que llegaron ambos fue el de Bilbao. Parece que los hermanos más jóvenes solían estudiar juntos para acompañarse y ayudarse en la constancia. Eran los ratos en los que, además de preparar las clases, estudiaban los libros de teología que les indicaban para la formación continua y preparaban también la entrada a la universidad. El compañero de marras contaba que, al cabo de una hora o poco más, él ya se cansaba y empezaba a moverse. Pero Chema seguía impertérrito sin mover un músculo; y pasaban las horas y erre que erre, no se movía. Él no podía más y, deseoso de moverse, de hablar y descansar, se decía: Pero este tío cuándo se cansará y parará un poco para hablar y desahogarnos?. Pero aquel tío no se cansaba nunca; y él, picado en su amor propio, tenía que levantarse y buscar a otros con los que hablar y descansar (de un compañero de comunidad).

Esa capacidad de concentración estaba acompañada de una enorme curiosidad intelectual y de una memoria prodigiosa: se acordaba de todo lo que leía. Me contaba una prima suya que, siendo pequeños, en su pueblo natal - Agüera de Montija (Burgos) -, Chema devoraba todos los libros que encontraba en la escuela: cuentos, novelas, libros de historia, y que ella cree que acabó leyéndolos todos. Añadía que hacía un trabajo superior a su edad, porque, además de lo que estudiaba y leía, ayudaba en toda clase de tareas caseras, desde cortar y recoger hierba hasta ordeñar o hacer limpieza en la casa. De verdad que su capacidad de trabajo se hizo patente en él desde la infancia. Y siempre con una gran sonrisa.

Esa curiosidad se veía también en su afán de ver museos y monumentos en sus viajes. Compartí con Chema -cuenta un comunicante- dos viajes a Alemania, pasando por París. Creo que eran los veranos de 1978 y 1979. Salíamos en tren desde San Sebastián y llegábamos a París por la mañana. Pasábamos el día visitando París. Por la noche nos montábamos en el Orient-Express y marchábamos hacia Alemania. Él se bajaba en Stuttgart, para continuar luego hacia Tubinga, y yo seguía en el mismo tren hasta Munich. Coincidíamos en el mismo tramo en la ida y la vuelta a París; y recuerdo que nos pasábamos todo el día visitando el Louvre y viendo jardines, palacios, avenidas, todo lo que encontrábamos. Notaba su afición por el arte y su afán por verlo todo y aprender de todo (de un compañero de comunidad).

Años antes, Chema había estado en Alemania con otro compañero, que destaca el mismo afán de saber más otro dato interesante. En el verano de 1973, tanto Chema como yo fuimos a trabajar a Alemania: él, en un hospital, yo en una fábrica de fundición. Al regresar nos contamos las experiencias. Me dijo que, al año siguiente, le gustaría trabajar en la fábrica, y le facilité el camino. Así que el año 1974 trabajamos juntos en la fábrica de fundición. Nuestra vida en Alemania era austera: habíamos ido a trabajar para ayudarnos en los estudios, además de practicar un poco de alemán. Chema me aventajaba en ese idioma, lo cual me vino muy bien. Nuestro trabajo consistía en eliminar las pestañas y rebordes de las piezas que salían de la fundición utilizando un motor que tenía una rueda de esmeril. Lo que cuento a continuación refleja el espíritu luchador y reivindicativo de Chema. Un día, uno de los rebordes saltó y me golpeó en un dedo de la mano izquierda, en la uña. Se me hinchó y amorató inmediatamente. Chema me acompañó a la enfermería de la fábrica. Como no estábamos asegurados, no querían remitirme a urgencias del hospital. Yo me conformaba con la cura de la enfermería, pues no quería causar problemas, ya que el trabajo lo habíamos conseguido a través de los padres Agustinos donde nos alojábamos. Chema, sin embargo, se puso fuerte, diciendo que teníamos derecho a un seguro. Fue a hablar con el responsable de la fábrica y le exigió que me llevaran a urgencias y que me dieran paro pagado los días que estuviera de baja. Consiguió ambas cosas, aunque, como consecuencia del golpe, yo perdí la uña. En nuestra estancia en Würzburg, Chema aprovechaba todos los momentos para enriquecer su vocabulario: en el autobús, en la calle, en el convento. A mí me resultaba imposible leer en el autobús, y menos estudiar; por eso admiraba su capacidad de estudiar en cualquier lugar (de un compañero de comunidad).

En el aspecto intelectual -añade otra persona- habría muchos aspectos que resaltar: desde la admiración que causaba a su alrededor entre alumnos y compañeros profesores por sus conocimientos, su capacidad de trabajo, su capacidad de síntesis y su facilidad para expresar con rapidez por escrito sus ideas sobre muchos temas, hasta la capacidad de contactar con las personas e interesarse por lo que los otros estaban haciendo, escribiendo o estudiando. Y no era nada reservado a la hora de pasar materiales y conocimientos, dar opiniones o aconsejar sobre el modo de realizar determinados trabajos intelectuales. Solo daré una muestra entre muchas, referida a mí: en el prólogo de mi libro Historia del pensamiento filosófico latinoamericano le nombro, aunque no lo resalto suficientemente, como una de las personas que más estuvieron empujándome para que no me cansara y acabara el trabajo, haciéndome ver que era algo necesario e importante (de un compañero de comunidad).

He aludido a la austeridad de Chema en Alemania. No fue un caso circunstancial. Veamos lo que dice otro hermano. Hay un aspecto por el que algunos de los compañeros le solían tomar el pelo: la cuestión de los gastos. En plan de guasa, algunos le achacaban un cierto espíritu tacaño, porque evitaba los gastos excesivos, cuidaba el céntimo, no comprobaba más que lo que necesitaba y guardaba la ropa y las cosas de uso hasta límites que otros consideraban excesivos. Tenía que luchar contra alguno que, si él se descuidaba, le tiraba las cosas ya un poco gastadas. La verdad es que yo siempre interpreté ese modo de ser como austeridad más que como tacañería. Porque para cosas que eran necesarias nunca tuvo problemas en gastar lo que hiciese falta, o para dar su autorización para los gastos comunitarios correspondientes. Y otro escribe: En el curso 1976-77 volví a encontrarme con él en la comunidad, en el barrio de San Ignacio de Bilbao. Fueron años de apreturas. Dormíamos tres en un cuarto. Aunque al final del día nos encontrábamos cansados, ese momento del día, antes de dormir, resultaba bueno para compartir lo que había sido el

día y para soñar con cosas nuevas (de un compañero de comunidad).

De su buen humor, su cercanía, su cariño y su actitud positiva hablan todos los que me han enviado notas. He aquí algunas muestras.

La comunicación de Chema resultaba siempre profunda y cuestionadora, con su dosis de buen humor. Estar con él era casi siempre aprender algo nuevo. Era un buen conversador, con el que daba gusto hablar. Si estábamos solos, yo sabía que en algún momento surgiría la pregunta: Y tú, ¿qué?Cuál es tu opinión sobre este y este punto? Cómo te va en tal o cual aspecto? No eran conversaciones sobre el tiempo, sino sobre la vida (de un compañero de comunidad).

El domingo antes de que Chema se fuera con nuestro Padre, estábamos con él en Las Matas haciendo un retiro. En nuestro grupo de fe somos más o menos doce jóvenes de veinticinco o treinta años. Por la mañana estuvimos descubriendo el capítulo 8 de la carta a los Romanos, con la boca abierta y los oídos atentos a las palabras de Chema. Llegó la hora de la comida. Chema disfrutaba en las comidas, mientras todos nosotros estábamos contando nuestras cosillas y armando barullo. Una compañera hacía por esa época el curso de monitora de tiempo libre y, al final de la comida, empezó a enseñarnos juegos. Uno de ellos consistía en botar como una pelota de ping-pong, con los pies juntos, al mismo tiempo que se cantaba: Soy una bola de ping-pong que bota, que bota... Cuando terminaba el estribillo, cada bola de ping-pong podía tocar a otro y entonces este se convertía también en bola de ping-pong. El panorama, tras unos minutos, era el de una decena de chicas y chicos botando y vociferando la canción de la bola de ping-pong. Chema seguía en su silla. Yo estaba un poco inquieto: por un lado quería que alguien lo tocara; por otro no sabía cómo reaccionaría ante el ritmo frenético de las bolas de ping-pong. Ese pensamiento se desvaneció en un segundo, cuando un compañero llegó hasta él botando y cantando y le tocó en la coronilla, con la misma simpatía con que lo haría un niño. Al momento, de un salto, Chema se puso a botar con los pies juntos con todos nosotros, cantando y sonriendo. Ese es el milagro de Chema para mí, el amor y el cariño con el que te llenaba de un Dios vivo y liberador (de Majada-honda, Madrid).

Planeábamos tener la evaluación de final de curso. Lucas dijimos que, normalmente, para la evaluación nos juntábamos en casa de alguno de nosotros en lugar de en la parroquia, y que la reunión era más informal: con algo de oración, pero también con picoteo y piscineo. Lucas miramos con cara de duda, a lo que él respondió: Me apunto, si admitís michelines. Nos reímos mucho. Y en la última reunión que tuvimos, días antes de su muerte, habló conmigo y, sin darme cuenta, me encontré contándole mis asuntos tal como se los contaría a cualquier amigo (otra persona de la misma comunidad de Majada-honda).

A finales de enero de 2006 sentía una gran expectación por el retiro que dirigiría José María en febrero, con el tema Dios nos quiere libres. Paralelamente asistía con mucho dolor a mi mamá, en sus últimos días entre nosotros. Justo el 3 de febrero, de madrugada, se fue al cielo. No me fue posible asistir al retiro, que empezaba al día siguiente. Como deseaba saludarlo y su horario estaba repleto, me ofrecí a llevarlo a uno de los actos que tenía. Al verme parada en la puerta, José María caminó despacio hacia mí, con el rostro sereno y una mirada llena de ternura. Su saludo fue un abrazo cálido, afectuoso, comprensivo. Sin pronunciar una palabra, me confortó en mi dolor y acompañó mis sentimientos. Me estremecí al sentir profundamente lo que significa la comunicación desde el corazón. Lo llevé hasta la casa de sus amigos; durante todo el camino no dijimos una sola palabra. Jamás olvidaré esa condolencia, envuelta en cariñoso silencio. El encuentro de esa tarde me marcó para siempre (de Guadalajara, México).

Chema pertenecía a nuestra parroquia y asistía a ella a las eucaristías. Estando yo un domingo en el coro de la iglesia, lo vi entrar, me dirigí a él y le pregunté: Chema, quieres cantar con nosotros? Y enseguida él me respondió: Sí. Desde entonces, siempre que estaba en Madrid nos acompañaba y nos ayudaba; cantaba bien. A veces las compañeras del coro me preguntaban: Quién es este señor?, qué hace? Porque lo veían diferente, siempre con su sonrisa, su abrazo, su saludo para todos; se preocupaba por todo, hablaba con todos. Yo siempre les decía que era un hombre muy importante, de mucha valía, y que a mí me dejaba anonadada que ofreciera su tiempo para ayudarnos. Pero eso era lo que lo hacía más agradable: rebajarse a lo humilde, a lo pobre. Ahora solo nos queda recordarle ante Dios y pedirle que nos siga ayudando, porque el vacío que nos deja no es fácil de llenar. Gracias por todo lo que nos diste! (de San Eduardo, Madrid).

La verdad es que tenemos muchas vivencias hermosas con José María. Recuerdo la vez que cenamos con él y nos dijo que las mujeres mexicanas le enseñamos los abrazos. Ustedes, las mujeres mexicanas, me han enseñado algo muy bello: a abrazar y recibir abrazos fuertes. Al principio me costaba, pero después fui comprendiendo esa forma de expresión y cariño tan bella que tienen especialmente ustedes. Con esto he podido descubrir en mí también esa parte femenina que todo hombre tiene. Recientemente -continúa la comunicación-he sufrido la partida de mi única hermana, más chica que yo. José María siempre estuvo pendiente. Cuando falleció, él daba un retiro aquí en la ciudad; y, apenas terminó, vino a visitarme y estuvo un buen rato acompañándome desde el corazón. Yo siempre percibí que a cada una de las personas que nos acercábamos a él nos hacía sentirnos importantes; y que lo que le platicábamos, fuera el tema que fuera, le interesaba. Él siempre era cercano y amigo, incluso cuando hablaba con claridad. A finales de agosto [de 2006] fuimos a Escobedo (zona pobre) por primera vez después de las vacaciones. Resultó una tarde muy emotiva. Cantamos la canción La muerte no es el final, pues las mujeres del barrio no acababan de creer que José María se nos hubiera ido. Compartieron sus recuerdos sobre él y me impresionó que, aunque lo vieron pocas veces, todas comentaban lo cercano que se les hizo. Una de ellas, que es muy tímida, contó que, en una ocasión, cuando la sentamos al lado de José María, estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer; pero que al rato estaba tan a gusto que se sentía como si José María fuera su amigo de siempre, al que le podía contar sus problemas. Otra de las señoras me enseñó el ideario, dedicado por José María. Ahora me doy cuenta de que mucha gente llegaba a donde él y le platicaba sus problemas, a veces fuertes, sintiendo que él podía ayudarles (de dos personas de Monterrey, México).

La otra gran característica de Txema era la cercanía humana. Recuerdo con agrado una conversación con él en la Navidad del año 1999. Aunque me doblaba la edad, sentí que me hablaba como lo haría un amigo que necesitara mi

comprensión y ayuda, y con el que no existían barreras ni tabúes. Su propia transparencia, contando detalles y hechos de su vida, me animaba a hablar libremente. Nos reímos mucho juntos, cuando me contó que, en su tiempo de joven estudiante y enfermero en Alemania, las chicas resultaban más osadas de lo que él estaba acostumbrado, y cómo tenía que morderse la lengua y agachar la cresta cuando alguna le provocaba explícitamente. Ya en ese tiempo me animaba a aprovechar todos mis recursos para emprender obras grandes, sin miedo; y ciertamente logró sembrar la inquietud en mí: ahora lo veo más claro. Por sencillos que parezcan, estos hechos y otros que he contado son imborrables para mí, una herencia indeleble, expresión y resumen a la vez de una persona tan querida y entrañable como Txema. Lo cual me indica que me ayudaron a construir mi propia identidad, tarea en la que siempre necesitamos referentes amables (de un compañero de comunidad).

Lo primero que se me viene a la cabeza es su sonrisa y sus manos fuertes y firmes cuando me agarraba de los hombros para preguntar qué tal iba todo. Nunca dejaba de interesarse por lo profundo de nuestras vidas y de nuestra familia. Mi hija lo recuerda como el Chema grande con gafas y siempre sonriente. Pero quizá el recuerdo por el que más veces he dado gracias a Dios en estos meses es el de una semana que me alojé en su casa de Madrid hace doce años. Recuerdo su apertura y disponibilidad, sus ganas de charlar y pasear, que para mí fue un gran descubrimiento. No lo conocía mucho personalmente, y no me lo imaginaba tan cercano y con tanto que compartir. Yo andaba preocupada con la tesis doctoral, indecisa sobre si sería capaz de conseguirlo, sin saber por dónde empezar y ni siquiera qué tema elegir. En el primer paseo largo que dimos, él me preguntó sobre mis intereses, conocimientos e inquietudes. Me sentí bien, compartiendo con un igual, con un hermano mayor que me quería. Al día siguiente me hizo pensar en el tema de la filosofía de la educación, me sugirió libros para leer, me dio la dirección de una librería en Madrid, me indicó cómo llegar a ella y me ayudó a que pudiera comprar los que me interesaran. Después, siempre que nos veíamos, mostraba interés. Y cuando yo estaba a punto de terminar, me preguntó: Cómo te sientes ahora que ya casi lo has conseguido? Siento -le contesté- que cuanto más leo y más creo que sé del tema, más me falta por aprender. Él, con su amplia sonrisa y casi riendo, me dijo: Al parecer has emprendido el camino de la sabiduría, que consiste en seguir aprendiendo continuamente. Sigo dando gracias a Dios por su vida y deseo de corazón que siga viviendo en nosotros como muestra del amor de Dios (de Bilbao).

Conocí a Chema hace treinta años en Tubinga, en cuyo Consulado terminé el bachillerato gracias a las clases que nos daba gratuitamente todos los días a mí y a una amiga durante una o dos horas. Más tarde, cuando me casé y, por razón del trabajo, nos establecimos en Londres, Chema nos visitó y se hospedó en nuestra casa diez días. Por las noches hablábamos largo y tendido. Me escuchaba con mucha atención y me animaba. Más tarde, cuando venía a San Sebastián a dar conferencias, siempre me llamaba y venía a cenar, dejando otras invitaciones. A través de esas conversaciones y de la relación con él aprendí a ser mujer. He llorado inconsolablemente desde que me enteré de su repentina muerte (de Donosita-San Sebastián).

Tenemos vivo el recuerdo de las primeras convivencias, cuando los niños eran más pequeños. Sobre todo el mayor le tomó mucho cariño a Chema; se acuerda a menudo de las historias que le contaba sobre Hernán Cortés. El niño le escuchaba con mucha atención (de Madrid, La Paz).

Cuando yo iba a Madrid, siempre me dispensaba una gran acogida. Y como sabía que a mí me gusta mucho ver museos, me llevaba a ver alguno que no había visto o a volver a ver algún otro. Gastaba el día conmigo, por decirlo brevemente. Yo me quedaba admirado, porque sabía lo ocupado que andaba con sus publicaciones (de un compañero de comunidad).

Quisiera contar el último encuentro que tuve con Chema. Fue en Madrid, durante el fin de semana del 2-3 de junio [de 2006]. Yo había ido a dar una conferencia dentro de la Cátedra de Ciencia, Técnica y Religión, en la Universidad Comillas. Les había avisado a Pedro y Chema que llegaría a su casa por la noche, después de dar mi conferencia. Pero al empezar la conferencia vi con sorpresa a Pedro entre los asistentes. La razón era dura y triste. Venía a comunicarme que acababa de fallecer mi hermana. No sabía qué hacer, si viajar inmediatamente o al día siguiente para el funeral. Opté por lo segundo. Después de la conferencia, con la ayuda de Chema miramos horarios e hicimos la reserva del billete. Nos costó acertar; y la impresión del resguardo quedó muy borrosa. Teníamos miedo de que no quedara clara mi identificación y no pudiera coger el tren. Al final todo funcionó perfectamente. Recuerdo con agradecimiento la solicitud de Chema, que al día siguiente me acompañó en el metro hasta la estación, por si había algún problema con el billete. En el relativamente largo trayecto del metro estuvimos hablando de nuestras próximas publicaciones. Cuando llegamos a la estación del tren, vimos que solo podían pasar los pasajeros. Así que Chema no pudo pasar y nos despedimos con un fuerte abrazo, sin poder imaginar ninguno de los dos que sería la última vez que nos viéramos en vida. Son recuerdos que tengo bien grabados en mi memoria (de un compañero de comunidad).

El canto de los pájaros

De la humanidad de Chema habría que añadir muchos más datos. Me permito citar dos, que muchos amigos no conocerán. Tenía cuerpo atlético y en su juventud fue un gran deportista. En una competición ganó el primer puesto en el lanzamiento de jabalina. Fue siempre muy aficionado al deporte y podía hablarte de deportistas y ganadores de muchos años atrás. Recuerdo que un año pasamos varios días juntos en su casa de Cantabria. Un día que fuimos a la capital, Santander, había una olimpiada de atletismo. Chema no se aguantó y me invitó a entrar en un bar -en España, un restaurante abierto- y pasamos allí un largo rato, porque él estaba encantado viendo las competiciones. A la salida se acordaba de todos los ganadores. Y ya que otros han hablado de su afición a ver museos, quiero mencionar que también tenía gran afición a la música. En la plaza porticada de la misma ciudad fuimos a escuchar varios ensayos -nuestro dinero no daba para ir al concierto mismo-; y en una ocasión gozó muchísimo en la catedral de la misma ciudad con varios fragmentos de la ópera San Francisco de Asís, de Messiaen, donde se escucha el canto de los pájaros.

Pero volvamos a su espiritualidad. He querido insertar algunos recuerdos de su gran humanidad en medio de las referencias a su vida interior, para que quede claro que todo ello formaba parte de su espiritualidad. Se le notaba palpablemente cuando daba los retiros. Durante los primeros años de su estancia en Madrid sentía la falta de esa

faceta evangelizadora, y nos lo comunicaba. Yo diría que su vertiente directamente apostólica estaba dentro de él como un león enjaulado, porque no encontraba cauce donde desarrollarla. Fue México, creo yo, quien le dio inesperadamente la oportunidad de dar rienda suelta a ese afán apostólico que nacía de su vida interior. Él mismo me contó que, con ocasión de una conferencia de sociología y religión en una universidad de Monterrey, hizo una alusión al evangelio de Marcos, que interesó a algunas personas. Al final de la conferencia fueron a hablar con él y le pidieron una explicación más amplia de aquella breve nota. Chema, ni corto ni perezoso, les dijo: Si quieren les doy un retiro un fin de semana, que estaré libre, sobre esos textos. Aceptaron inmediatamente, y ahí comenzó su apostolado mexicano, que se fue extendiendo desde Monterrey a Saltillo, Guadalajara, DF y, en una ocasión, hasta Chiapas. Para entonces ya había encontrado algún que otro cauce en Madrid y posteriormente en el monasterio cisterciense de Zenarruza (Vizcaya) con cristianos laicos.

Sin embargo, antes de su traslado a Madrid en los años 1985-1986, él y yo ya habíamos dado bastantes retiros en Bilbao a integrantes de movimientos apostólicos. En aquellos retiros, los dos aprendimos mucho el uno del otro. Sobre todo queríamos enseñar la oración profunda de meditación y contemplación de Jesús en los evangelios, sin peticiones ni rezos; una oración de amistad y unión. Teníamos interés en conducir a las personas al interior del Misterio. Un compañero lo cuenta muy bien. Entre 1999 y 2004, todos los años tuve uno o varios retiros largos con Txema: en El Escorial, Las Arenas, Zenarruza. En algunos yo le acompañaba con la música; pero, sobre todo, me iba empapando de su forma de hacer. En todas las ocasiones constataba su facilidad para introducir a las personas en el misterio de Dios; eso que solemos llamar sentido mistagógico. No dudaba en usar técnicas de relajación y concentración, siempre precedidas por el análisis compartido de un pasaje evangélico. Él mismo dirigía el diálogo, ayudando a profundizar en el mensaje del texto y a encontrar una interpelación personal con la que orar largamente. Esa habilidad para poner todos los recursos al servicio del encuentro con Dios en la oración profunda era, creo, el éxito de sus retiros. Aunque eran muchos los recursos personales con los que contaba -extenso conocimiento bíblico-exegético, erudición teológica, técnicas de oración, dinámica de grupos-, ninguno de ellos ocupaba el centro; quedaba todo ello al servicio del encuentro vivo y personal con Dios (de un compañero de comunidad).

Recuerdo un retiro que dimos juntos en los años ochenta, en el que me admiró mucho su enseñanza práctica sobre el uso de la imaginación. Nuestros retiros no eran de charlas largas, sino del estilo narrado por el compañero de la cita anterior: diálogo sobre el texto, introducción personal en él, oración particular en silencio, conclusión. En aquella ocasión, los participantes no salieron de la sala para hacer la oración en particular como en otros casos, porque fue una oración dirigida por él. El enlace que hizo de la imaginación con los elementos de la naturaleza -lago, aguas tranquilas, montes, árboles- fue realmente admirable. Y por lo que pudimos comprobar en la evaluación, la gente entró en oración profundamente.

Lo que tratábamos de hacer era comunicar nuestra propia experiencia con elementos pedagógicos adaptados a los participantes. Sin darnos cuenta poníamos en práctica la máxima dominica: *Contemplata alius tradere* (transmitir a los demás lo que uno ha contemplado o digerido). Además de su facilidad para el silencio prolongado, que más arriba he comentado, lo que destacaba en Chema era su sencillez y transparencia en las comunicaciones. De los muchos retiros que hemos hecho juntos -dice un comunicante-, tengo muy presente un rasgo de su personalidad que me llamaba la atención: su transparencia y espontaneidad a la hora de comunicar sus experiencias y estados de ánimo, lo mismo fueran buenos que más bajos. Sabía aceptar y exponer sus momentos bajos y menos lúcidos. Igualmente me llamaba la atención la amplitud de miras y ganas de probar otros métodos y técnicas de oración, como todo su acercamiento a los cursos y los ejercicios del zen (de un compañero de comunidad).

Efectivamente, con su entrada en el zen, Chema dio un salto en la profundidad de su oración. Recuerdo el día en el que Ana María Schlüter, maestra zen, se reunió con nuestro grupo, un día en el que estábamos de retiro en la casa de las Reparadoras de Las Arenas (Vizcaya). Fue Chema quien le propuso que nos invitara a un retiro zen. Nos dio una breve explicación y puso especial énfasis en mostrar que siempre contactamos con Dios a través de intermediarios -nuestras imágenes de Dios-, y que tales intermediarios son a menudo un impedimento para avanzar en la oración y tener un mayor encuentro con Dios. Chema, siempre en búsqueda, estaba completamente convencido. Así que poco después hizo un retiro con Ana María. A su vuelta pasó largo rato conmigo, comentándome la experiencia que había tenido. A mí me estaban entrando las ganas. Después de aquel retiro, Chema hizo bastantes más, siempre con gran entusiasmo, incluso uno de doce días completos de absoluto silencio. Cada vez que volvía de uno de aquellos retiros, venía transformado. Durante un tiempo se puso bajo la orientación de Ana María, a la que visitaba periódicamente. Sus comentarios eran estimulantes para mí. Y así como yo lo había llevado a él anteriormente al acompañamiento espiritual, ahora fue él quien me condujo a mí al zen. Recuerdo lo que le dije a la vuelta de mi primer retiro: Chema, jamás en mi vida he vivido un silencio tan profundo como este. Lucas pasé unos versos sobre el silencio y la nada, que él tuvo pegados durante mucho tiempo en la parte interior de la puerta de su habitación en Madrid, texto que, lamentablemente, he perdido.

Además de los retiros, Chema leía libros de maestros espirituales del zen; y supo integrar perfectamente esa experiencia con los evangelios y la oración cristiana. Llegó a tener un buen conocimiento de la experiencia oriental y en general de la mística. Recuerdo con qué fuerza me dijo un día que no podía quitar aquella estrofa de una canción. Estábamos elaborando entre varios un folleto de cantos religiosos. Hay una canción al Espíritu Santo, que todavía cantamos, cuyo estribillo es Espíritu Santo, ven. Una de las estrofas dice así: Ilumíname, inspírame, cuando decaiga. Aniquíname, consúmeme. Dije que iba a sustituir la palabra aniquíname por otra. Chema lo oyó y saltó inmediatamente con vehemencia contenida: Pero cómo vas a quitar esa palabra, si es la experiencia de los místicos?. Yo creo que él mismo era un místico en medio de su intenso trabajo.

Hace doce años, cuatro compañeros hicimos un retiro de un mes en el monasterio cisterciense de Sobrado de los Monjes (Galicia). Teníamos un temario propio. Cada noche, antes de ir a la cama, veíamos el tema del día siguiente. Participábamos con los monjes en el oficio divino y la eucaristía; y el resto del día lo pasábamos en silencio con ese material. Para quien aprovechara todo el tiempo, podían ser siete u ocho horas de oración. Chema era uno de los que

lo aprovechaba entero. Pero la mitad del tiempo lo pasaba haciendo zen.

El año pasado [2005], Chema dirigió un retiro de quince días que hicieron varios compañeros en el mes de julio en Zenarruza. Era un retiro de silencio. Dice un hermano que les insistía mucho en que hicieran la experiencia del vacío total, como un puro estar con Dios, sin temas ni palabras. Y cuando llegaba la comunicación de la oración, Chema contaba su experiencia de silencio, con sus dificultades, facilidades y resultados, una oración que él practicaba con una de las posturas del zen.

Yo creo que de esa intensa oración le nació la fuerza interior que comunicaba a los demás sin proponérselo. Muchas personas dicen que les cambió la imagen de Dios y les liberó de ataduras. Igualmente confiesan la imborrable huella que les dejó su manera de comentar los pasajes bíblicos, muchas veces en forma dialogada. Sus comentarios bíblicos cambiaron mis hábitos en la lectura de la Biblia. Desde entonces asumo con mayor conocimiento y convicción las verdades reveladas en armónica conjunción de razón y fe. Además acentuaba el auténtico mensaje del Maestro de Nazaret, dirigido a la defensa de los pobres, los excluidos sociales, para los que reivindicaba igualdad, justicia y solidaridad, ideales con los que, desde los primeros contactos con él, me encuentro identificado (de San Eduardo, Madrid).

Como por milagro, en un momento difícil, dramático, cuando necesitas de verdad una ayuda espiritual, apareció Chema en mi vida. Hablaba con autoridad, como quien está plenamente convencido de que es verdad lo que está diciendo. Nos hablaba mucho de Jesús, con textos del Evangelio. Y lo decía de forma diferente, lo explicaba a nivel de la tierra. Jesús era humano como nosotros, pero tenía todo el amor del mundo: ahí se veía su divinidad. Y Chema nos lo hacía ver así. Nos dirigía ese amor de Jesús siempre hacia las hermanas y hermanos, siempre al necesitado. Confieso que nosotros, nuestro grupo de profundización en la fe, en algún momento no lo entendimos bien y nos alejamos de él. Algunos pronto nos arrepentimos. Tenerlo a él, sus explicaciones, la doctrina de Jesús llevada a la vida de hoy, eso para nosotros era un lujo (de San Eduardo, Madrid).

Todos los que conocimos a José María hemos comentado en muchas ocasiones cómo logró cambiar nuestra imagen de Dios. Era notoria la emoción con la que hablaba del Dios que nos busca insistentemente, si bien nos deja en libertad de acudir o no a su llamado. Dejémonos atrapar por Dios era una de sus frases favoritas. Sin embargo no se limitaba a las palabras: todo él se conmovía y nos conmovía a todos ante este Dios nuestro. La influencia que ejerció José María sobre todos los que tuvimos la gracia de conocerlo, aquí en Guadalajara, marcó nuestras vidas para siempre (grupo de reflexión de Guadalajara, México).

Un grupo de fe, formado por jóvenes adultos, dedicó una reunión a dar gracias a Dios por Chema después de su muerte. Esta fue su acción de gracias, llena de elementos procedentes de Chema. Dios mío, Padre-Madre, te damos gracias por la vida de Chema y por el testimonio de vida que nos transmitió, porque las palabras que proclamaba las demostraba con obras. Chema era un ejemplo de dedicación a tu Reino, ofreciendo siempre su tiempo, su disponibilidad, su cercanía, su cariño, su atención y su cuidado a cada uno de nosotros. Chema ha inculcado en nosotros una forma nueva de orar, basada en la contemplación y en la certeza de tu presencia, y no en las peticiones. Chema nos hizo abrir los ojos a un Jesús cercano, al que llegamos por amor. Él resolvió nuestras dudas y aportó una luz nueva a los pasajes de la resurrección, los milagros, Pentecostés, mostrándonos la gran riqueza de tu Palabra viva en los evangelios. Señor, gracias a Chema nuestra fe ha madurado dando unos pasos enormes en los últimos años, entendiendo mejor la libertad del hombre o el peligro de creer en falsos dioses, distintos del Dios Padre y del Dios Amor. Chema nos ha enseñado:

que no eres un Dios chupóptero; que solo nos pides aquello que nosotros nos pedimos a nosotros mismos;

ni eres un Dios milagrero, que saque la varita mágica cuando lo necesitemos;

que estás vivo en el fondo de nuestro corazón (porque lo divino está en lo profundamente humano);

y que nos hiciste libres, y solo puedes transformar el mundo con nuestra ayuda, puesto que Tú eres intencionista, pero no intervencionista.

Además, Chema nos amaba con un amor exigente, con el Amor de Jesucristo, el Amor que te hace ver que la fe no consiste únicamente en pensar, sino que implica actuar y ha de mover tu vida. Chema ha estado apoyando nuestro grupo en momentos cruciales y ha seguido a nuestro lado todo este tiempo. Por todo esto y por los motivos que pasan ahora por la mente y el corazón de todos los que estamos aquí, te damos gracias, Señor (de Majadahonda, Madrid).

Otra comunicación desde México. Por eso quiero tanto a José María. Él hizo que cambiara mi imagen de Dios. Una vez que la cambié, ya no lo busco solo en las iglesias. Ahora lo encuentro en todos lados. Mi imagen de Dios inconsciente, que tuve siempre, era tan humillante que echaba a perder cualquier encuentro que pudiera existir con él. José María cambió mi vida. Un abrazo (de Monterrey, México).

Tuve la dicha de no perderme ninguna de sus pláticas y retiros. Chema me abrió un nuevo camino que yo no conocía. Mi vida entera será corta para seguir sus enseñanzas. Desde el primer retiro que hice con él, empecé a preguntarme cómo es que andaba con tantas novenas y devociones a santos, sin darme cuenta de que llevaba conmigo al Dueño y Señor de todo. Hablé con José María y le conté lo que me pasaba. Él sonrió, tal como acostumbraba, y me dijo: Estás muy sana. Después me enfadaba conmigo misma por no haber sabido antes que el Señor es el amor infinito, puro, eterno y misericordioso, y no aquel con el que me habían educado. Al mismo tiempo empecé a amar como nunca antes había amado. Nos insistía en el respeto absoluto de Dios hacia nosotros y él lo practicaba. Nos dejaba caminar a nuestro paso; aunque a veces los que lo conocíamos mejor nos dábamos cuenta de que sufría con nuestra dificultad para cambiar de mentalidad. Luego a solas nos preguntaba: Se me notó algo? Lo que pasaba era que él andaba en jet y nosotros en burro. Aun así íbamos avanzando. En la última plática que nos dio, un señor que estaba a mi lado no se enteraba y hacía preguntas raras. José María contestaba: Sí, sí, bueno, bueno, adelante, adelante... Esto duró un rato y pude admirar cómo practicaba él mismo ese respeto absoluto de Dios hacia nosotros que nos estaba enseñando. De cada uno de los poros de su cuerpo irradiaba siempre ese amor tan pleno que tenía hacia el

Señor, de forma que su actuación era coherente con su enseñanza, sin ataduras, tratando de curarnos la ceguera y la sordera, como Jesús en el Evangelio. Ponía toda su energía en ello, controlándose lo más que podía para no perder la paciencia. Así comenzamos a sentir la presencia de Dios Padre-Madre, de Jesús, del Espíritu. Pero en privado sí que se enojaba algunas veces, cuando comentábamos las malas enseñanzas que se dan a la gente; como aquel día en el que se levantó de la mesa y salió fuera un rato, yo creo que para calmarse. Y es que se entregaba con toda su alma (de Monterrey, México).

No puedo dejar de mencionar el interés de Chema por la Iglesia, con un amor afectuoso y crítico, especialmente por la formación de cristianos adultos, tarea a la que dedicó grandes esfuerzos. Como cuenta Pedro, que vivió con él los últimos años, han sido muchas las diócesis, religiosas, religiosos y sacerdotes que se han beneficiado de sus amenas, vibrantes y esclarecedoras conferencias, como una voz autorizada que muestra senderos por los que transitar. También los obispos lo llamaban. Hace unos cuatro años fue invitado a asistir al Congreso del CELAM -Conferencia Episcopal Latinoamericana- en Santiago de Chile. A su vuelta me comentó -continúa Pedro- que, en un momento dado, les dijo a los ilustres asistentes: Miren, hagan algo, promuevan un laicado adulto en sus diócesis respectivas. A nosotros, en España, se nos ha acabado el tiempo, ya es tarde. Después de esta intervención, uno de los arzobispos que le escuchaba fue a encontrarse con él, profundamente impresionado por la referencia a España. Y Chema trató de iluminar la mente del jerarca. Otro obispo nos mandó este pésame: Me impresiona y aflige la muerte súbita de Chema Mardones, en plena madurez intelectual y productiva. Es una pérdida para la Iglesia, que desea un verdadero diálogo empático y crítico con nuestra sociedad y busca unas maneras de decir Dios que hagan pensar a los que sienten explícitamente el vacío de su presencia social. Oro por él, por los más próximos y por la Iglesia. Un abrazo.

Ese interés por un laicado adulto iba acompañado de un afectuoso sentido crítico, no solo sobre la escasa formación de muchos de ellos, sino también sobre la necesidad de un cambio de paradigma. Era uno de los puntos centrales de su apostolado. En esa línea estaba su interés en cambiar la imagen predominante de Dios. Precisamente este libro nació de ese afán apostólico. Varias de las lecturas que he hecho en estos años son de libros recomendados por él. Quisiera mencionar especialmente el libro Las buenas cabras -debían haber traducido Las cabras buenas-, editado en México, que él recomendaba vivamente. También la oración de petición -única forma de orar de mucha gente- entraba dentro de su espíritu crítico, como algo que necesita una gran purificación. Solíamos repetir los dos que es la más pobre de las oraciones y, en muchísimos casos, una oración casi idolátrica, porque se dirige no al Dios verdadero, sino el dios solucionario. En el presente libro hay buenas explicaciones al respecto. Y, como hemos podido comprobar en varios de los testimonios citados, muchos de sus discípulos lo captaron perfectamente. Creo que él pretendía incluso suprimirla del todo, especialmente en los retiros, mientras no llegara esa total purificación. Recuerdo que hace años redacté un programa para enseñar a orar, al que llamé Escuela de oración. Se lo presenté para que lo revisara. Lucas interesó muchísimo. Y a los pocos días me mandó sus notas, con una distribución del material para tres o cuatro retiros. Entre las críticas que me hizo, una de las más radicales se refería a la oración de intercesión -distinta de la de petición-, que yo había introducido en el programa. Me dijo que podía entenderse como una forma de recuperar la pobre oración de petición y que él prefería suprimir ese número. Mis explicaciones no le convencieron. Finalmente, tal como puede verse en este libro, convinimos en que podíamos sustituir la petición y la intercesión por la presentación o la encomienda, sin pedir nada. Padre -o mejor, Padre y Madre-, te encomiendo a Fulano de tal, que está enfermo. Te presento la terrible situación de los niños que mueren de hambre cada día, etc.

También me alentó muchas veces en mis publicaciones catequéticas, sobre todo en los momentos en los que yo mismo dudaba de mi trabajo. En una ocasión en que le mandé un gran número de plegarias -de las que muchas han salido publicadas en Mar adentro- le pedí que me las puntuara, según su aliento poético. Me las devolvió al poco tiempo puntuadas del 1 al 5. Me dijo que las que tenían puntuación de 3 no servían, menos aún las de 2; y en varios casos me ponía al lado del texto esta apostilla: Explicativa; no sirve. Yo le hacía mucho caso. El mismo hubiera podido escribir textos de aliento poético, como puede comprobarse en la felicitación de Navidad que nos envió el año 2004, titulada Salmo a la encarnación de Dios. La extensión de esta memoria me impide reproducir aquí algunos bellos párrafos de esa felicitación de Navidad. Lo cierto es que tenía olfato para percibir el valor literario de los textos. Me ocurrió con uno sobre Jesús. Me dijo varias veces que era el mejor, el que más le gustaba. Yo no lo apreciaba tanto. Cuál fue mi sorpresa cuando fue calificado en una revista como el mejor de todos los textos poéticos del libro, con diferencia!

Chema me ayudó también en la redacción de los cuestionarios evangélicos dominicales que reciben semanalmente las personas de las comunidades Fe y Acción Solidaria, y otras muchas. Más aún, tengo que reconocer que el esquema que finalmente ha quedado se lo debo a él. Lo estaba practicando con una comunidad de Madrid y me pareció mejor que el mío. Él redactó además los cuestionarios de un ciclo entero, aunque me dejó a mí la tarea de simplificar pedagógicamente la formulación de las preguntas.

Vaya finalmente mi último recuerdo. Cuando me llegó la noticia de su fallecimiento eran aquí en El Salvador las 11, 30 de la mañana. El golpe fue terrible y pasé la tarde llorando, mientras tenía que hacer llamadas telefónicas para encontrar billete en el primer avisón disponible. Y ocurrió que, durante toda aquella tarde, la imagen que me venía continuamente era la de Chema lavando platos. La olvidaba un momento para llamar por teléfono y después volvía la misma imagen. Por qué me ocurría esto? No lo sé. La verdad es que Chema lavaba los platos de casa siempre. El gran Chema, el intelectual, el admirado en todas partes, lavó los platos de casa hasta el último día. Cuando conté a los de aquí que me venía esa imagen todo el tiempo -varios de ellos no lo conocían personalmente-, mi compañero Carlos Urriza lo remachó diciendo: Y no le podías decir que aquel día -un día cualquiera- los lavabas tú, porque no te dejaba. Con esa imagen de Chema me venía a la mente la frase de Jesús: El mayor entre ustedes, hágase el último y el servidor de todos. Tengo que agradecer al mismo Carlos que, cuando supo la noticia, mientras yo estaba derrumbado, tomó las riendas, nos llevó a la capilla y nos invitó a cantar la oración de Foucauld -me pongo en tus manos, Padre- con la preciosa música de Kairoi. Fue un gran consuelo en aquel duro momento.

Voy a poner punto final a esta memoria con la emoción del amigo perdido, que nos acompaña más que antes, y con

la sensación de haber dejado en el tintero mil recuerdos entrañables. Y quiero hacerlo con palabras de Pedro Olalde, el compañero que vivió con Chema en Madrid los últimos años y que lo vio volar a la altura, sin tiempo de despedirse. Son algunos párrafos de la homilía que pronuncio en el funeral al día siguiente de su muerte, en la que quiso poner de relieve algo del alma de Chema, con estas palabras.

Querido Chema:

Esta última semana estabas dedicado intensamente, con ilusión, a la elaboración de un libro sobre las imágenes de Dios. Me diste los tres primeros capítulos para que los revisara. Lo hice y te di mi impresión en la mañana de ayer, el mismo día de tu partida.

Dios no es alguien terrible, decías, sino un Padre con entrañas de misericordia. Dios es amor y todo lo hace por amor. Quiere envolvernos en su amor, invitándonos a acoger y desarrollar esta potencia creadora.

No hay cosa más nefasta, añadías, que una mala imagen de Dios. Detrás de muchos conflictos humanos y psicológicos subyace un problema religioso. Por eso te dedicaste en cuerpo y alma a iluminar nuestras mentes con una teología y antropología serias.

Gracias, Chema, por tu ingente labor. Gracias por ser un faro potente en nuestra condición de itinerantes hacia la plenitud.

Querido Chema: hoy nos has trastocado el fin de semana. Ahora deberíamos estar de retiro en Las Matas. Querías darnos luz sobre el misterio de la resurrección. Y tú, sin duda, ya lo has experimentado. Ahora estamos celebrando en este lugar tu despedida definitiva y tu entrada triunfal a la resurrección.

Eras especialmente devoto de Romanos 8, 31-39: Si Dios está a favor nuestro, quién podrá estar en contra? Quién podrá privarnos de ese amor del Mesías? Dificultades, angustias o la misma muerte? Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó.

Como la Magdalena de Juan, te empeñaste en buscar a Jesús, el Viviente, y experimentaste al fin, como ella, que el rabbí Nazareno se volviera sobre ti y te llamara por tu nombre: Chema!

Para acabar, querido Chema, permíteme poner en tus labios estas palabras de despedida:

La débil luz de mi existencia se ha apagado y mi habitación se ha quedado vacía. Llevo conmigo los recuerdos todos. Dejo la playa de la vida y me adentro en el ancho Mar. Abandono la ciudad de los vivos y me sumerjo en el Ser que sustenta y empapa mi vida. Me han llamado por mi nombre; dejo todo y me voy. Cuando la flauta suene penetrante y sus notas anuncien vuestra partida definitiva, no sintáis miedo alguno en vuestras entrañas. Saldrá la estrella de la tarde y el crepúsculo se abrirá tras el pórtico del Rey. Adiós, hasta que la luz sin ocaso nos envuelva a todos en una gran fiesta de hermanos.

Patxi Loidi